

La Conversión



No por mi propia elección

Enseñanzas de la Biblia Popular

LA CONVERSIÓN

No por mi propia elección

John M. Brenner

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin

Todas las citas bíblicas, a menos que se indique lo contrario, son tomadas de la SANTA BIBLIA, REINA VALERA 1995, EDICIÓN DE ESTUDIO. Copyright © 1995, por Sociedades Bíblicas Unidas. Usada con permiso de las SBU. Todos los derechos reservados.

La marca “Reina Valera 1995, Edición de Estudio” está registrada en la Oficina de Patentes y Marcas de los Estados Unidos por las Sociedades Bíblicas Unidas. El uso de cualquier marca requiere el permiso de las Sociedades Bíblicas Unidas.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser: reproducida, guardada en algún sistema de recuperación, o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado, o de otro modo excepto para una breve cita, sin permiso previo del publicador.

Este libro fue traducido por el doctor Fernando Delgadillo López, de Bogotá, Colombia; y fue revisado por el pastor Andrew C. Schroer, de Edna, Texas, EEUU

PBT: Conversion: Not by My Own Choosing by John M. Brenner (NPH #15N0612; ISBN 0 8100 1034 8) Acknowledgment: 2000 Northwestern Publishing House. All rights reserved. Translated and reprinted with permission.

EBP: La Conversión: No por mi propia elección, por John M. Brenner (NPH #15N0612; ISBN 0 8100 1034 8) Reconocimiento: 2000 Northwestern Publishing House. Todos los derechos reservados. Traducido y reimpresso con permiso.

Editorial Northwestern
© 1999 por Editorial Northwestern Publicado
en 1999
Impreso en los Estados Unidos de América

Traducción por Producciones Multilingües
wels net/mlp
2009
Impreso en los Estados Unidos de América

Tabla de contenido

Prefacio del editor	5
Introducción	7
1. La terrible situación humana: el pecado y el justo juicio de Dios	11
2. La solución divina: salvación sólo en Cristo	23
3. La salvación recibida: sólo por fe	35
4. La esclavitud de la voluntad: nuestra incapacidad para creer por iniciativa propia	45
5. Conversión: el otorgamiento de la fe por el Espíritu Santo	57
6. Los medios de conversión: el evangelio en Palabra y sacramentos	67
7. Los resultados de la conversión: salvación y santificación	81
8. Conversión repetida: caída de la fe y restauración	93
9. Falsas enseñanzas respecto de la conversión: pelagianismo y sinergismo	107
10. Falsas enseñanzas respecto de la conversión: durante y después de la Reforma en Europa	119

11. Falsas enseñanzas respecto de la conversión: en los Estados Unidos	133
12. Conclusión	153
Notas finales	157
Para lectura adicional	163
Índice de textos bíblicos	165
Índice temático	171

Prefacio del Editor

Las Enseñanzas de la Biblia Popular es una serie de libros sobre las principales enseñanzas doctrinales de la Biblia.

Siguiendo el modelo propuesto por la serie de la Biblia Popular, estos libros son escritos especialmente para laicos. Los términos teológicos, cuando se usan, se explican en lenguaje cotidiano para que se puedan comprender. Los autores muestran cómo la doctrina cristiana se extrae directamente de pasajes claros de la Escritura y luego muestran cómo se aplican esas doctrinas a la fe y la vida de las personas. Y lo más importante, estos libros muestran cómo cada enseñanza de la Escritura señala a Cristo, nuestro único Salvador.

Los autores de Enseñanzas de la Biblia Popular, son pastores y profesores con años de experiencia en la enseñanza de la Biblia. Son hombres de estudio y de percepción práctica.

Aprovechamos esta oportunidad, para expresar nuestro agradecimiento al profesor Leroy Dobberstein del Seminario Luterano de Wisconsin, ubicado en Mequon, Wisconsin, EEUU, y al profesor Thomas Nass del Martin Luther College en New Ulm, Minnesota, EEUU, por servir como consultores para esta serie; su lucidez y ayuda han sido invaluable.

Pedimos al Señor que utilice estos volúmenes para ayudar a su pueblo a crecer en la fe, en el conocimiento y el entendimiento de sus enseñanzas salvadoras, que nos han sido reveladas en la Biblia. A Dios sea toda la gloria.

Curtis A. Jahn
Editor de la serie

Introducción

El carcelero de Filipos les preguntó a Pablo y a Silas: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” (Hechos 16:30). Los eventos de esa noche lo habían impresionado mucho. Había tratado con crueldad a Pablo y a Silas, pero ellos habían pasado la noche alabando a Dios. Cuando un terremoto abrió las puertas de la cárcel, ellos no intentaron escapar, e impidieron que el carcelero se suicidara. Frente a su propia culpa y a la noble conducta de estos hombres, les preguntó: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”

Tarde o temprano, casi todo ser humano lucha con esa pregunta. Las personas ven la maldad en el mundo que las rodea y anhelan algo mejor; ven los problemas en su propia vida, causados con frecuencia por las cosas que ellos mismos dicen y hacen, y se angustian por su propia imperfección. Todos los seres humanos tienen conciencia que los acusa de pecado, a menos que la hayan adormecido por el persistente pecado. La conciencia les hace reconocer que son responsables delante de Dios por las cosas que han hecho o que han dejado de hacer.

¿Qué debo hacer para ser salvo? Toda religión trata de responder esa pregunta y ofrecer el camino a la vida mejor aquí en la tierra o en la eternidad. Toda religión intenta ofrecer la solución, al pecado o al mal, que lleve finalmente tranquilidad de espíritu o satisfacción.

El cristianismo ofrece la solución única a la pregunta sobre la salvación. La Biblia revela que nuestra salvación está, por completo, en manos de Dios; él la planeó desde la eternidad. En el momento previsto, Dios envió el Salvador perfecto para redimirnos. La Biblia revela que nosotros sencillamente recibimos los beneficios de su obra: salvación del pecado, de la muerte, y del diablo, no por nuestro propio esfuerzo sino por medio de la fe en él. Pablo y Silas le dieron la respuesta de Dios a la pregunta del carcelero: “Cree en el Señor Jesús, y serás salvo tú y tu casa” (Hechos 16:31).

Pero, ¿qué significa creer en Jesús? ¿Cómo puede un pecador llegar a la fe en su Salvador?

La doctrina de la conversión dice cómo llegamos a la fe. Esa enseñanza es básica para entender el plan de salvación de Dios. Para reconocer que nuestra salvación está por completo en las manos de Dios, es esencial entender apropiadamente la conversión.

Este libro examinará la conversión, es decir, el otorgamiento de la fe. Esta doctrina explica cómo Dios nos hace suyos y cómo hace nuestra la salvación. Pero, la doctrina de la conversión no se puede entender en el vacío; por lo tanto, comenzaremos nuestro estudio considerando la necesidad de la salvación y examinando el plan de Dios para la salvación. Veremos lo que significa tener fe salvadora y descubriremos nuestra incapacidad de llegar a la fe por nosotros mismos. Después de tratar la conversión, exploraremos sus implicaciones para la vida del cristiano. Consideraremos lo que dice la Biblia sobre caer de la fe y sobre la restauración de quienes han caído. En los últimos capítulos examinaremos las enseñanzas falsas respecto de esta doctrina, que han surgido a través de los años y siguen afectando actualmente a la gente.

Pido a Dios que este libro nos lleve a apreciar esta preciosa doctrina, de modo que sea una fuente de consuelo y de gozo. Que el Espíritu Santo nos lleve a apreciar la importante verdad

confesada tan claramente por la explicación de Martín Lutero del Tercer Artículo del Credo Apostólico: “Creo que por mi propia razón o elección no puedo creer en Jesucristo, mi Señor, ni acercarme a él; sino que el Espíritu Santo me ha llamado mediante el evangelio, me ha iluminado con sus dones, me ha santificado y guardado en la fe verdadera.”

¡A Dios sea toda la gloria!



1

La terrible situación humana: el pecado y el justo juicio de Dios

¿Por qué necesitan ser convertidos los seres humanos? Mire a su alrededor, algo anda mal tanto en el mundo como en nosotros.

¿Qué anda mal en el mundo? Los noticieros y los periódicos revelan el mundo fuera de control. Vemos terribles desastres naturales, oímos de accidentes trágicos, y leemos sobre una espantosa variedad de crímenes y perversiones: asesinatos, asaltos, violaciones, abusos, vejaciones, adicciones, robos, egoísmo. Vemos pecado en la vida de nuestros seres amados, y nuestras conciencias nos revelan el pecado en nuestra propia vida.

Este no es el mundo que Dios quiso que fuera y la vida humana no es la que él pretendió que se viviera.

¿Qué ocurrió?

La caída en pecado

El tercer capítulo del Génesis ha sido llamado el capítulo más trágico de la Biblia. Es trágico porque cuenta cómo se corrompió la perfecta creación de Dios y revela el origen del mal. El capítulo 3 del Génesis contiene el relato de la caída en pecado.

Algunos consideran que si Dios creó todas las cosas, debe ser finalmente el responsable del mal en el universo. Pero, Dios no es el autor del mal. Al contrario, cuando finalizó su actividad creadora, miró el universo y declaró que era bueno en gran manera (Génesis 1:31). Su creación era perfecta, de ninguna manera podría ser mejor. No había pecado ni maldad; tampoco había enfermedad, ni dolor, ni aflicción, ni muerte, ni ninguna otra de las consecuencias del pecado.

Pero un tiempo después de la semana de la creación, un grupo de ángeles creados, liderados por Satanás, se rebeló contra su Creador. Aunque fueron creados santos, pasaron de servir al Señor a oponerse a él. La epístola de Judas habla de “los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propio hogar” (Judas 6). El apóstol Pedro escribe: “Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al infierno” (2 Pedro 2:4). Satanás y los ángeles que se le unieron se volvieron totalmente corruptos, es decir, completamente malos. El Salvador describe al diablo así: “Ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla, pues es mentiroso y padre de mentira” (Juan 8:44).

Satanás no se contentó sólo con llevar a algunos de los ángeles de Dios a rebelarse contra su Creador; su odio contra Dios era tan grande que urdió la manera de llevar a la humanidad, la corona de la creación visible de Dios, a rebelarse contra él. El diablo entró al huerto del Edén, tomó posesión de una serpiente, y pronunció las engañosas palabras: “¿Conque Dios os ha dicho: ‘No comáis de ningún árbol del huerto?’”

(Génesis 3:1). Eva respondió que sólo se les prohibió comer del árbol de conocimiento del bien y del mal; si comían de él, morirían. El diablo dijo: “No moriréis. Pero Dios sabe que el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y el mal” (Génesis 3:4,5). El diablo no sólo negó la palabra de Dios, sino también acusó a Dios de negarles algo bueno a Adán y Eva.

Eva tenía la capacidad de resistir esa tentación, ya que era santa, o sea, que su voluntad era conforme a la voluntad de Dios. Por naturaleza ella quería lo que Dios quería. Pero en ese estado perfecto también tenía el libre albedrío, es decir, que tenía la libertad de elegir obedecer o no a Dios. En ese momento de tentación, deliberada y voluntariamente le volvió la espalda a su Padre celestial y tomó el fruto del árbol del conocimiento del bien y el mal. Comió, y Adán también comió voluntariamente con ella.

La caída en pecado tuvo consecuencias inmediatas. Aunque Adán y Eva, no murieron físicamente de inmediato, inmediatamente sí murieron espiritualmente, es decir, que se volvieron totalmente pecadores. Pronto se hicieron visibles su pecaminosidad y conocimiento del mal. Antes de la caída, Adán y Eva estaban desnudos, sin avergonzarse; ahora cubrieron su desnudez con hojas de higuera porque la lujuria había llenado su corazón. Antes de la caída, gozaban de la compañía de Dios; ahora trataban de esconderse de él. Antes lo veían como su amoroso Padre, ahora lo veían como su severo juez. Los intentos de eludir la culpa de su pecado fueron también evidencia de su pecaminosidad: Adán culpó a Eva y ella, a su vez, culpó a la serpiente. Sus actos y sus palabras demostraban que sus corazones ya no eran puros. Habían muerto espiritualmente. Si Dios no los hubiera llevado de nuevo a la vida espiritual con la promesa de enviar el Salvador, se hubieran perdido para siempre.

La caída en pecado tuvo consecuencias para toda la creación. El apóstol Pablo escribe: “La creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza. Por tanto, también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Romanos 8:20,21). Antes de la caída, Adán y Eva, vivían en armonía con el mundo que Dios les había dado; ahora, el mundo les presentaba problemas y peligros. Antes de la caída, el trabajo era un gozo, y la tierra producía fácilmente su fruto; ahora, cardos y espinas hacían agobiante el trabajo. Las enfermedades, los insectos, y los animales, reducían la cosecha.

Actualmente el hombre sigue luchando con la naturaleza como consecuencia de la caída en pecado. El poder de la naturaleza a veces hiere y mata a la gente; la enfermedad y los accidentes cobran su cuota. Los esfuerzos humanos para someter la naturaleza dañan el ambiente. Los esfuerzos humanos para usar el poder de la naturaleza, plantas, suelo, y minerales, no tienen el mismo éxito que tendrían si el pecado no hubiera entrado en nuestro mundo.

Pecado original (heredado)

La caída tuvo también consecuencias espirituales para los descendientes de Adán y Eva. Nuestros primeros padres infectaron a todos sus descendientes con el pecado, legando su condición pecaminosa a toda su descendencia. Adán y Eva, fueron creados a imagen de Dios (Génesis 1:27; 5:1) y fueron dotados de justicia y verdadera santidad. Pero cuando cayeron en pecado, perdieron esa imagen y su hijo Set, por consecuencia, no nació en la semejanza de Dios sino a la imagen de Adán, su pecaminoso padre (Génesis 5:3).

Adán y Eva, legaron su pecaminosa condición a sus hijos. Así ha continuado, generación tras generación; los hijos heredan la naturaleza pecaminosa de sus padres. Jesús nos dice:

“Lo que nace de la carne, carne es” (Juan 3:6). Padres pecaminosos no pueden producir hijos sin pecado; en efecto, desde el momento de la concepción, el hijo está corrupto. Todo ser humano debe confesar con el rey David: “En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5).

Los bebés no son miembros de la familia de Dios al nacer, sino son alejados y ajenos (Efesios 2:12). No nacen creyentes (Juan 3:3,5), sino nacen incrédulos, espiritualmente muertos en trasgresiones y pecados (Efesios 2:1). No son inocentes, sino pecadores desde el momento de la concepción.

Como somos pecadores desde la concepción, desde ese primer momento de nuestra existencia no somos la clase de personas que Dios exige que seamos; carecemos de la justicia y la santidad que Dios demanda. Por el pecado original, estamos condenados aun antes de tener la facultad de pensar o de hacer alguna cosa. La Biblia declara que el resultado del pecado de Adán fue “condenación a todos los hombres” (Romanos 5:18). Al heredar la pecaminosidad de Adán, heredamos también su culpa.

A muchos les gusta afirmar que la gente es básicamente buena, diciendo que si se educa apropiadamente a los niños y se les presentan opciones apropiadas, elegirán lo que es bueno y justo. Pero la Biblia enseña algo diferente; según las Escrituras, el pecado original implica la corrupción total y completa de nuestra naturaleza humana. Dios declara que “el corazón del hombre se inclina al mal desde su juventud” (Génesis 8:21). San Pablo usa una serie de referencias del Antiguo Testamento para demostrar la total corrupción de nuestra condición natural al escribir: “No hay un justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta, con su lengua engañan. Veneno de víboras hay debajo de sus

labios, su boca está llena de maldición y amargura. Sus pies se apresuran a derramar sangre; destrucción y miseria hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos” (Romanos 3:10-18). En el contexto de Romanos, esas palabras no hablan sólo de vulgares malhechores, sino describen a todos los pecadores.

A pesar de lo que declara la Biblia, algunos dicen que la descripción que hace San Pablo no corresponde a lo que ven en el mundo. Aducen: “En verdad hay mucha maldad, pero también hay mucha bondad. Mire la amabilidad, la generosidad y la obra caritativa en este país; mire el desinteresado amor de soldados, policías, y bomberos, que están dispuestos a arriesgar su vida para servir a personas que ni siquiera conocen.”

Para responder a este argumento, es necesario que entendamos lo que la Biblia quiere decir por pecado y lo que hace que una obra sea buena.

Pecados presentes

¿Qué es pecado? ¿Qué convierte un pensamiento, palabra o acto en pecado? En la sociedad actual muchos tienden a rotular como pecaminosas sólo las cosas que le hagan daño a alguien. Para ellos, califican como pecado asesinato, violación, asalto, y robo. Pero no consideran los pensamientos lujuriosos como inherentemente malos, ni consideran malas las relaciones sexuales fuera del matrimonio entre adultos que estén de acuerdo.

Pero sólo Dios puede determinar qué es pecado y qué no, es decir, que él establece las normas. “Uno solo es el dador de la Ley, que puede salvar y condenar” (Santiago 4:12). Dios determina qué es bueno y qué es malo según su Ley. Como escribe Pablo: “Yo no conocí el pecado sino por la Ley” (Romanos 7:7). Todo lo que no se conforme a las normas de Dios es pecado. El apóstol Juan declara: “Todo aquel que

comete pecado, infringe también la Ley, pues el pecado es infracción de la Ley” (1 Juan 3:4).

Según la Ley de Dios, el pecado ya está presente en los pensamientos y actitudes del corazón. Jesús nos dice: “Cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio” (Mateo 5:22), y también: “Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (versículo 28). Dios puede ver el corazón, nosotros no. Él ve egoísmo, lujuria, ira, y avaricia, en nuestros corazones, aunque esos pecados no sean evidentes para otras personas. Él conoce y juzga nuestras actitudes y nuestros pensamientos ocultos.

Dado que las personas heredan la naturaleza pecaminosa, es su naturaleza pecar. Por consecuencia, ellos hacen, dicen y piensan lo que Dios prohíbe; y no hacen, ni dicen, ni piensan, lo que Dios exige. “Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias” (15:19). A veces el pecado es evidente y a veces no. Sin embargo el pecado siempre está presente en el corazón pecaminoso.

Incapacidad de agradar a Dios

Pero, ¿no pueden las personas, por naturaleza, hacer algo que agrade a Dios? ¿No es bueno que los incrédulos hagan actos de bondad o den dinero a los pobres? ¿No es bueno que la gente obedezca las leyes del país? Sí, es bueno que la gente viva en obediencia a las leyes del país. La civilización sería imposible sin ciudadanos obedientes de la ley, pero Dios busca algo más que conformidad a ciertas normas externas de conducta; también se interesa en el corazón, en la actitud hacia él.

Todo ser humano nace con corazón de la clase incorrecta y con el tipo incorrecto de actitud, porque todo humano nace incrédulo. Por naturaleza no podemos agradar a Dios, porque

“sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11:6). Sólo los que permanecen en Cristo y están unidos a él por la fe pueden producir buenas obras. Como declara Jesús: “Yo soy la vid, y vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él éste lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5). Nuestra naturaleza pecaminosa se opone a Dios, y por lo tanto, aun las cosas que les parecen buenas a los seres humanos son malas para Dios, si no se hacen por la fe en él. Como dice Pablo: “Los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la Ley de Dios, ni tampoco pueden, y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:7,8).

El justo juicio de Dios

El justo juicio de Dios pende sobre la humanidad y él condena a todos los que no viven según sus normas perfectas. Dios exige: “Santos seréis, porque santo soy yo, Jehová, vuestro Dios” (Levítico 19:2). Jesús manda: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48). Acercarse a las normas de Dios no es suficiente ya que Dios exige obediencia perfecta. Como advierte Santiago: “Cualquiera que guarde la Ley, pero ofenda en un punto, se hace culpable de todos” (Santiago 2:10).

Pero, ¿es justo que Dios nos exija la norma de santidad y perfección que no tenemos el poder de alcanzar? ¿Es justo condenar a las personas al castigo eterno si lo único que por naturaleza pueden hacer es pecar? ¿Es justo enviar al infierno a personas que nunca tuvieron la oportunidad de oír el evangelio? ¿Podría el Dios bueno y amoroso hacer algo así? ¿Podría condenar para siempre a sus criaturas?

¿Por qué hace la gente este tipo de preguntas? Cuestionan la justicia de Dios porque la razón humana está nublada por el pecado. Pablo escribe: “Pero me dirás: ‘¿Por qué, pues, inculpa? ¿Quién ha resistido a su voluntad?’ Pero tú, hombre,

¿quién eres, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ‘¿Por qué me has hecho así?’ ¿Acaso no tiene potestad el alfarero sobre el barro para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?’” (Romanos 9:19-21). Como Creador del universo, Dios tiene el derecho soberano a hacer lo que quiera con su creación y a establecer las normas que quiera.

Reconocemos esa verdad en los asuntos humanos. Si hago vasijas de barro, puedo usarlas para el propósito que quiera. Muchas universidades establecen normas de ingreso que muchas personas jamás podrán cumplir y tienen ese derecho. El ejército establece normas de admisión a las fuerzas especiales, en las que fallarán 97 de cada 100 personas sometidas a prueba. Nadie cuestiona esas normas. ¿No tiene Dios el mismo derecho? En verdad, ¿no tiene el derecho mayor ya que él nos creó?

También es cierto que cuando Dios creó el universo, creó a los seres humanos con la capacidad de cumplir sus normas. No es culpa de Dios que los seres humanos se hayan rebelado contra él. Sus normas no son defectuosas porque no podemos cumplirlas.

Dios sería perfectamente justo si enviara a cada ser humano al infierno dado que es lo que merecemos por nuestro pecado, así como dice la Biblia: “La paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Los seres humanos pecaminosos cuestionan la justicia de Dios porque no entienden la enormidad de su culpa ni la seriedad del pecado. Su pecaminosidad les impide ver la enormidad de su trasgresión. Por naturaleza, los seres humanos piensan que son mejores de lo que son y que Dios les debe de alguna manera la vida eterna.

En consecuencia, las personas minimizan su pecado, actúan como si su pecado no fuera gran cosa, negando su seriedad. Rápidamente cuando las personas están atrapadas en su pecado, o la Ley las acusa por su culpa, o la conciencia las agobia por

lo que han hecho o por lo que han dejado de hacer, ellas inventan excusas o le echan la culpa a otros. Llegan hasta culpar a Dios, diciendo: “No lo puedo evitar. Es que soy así. ¡Dios, no me juzgues, tú me hiciste!” ¡Qué arrogancia!

Los humanos tratan de negar el castigo eterno porque es un concepto muy horrible para considerar. Dicen que el castigo no se ajusta al crimen. ¿Cómo puede Dios castigar eternamente a personas que cometen pecados durante la vida comparativamente corta?

En algunos países, hay crímenes que se castigan con cadena perpetua, es decir que la persona queda en prisión toda la vida, aunque el crimen se haya cometido en un instante, y quizá sea el único crimen serio que haya cometido esa persona. El castigo por pecar contra el omnipotente Creador del universo será eterno por la enormidad de la ofensa. Nuestro pecado no ha ofendido a un simple ser humano, sino al mismo Dios que nos creó.

Los pecadores tratan de hacer que Dios se adapte a sus normas, en lugar de reconocer lo que él ha revelado tan claramente en su Palabra. Los pecaminosos seres humanos siguen rebelándose contra Dios y su Palabra y no quieren dejar que Dios sea Dios.

Dios es santo y justo, y odia el pecado. El salmista dice: “Porque tú no eres Dios que se complace en la maldad, el malo no habitará junto a ti. Los insensatos no estarán delante de tus ojos; aborreces a todos los que hacen iniquidad. Destruirás a todos los que hablan mentira; al hombre sanguinario y engañador abominará Jehová” (Salmo 5:4-6).

Visto que Dios es justo, tiene que castigar el pecado. El testimonio de la palabra de Dios es claro: “La paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). “Maldito sea el que no permanezca en todas las cosas escritas en el libro de la Ley” (Gálatas 3:10).

El día del juicio, Jesús les dirá a los incrédulos: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles’. Irán estos al castigo eterno” (Mateo 25:41,46).

El pecado es un problema muy serio, y el infierno es una realidad tan horrible que nuestro Salvador advierte: “Si tu mano te es ocasión de caer, córtala, porque mejor es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado. Y si tu pie es ocasión de caer, córtalo, porque te es mejor entrar en la vida cojo, que teniendo dos pies ser arrojado al infierno. Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo, porque mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo que teniendo dos ojos ser arrojado al infierno, donde el gusano de ellos no muere y el fuego nunca se apaga” (Marcos 9:43-48). El infierno es una realidad. Dios es muy serio en sus amenazas de castigo tal como la Escritura advierte: “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Hebreos 10:31).

Como, por naturaleza, no podemos agradecer a Dios, tampoco podemos ganar su favor. Dado que Dios es justo, no tendríamos esperanza de escapar por nosotros mismos del castigo de nuestros pecados. Si fuéramos dejados a nuestra suerte, afrontaríamos la eternidad de tormento. Así lo confiesan los luteranos en la Confesión de Augsburgo:

Además, se enseña entre nosotros que desde la caída de Adán todos los hombres que nacen según la naturaleza se conciben y nacen en pecado. Esto es, todos desde el seno de la madre están llenos de malos deseos e inclinaciones, y por naturaleza no pueden tener verdadero temor de Dios ni verdadera fe en él. Además, esta enfermedad innata, el pecado hereditario, es verdaderamente pecado y condena bajo la ira de Dios a todos aquellos que no nacen de nuevo por el bautismo y el Espíritu Santo. ¹

Felizmente para nosotros, Dios planeó nuestra salvación desde la eternidad. En el próximo capítulo comenzaremos el estudio del plan de Dios para nuestra salvación.



2

La solución de Dios: salvación sólo en Cristo

Como el Señor es Dios santo, odia el pecado; como es Dios justo, tiene que castigar a los pecadores. Pero es también Dios de amor, de misericordia, y de gracia. En la eternidad previó nuestra triste situación, y su amor por nosotros lo motivó a planear nuestra salvación. Su misericordia lo llevó a darnos el Salvador que tomara nuestro lugar. Por gracia le dio nuestros pecados a su Hijo y nos dio su santidad a nosotros.

Salvación sólo en Cristo

Cuando miramos el mundo, vemos muchas religiones diferentes. De hecho, la religión ha sido parte de virtualmente toda cultura en cada etapa de la historia. La gente sabe por naturaleza que tiene que haber un dios o unos dioses que se deben adorar y servir. Dios escribió su Ley en el corazón

humano, y por eso las personas saben que ciertas cosas son buenas y otras son malas. Dios le dio conciencia a cada persona, y por eso se sienten culpables cuando hacen lo malo y saben que Dios está airado por su pecado. Los seres humanos han ideado innumerables maneras de afrontar esos problemas; cada religión aparentemente tiene su respuesta para la felicidad y la salvación de los humanos.

Pero, según la Biblia, hay sólo un angosto camino a la salvación. Como nos recuerda el Salvador: “Ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; pero angosta es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, pocos son los que la hallan” (Mateo 7:13,14). Hay un solo camino al cielo, como Jesús afirma: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6). La Biblia enseña que no hay salvación aparte de Jesús: “Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12).

Pero, ¿cómo nos salvó Jesús? ¿Qué tuvo que hacer? ¿Qué movió a Dios para darnos el Salvador?

El amor, la misericordia, y la gracia, de Dios

Desde la eternidad, antes de la caída en pecado y de la creación del mundo, Dios planeó nuestra salvación (Efesios 1:4). Su amor, misericordia, y gracia, lo movieron a darnos el Salvador.

Amor, misericordia, y gracia, son cualidades, es decir características de Dios. Esas palabras describen una actitud o disposición esencial de Dios hacia su creación. El amor de Dios es el amor caritativo, inmerecido, que ama a los pecaminosos seres humanos a pesar de sus trasgresiones, su culpa, y hostilidad hacia él. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (Juan 3:16). En su misericordia, Dios no nos ha tratado como merecieron nuestros pecados, sino que

nos ha dado salvación. “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia” (Tito 3:5). La gracia de Dios es completamente independiente de nuestras acciones y por consecuencia no podemos comprarla, ganarla, o merecerla. “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8,9). Gracia y mérito, son términos mutuamente excluyentes: “Y si es por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no sería gracia” (Romanos 11:6).

La revelación de la gracia de Dios

Pero los seres humanos no pueden descubrir por ellos mismos el plan de Dios para nuestra salvación. Como el amor, la gracia, y la misericordia, son actitudes de Dios, él nos las tiene que revelar. “¿Quién de entre los hombres conoce las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1 Corintios 2:11).

Poco después de la caída en pecado, Dios reveló su misericordia y gracia, prometiendo enviar un descendiente de Eva que destruiría el poder del diablo. En el huerto del Edén, Dios le dijo a Satanás: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón” (Génesis 3:15).

Dios repitió la promesa del Salvador en todo el Antiguo Testamento, prometiendo enviar a alguien para ser castigado en nuestro lugar. Por medio del profeta Isaías, predijo: “Él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (53:5,6).

La encarnación

Nuestro Padre celestial cumplió sus promesas. En el momento que él dispuso, el Hijo de Dios tomó carne y hueso, y se hizo uno de nosotros. El ángel Gabriel le apareció a una joven virgen judía llamada María, y le anunció que iba a ser la madre del Salvador del mundo. En esa anunciación, el ángel también le explicó a María como iba a quedar embarazada sin haber tenido relaciones sexuales con un hombre: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el santo ser que va a nacer será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35).

Un ángel le hizo un anuncio similar al prometido esposo de María, José. El ángel le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas tomar a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:20,21).

Cuando el Salvador nació en Belén, Dios envió su ángel a anunciar el nacimiento a pastores que cuidaban sus rebaños en el campo cerca de Belén. El ángel les dijo: “No temáis, porque yo os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad del David, el Salvador, que es Cristo, el Señor” (Lucas 2:10,11). Después del anuncio del nacimiento de nuestro Salvador, les apareció una gran compañía de ángeles a los pastores. Los ángeles no podían contener su alegría por el milagro de los siglos e irrumpieron en un canto de alabanza: “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres” (versículo 14).

¿Por qué se hizo Dios hombre? Para salvarnos. Según el plan y el propósito de Dios, nuestro Salvador para salvarnos tenía que ser Dios y hombre en una sola persona.

El Salvador tenía que ser verdadero ser humano

Dios exige santidad para entrar al cielo, perfecta obediencia a su Ley. El Salvador tenía que cumplir la Ley de Dios para cumplir por nosotros el requisito de entrada al cielo. Como Dios le dio la Ley a seres humanos, era necesario que el Salvador fuera un ser humano, para estar sujeto a la Ley. Pablo explica: “Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos” (Gálatas 4:4,5).

Dios declara que “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Por tanto, el Salvador tenía que ser verdadero ser humano para poder morir en nuestro lugar. Se hizo humano para poder morir como precio de rescate por nuestra salvación. Jesús dice: “El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por todos” (Marcos 10:45). Y por su muerte no sólo sufrió el castigo de nuestro pecado, sino también venció a Satanás y a la muerte. “Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Hebreos 2:14,15).

En la ley ceremonial del Antiguo Testamento, Dios demandaba que se ofrecieran sacrificios sangrientos por los pecados del pueblo de Israel. El rociamiento de sangre de animales significaba la purificación del pecado. El escritor a los Hebreos explica: “Y, según la Ley, casi todo es purificado con sangre, y sin derramamiento de sangre no hay redención” (9:22). Nuestro Salvador tenía que ser un ser humano para que pudiera derramar su sangre para limpiarnos de nuestros pecados. En representación nuestra él derramó su sangre, cuando los soldados de Pilato lo azotaron, le pusieron una

corona de espinas, y lo crucificaron. Por lo tanto, tenemos la seguridad de que “la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).

El Salvador tenía que ser verdadero Dios

Pero un simple ser humano no hubiera podido salvarnos. Aunque un ser humano perfecto no sería condenado por la Ley, esa persona no podría salvar a nadie más porque no tendría nada que ofrecerle a Dios para redimir a otro ser humano. El salmista declara: “Ninguno de ellos podrá, en manera alguna, redimir al hermano, ni pagar a Dios su rescate (pues la redención de su vida es de tan alto precio, que no se logrará jamás)” (Salmo 49:7,8).

Por eso, el Salvador tenía que ser también verdadero Dios, para ofrecer el sacrificio de valor suficiente para redimir al mundo. Juan dice: “La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). La sangre de Jesús nos purifica de todo pecado porque es la sangre del Hijo de Dios. Dado que Jesús es Dios, su sangre tiene valor infinito.

Al ser Dios, Jesús tenía el poder de vencer toda tentación que el demonio le lanzara, y triunfar en nuestro lugar. “No tenemos el sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino el que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15). El Hijo de Dios tenía el poder de vencer la muerte y el diablo. La tumba no pudo retenerlo porque él tenía autoridad y poder sobre la vida y la muerte. El Salvador explica: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla y tengo poder para volverla a tomar” (Juan 10:17,18).

El Salvador perfecto, verdadero Dios y hombre, era el que necesitábamos. No era como los sacerdotes del Antiguo Testamento que tenían que ofrecer sacrificios cada día. El

sacrificio de Jesús sirvió una vez por todas. Como explica el escritor de Hebreos: “Tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos, que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo, porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo” (7:26,27).

Las obediencias activa y pasiva de Jesús

Los teólogos describen muchas veces la obra redentora de Jesús, hablando de sus obediencias *activa* y *pasiva*. Por *obediencia activa* quieren decir que Jesús guardó la Ley de Dios perfectamente en nuestro lugar. Por *obediencia pasiva* quieren decir que Jesús permitió que lo escarnecieran, azotaran, crucificaran, mataran, y castigaran, por los pecados del mundo. Tanto la obediencia activa como la obediencia pasiva eran necesarias para redimirnos. Él fue obediente a las exigencias de su Padre celestial, cumpliendo la Ley en su vida santa y padeciendo todo el castigo de los pecados de todas las personas de todo tiempo.

La expiación vicaria

El pecado nos separa de Dios. Para restaurar la relación con Dios, nuestro pecado debía ser expiado. Expiar significa “reparar un crimen o culpa por medio de un castigo o sacrificio”. Como nosotros no teníamos el poder de hacer reparación de nuestros pecados, necesitábamos un *vicario*, un sustituto, un paladín, que tomara nuestro lugar. La *expiación vicaria* significa que Jesús vino a este mundo no a sufrir y morir por sus propios pecados, sino en nuestro lugar por nuestros pecados.

Dios explicó la naturaleza vicaria de la expiación a su pueblo del Antiguo Testamento en la bella profecía del Salvador que dio mediante inspiración a Isaías:

Ciertamente llevó él nuestras enfermedades
y sufrió nuestros dolores,
¡pero nosotros lo tuvimos por azotado,
como herido y afligido por Dios!
Mas él fue herido por nuestras rebeliones,
molido por nuestros pecados.
Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo,
y por sus llagas fuimos nosotros curados.
Todos nosotros nos descarriamos como ovejas;
cada cual se apartó por su camino;
mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.
Angustiado él y afligido,
no abrió su boca;
como un cordero fue llevado al matadero;
como una oveja delante de sus trasquiladores,
enmudeció, no abrió su boca.
Por medio de violencia y de juicio fue quietado;
y su generación, ¿quién la contará?
Porque fue arrancado de la tierra de los vivientes,
y por la rebelión de mi pueblo fue herido.
Se dispuso con los impíos su sepultura,
mas con los ricos fue en su muerte.
Aunque nunca hizo maldad,
ni hubo engaño en su boca,
Jehová quiso quebrantarlo
sujetándolo a padecimiento.
Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado,
verá descendencia, vivirá por largos días
y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.
Verá el fruto de la aflicción de su alma,
y quedará satisfecho;
por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos,
y llevará sobre sí las iniquidades de ellos.
Por tanto, yo le daré parte con los grandes,
y con los poderosos repartirá el botín;
por cuanto derramó su vida hasta la muerte,
y fue contado con los pecadores,

habiendo él llevado el pecado de muchos
y orado por los transgresores.
(53:4-12)

La descripción que hace Isaías, de los sustitutivos sufrimiento y muerte de nuestro Salvador, es un poderoso testimonio del amor y la gracia de nuestro Dios. Dios el Hijo se hizo hombre para tomar nuestro lugar ante el trono de la justicia de Dios; el llevó toda la carga de nuestros pecados para traernos paz con Dios.

El Señor al pueblo de Israel enseñó el significado y la necesidad de la expiación vicaria, por medio de los sacrificios sangrientos que les mandó ofrecer. El mensaje era claro: el pecado separa a las personas de Dios. Si los pecadores han de entrar o reentrar en una relación de pacto con Dios, se debe hacer expiación por su pecado, se debe derramar sangre, se debe perder vida, se debe sacrificar un sustituto inocente. El cordero pascual y los muchos otros sacrificios sangrientos, servían de representación del sustituto que Dios iba a enviar para ser sacrificado por el mundo. Juan el Bautista tomó la imagen del Antiguo Testamento cuando señaló a Jesús y declaró: “¡Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29).

Pablo explica la expiación vicaria en su segunda carta a los corintios: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados... Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (5:19,21).

Redimidos y rescatados

Pocas cosas se aprecian más que la libertad. Detestamos la idea de esclavitud. Pero no vemos que, por naturaleza, el ser humano es esclavo. Toda persona, desde la caída en pecado, es esclava del pecado, de la muerte, y del diablo, en virtud de su

nacimiento. Jesús vino a libertarnos de ese trío malo; su obra salvadora se llama *redención*, porque pagó el precio de nuestra libertad. Él dio su vida como rescate (Mateo 20:28).

Dios exigió la sangre de Jesús como precio de nuestra redención. Pedro escribe: “Pues ya sabéis que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir (la cual recibisteis de vuestros padres) no con cosas corruptibles como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:18,19). El Salvador compró nuestra libertad de la maldición de la Ley sufriendo el castigo que la Ley exigía por nuestros pecados. En efecto, *redimir* significa volver a comprar algo. Pablo explica: “Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, haciéndose maldición por nosotros” (Gálatas 3:13). Dios perdonó nuestros pecados. El apóstol declara: “En él tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Efesios 1:7).

Con Lutero, confesamos en la explicación del Segundo Artículo del Credo Apostólico: “[Él] me ha redimido a mí, criatura perdida y condenada, me ha rescatado y librado de todos los pecados, de la muerte, y del poder del diablo, no con oro ni con plata, sino con su santa y preciosa sangre y con su inocente pasión y muerte.”

Justificación universal

La Biblia usa varios términos para describir lo que Dios ha hecho para que seamos salvos. Un término fundamental es *justificación*. Dios nos ha justificado. La palabra *justificar* es un término forense, es decir, de la corte. Justificar es lo opuesto a condenar. Cuando Dios nos justificó, nos declaró no culpables, es decir, que nos declaró inocentes.

Dios nos declaró inocentes porque declaró culpable a Jesús en nuestro lugar. Éramos culpables de pecado ya que no habíamos vivido según las normas de Dios, sino que habíamos violado lo estipulado en su Ley. Sin embargo, Dios nos declaró

inocentes de todo cargo. Pablo explica: “Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre” (Romanos 3:23-25).

Decir que Dios declaró inocente al pecador es lo mismo que decir que perdonó nuestros pecados. La Biblia usa imágenes para describir la justificación y el perdón. Dios dice: “Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré más de tus pecados” (Isaías 43:25). Dios tiene misericordia de los malvados y los perdona: “Deje el impío su camino y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (55:7). Él quita nuestros pecados: “Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones” (Salmo 103:12). Hemos sido lavados: “Ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el hombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Corintios 6:11). Hemos sido purificados: “La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Nuestros pecados están cubiertos, Dios no los tiene en cuenta: “Bienaventurado aquel cuya trasgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad” (Salmo 32:1,2).

¿De quién perdona Dios los pecados? Dios ha perdonado, es decir, ha justificado al mundo. La Biblia dice: “Dios estaba reconciliando en Cristo consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:19). “Así que como por la trasgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación que produce vida” (Romanos 5:18). “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). “Él es la propiciación por nuestros

pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2).

Cuando Jesús murió en la cruz, fue como si cada persona hubiera muerto por sus pecados. Pablo escribe: “El amor de Cristo nos constriñe pensando en esto, si uno murió por todos, luego todos murieron” (2 Corintios 5:14). Cuando Dios maldijo a Jesús, fue como si todo el mundo hubiera sufrido esa maldición: “Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, haciéndose maldición por nosotros” (Gálatas 3:13). Cuando Jesús declaró en la cruz: “Consumado es” (Juan 19:30), había pagado los pecados del mundo. Cuando Dios resucitó a Cristo, le puso su sello de aprobación a la obra redentora de su Hijo, declarando inocente al mundo. Como proclama la Biblia: “Él fue entregado por nuestras trasgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25).

¡Cuán glorioso y misericordioso Dios! ¡Cuán poderoso y amoroso Salvador!



3

La salvación recibida: sólo por fe

Si Jesús murió por los pecados del mundo, ¿por qué no es salvo todo el mundo? Si Jesús redimió a todos, ¿por qué no estarán todos en el cielo?

La Escritura da una respuesta clara a esas preguntas. La única vía de salvación es por medio de la fe en Jesús como su Salvador. El único camino por el cual una persona podrá entrar al cielo es siendo creyente que Dios la ha perdonado por causa de Cristo. Como revela nuestro Salvador: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree no es condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Juan 3:16-18).

Pero, ¿qué significa *creer*? ¿Qué es la fe salvadora?

Lo que la fe no es

La fe salvadora no es simplemente creer que Dios existe. Las personas saben por naturaleza que hay un solo Dios. Al observar las maravillas de la creación, la belleza y majestad de la naturaleza, la complejidad de la mente y el cuerpo humanos, las personas saben que debe haber un creador. “Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Salmo 19:1).

Visto que el poder y la sabiduría de Dios, se pueden ver en la naturaleza, los humanos, a través de la historia en todas partes del mundo, han sido religiosos y han adorado a un dios o dioses. Pero aunque las maravillas de la creación muestran que hay un dios, la naturaleza no nos puede decir quién es el verdadero Dios. Dejados a su iniciativa, los seres humanos inventan sus propios dioses. Pablo escribe: “Lo invisible de él, su eterno poder y deidad, se hace claramente visible en la creación del mundo y se puede discernir por medio de las cosas hechas. Por lo tanto, no tienen excusa, ya que, habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias. Al contrario, se envanecieron en sus razonamientos y su necio corazón fue entenebrecido. Pretendiendo ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por imágenes de hombres corruptibles, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles” (Romanos 1:20-23).

La fe salvadora es más que reconocer que Dios existe; uno también tiene que saber quién es el verdadero Dios y qué ha hecho para salvarlas. Jesús dice: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (John 17:3).

La esencia de la fe

La fe implica conocimiento. Pablo pregunta: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quién

les predique?” (Romanos 10:14). La respuesta a esas preguntas es obvia: las personas no pueden ser hechas creyentes en el verdadero Dios si no han oído de él. Pero creer es más que simplemente saber quién es el verdadero Dios. Los dirigentes judíos del tiempo de Jesús conocían el Antiguo Testamento así como también conocieron personalmente a Jesús y hablaron con él. Ellos estaban conscientes de su afirmación de que era el Hijo de Dios y el Salvador que Dios había prometido enviar. No obstante, no fueron creyentes en Jesús ni en lo que él decía.

Por tanto, la fe también implica asentir o reconocer que algo es verdad. Por supuesto que no creeremos en algo que sepamos que es falso. Sin embargo, la fe salvadora implica más que saber que hay un solo Dios y reconocer que el verdadero Dios es el Dios revelado en la Biblia. Como escribe Santiago: “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen y tiemblan” (2:19). El diablo sabe quién es el verdadero Dios y sabe lo que enseña la Biblia. Hoy en el mundo también lo saben muchas personas educadas. Pero la fe salvadora es más que el conocimiento de los eventos históricos revelados en la Biblia. Es más que saber que Jesús nació en Belén, vivió, sufrió, y murió.

La esencia de la fe es la confianza. Creer en alguien es confiar en que lo que está diciendo es verdad. Creer en alguien es confiar en que puede cumplir la promesa que ha hecho.

En el relato de Abraham, podemos ver que la esencia de la fe es la confianza. Cuando Dios llamó a Abraham, le hizo estas promesas: “Haré de ti una nación grande, te bendeciré, engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendigan, y a los que te maldigan maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Génesis 12:2,3). Es fácil para nosotros ver que Dios cumplió su palabra para Abraham, ya que sus descendientes llegaron a ser una gran nación y el nombre de Abraham es honrado no solamente por los judíos, sino también por los cristianos y los musulmanes. Todas las

naciones de la tierra han sido bendecidas por medio de Abraham, porque el Salvador del mundo es descendiente directo de él.

Sin embargo, cuando Dios le hizo las promesas a Abraham, no era tan obvio que todas esas cosas iban a ocurrir. En efecto, años después de que Dios hiciera esas promesas a Abraham, el gran patriarca todavía no tenía un hijo de su esposa, Sara. Hasta que él pensó que quizás debía designar a su siervo Eliezer como heredero. Pero Dios vino de nuevo a él y le aseguró que le iba a dar un hijo de su esposa Sara. La Biblia nos dice que “Abraham creyó a Jehová” (15:6). Abraham le creyó a Dios, es decir, confió en sus promesas. Confió en que Dios haría lo que dijo.

El Espíritu Santo, por la pluma del apóstol Pablo, explica la actitud de Abraham y describe lo que significa la fe: “Él creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas naciones, conforme a lo que se le había dicho: ‘Así será tu descendencia’. Y su fe no se debilitó al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad de la promesa de Dios, sino que se fortaleció por la fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido” (Romanos 4:18-21). Aunque el sentido común y la razón humana, no puedan aceptar que Abraham y Sara tuvieran un hijo, Abraham le creyó a Dios y confió en su promesa.

El escritor de Hebreos define también la fe como confianza, certeza, y seguridad, basada en la promesa de Dios y no en prueba visible: “Es la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (11:1). “Por la fe, Noé, cuando fue advertido de cosas que no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvaría” (11:7). “Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir y dio

a luz por fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido” (11:11).

Sinónimos de fe

A veces la Biblia describe la fe como conocimiento o conocer. Como dice Jesús en la oración sacerdotal: “Y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). En este contexto, conocer a Cristo es más que sólo saber quién es Jesús; significa ser creyente en él. Este conocimiento implica el mismo tipo de confianza que expresó Job cuando declaró: “Yo sé que mi Redentor vive, y que al fin se levantará sobre el polvo, y que después de desecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios. Lo veré por mí mismo, mis ojos lo verán, no los de otros. Pero ahora mi corazón se consume dentro de mí” (Job 19:25-27). Job estaba convencido de que tenía el Redentor, confiaba en que lo vería el último día, aunque su cuerpo se hubiera descompuesto por siglos.

Conocer se puede usar como sinónimo de fe en la Biblia, porque la fe gobierna y controla todo entendimiento. Los creyentes en Jesús llevan “cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:5). Conocer a Cristo significa ser creyente en lo que él dice.

La Biblia describe también la fe como obediencia. La fe gobierna la voluntad humana y se somete a la voluntad de Dios. La Biblia advierte: “Cuando se manifieste el Señor Jesús...en llama de fuego para dar retribución a los que no conocieron a Dios ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (2 Tesalonicenses 1:7,8). ¿Qué significa obedecer el evangelio? Significa ser creyente el evangelio. Esa es la invitación que hace el evangelio: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo” (Hechos 16:31).

¿Cómo salva la fe?

¿Hay algo tan especial en la fe que Dios la recompensa con la salvación? ¿Es la fe una obra tan buena que gana o amerita el cielo?

Pablo nos responde estas preguntas: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8,9). La fe no es algo que Dios recompense. Al contrario, las personas son salvadas sólo por la gracia de Dios, es decir, su favor inmerecido. La fe no es una obra tan buena que amerite o gane la salvación. El Espíritu Santo descarta ese pensamiento cuando dice que la salvación es don de Dios, no por obras, para que nadie se gloríe. Si la fe ameritara la salvación, podríamos jactarnos de haber hecho algo que Dios debiera recompensar. Pero, como dice la Biblia, no podemos jactarnos de la fe, porque es don de Dios.

Si la salvación y la fe que la recibe son dones, no podemos ganarlas con nuestros propios esfuerzos. De la misma manera, si la fe fuera una buena obra que ameritara la salvación, no sería un don. En ese caso Dios podría deberle al creyente la salvación. Pablo escribe: “Pero al que trabaja no se le cuenta el salario como un regalo, sino como deuda; pero al que no trabaja, sino que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia. Por eso también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras, diciendo: ‘Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el hombre a quien el Señor no culpa de pecados’” (Romanos 4:4-8).

La salvación sólo por la fe garantiza que la salvación es sólo por gracia. La Biblia declara: “Por eso, la promesa es fe, para que sea por gracia, a fin de que sea firme para toda su descendencia” (versículo 16).

La Apología de la Confesión de Augsburgo, una de las Confesiones Luteranas, repite lo que dice la Biblia: la fe

sencillamente recibe lo que promete el evangelio. Por lo tanto, rechazamos todo pensamiento de que podamos hacer algo para ganar la salvación.

Pero, como obtenemos la justificación por la promesa, se sigue que no podemos justificarnos a nosotros mismos. De otra manera, ¿qué necesidad hay de una promesa? El evangelio es, estrictamente hablando, la promesa de perdón de los pecados y justificación por causa de Cristo. Como podemos aceptar esta promesa sólo por fe, el Evangelio proclama la justicia de fe en Cristo, que la ley no enseña... Porque la ley exige nuestras propias obras y nuestra propia perfección. Pero a nosotros, oprimidos por el pecado y la muerte, la promesa nos ofrece reconciliación gratuita por causa de Jesús, que no aceptamos por obras sino por fe. ²

Dios nos atribuye la justicia de Jesús porque le atribuyó a él nuestros pecados. Nos perdonó porque castigó a Jesús, tal como se nos revela la Biblia. Recibimos el beneficio de la vida perfecta de Jesús y de su muerte inocente, por medio de la fe, no por causa de la fe: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe” (Efesios 2:8). La fe es el medio por el cual Dios decidió darnos los beneficios de lo que ha hecho por nosotros.

Si alguien se acercara a usted para ofrecerle como regalo un cheque por un millón de dólares, usted bien podría creerle y recibir el dinero, o rechazar el cheque y perder el regalo. El dinero no habría sido algo que usted hubiera ganado, sino un regalo que le fue dado. Por creer en la persona, usted recibiría los beneficios del millón de dólares; al rechazar el cheque en incredulidad, usted perdería los beneficios del regalo que la persona venía a ofrecerle. De manera similar, la fe sencillamente recibe lo que Jesús ya ha alcanzado.

Por la proclamación del evangelio, los seres humanos pecaminosos son llamados a ser hechos creyentes que Dios los perdona por causa de Jesús. San Pablo explica: “Y todo esto proviene de Dios, que nos reconcilió consigo mismo por Cristo,

y nos dio el ministerio de la reconciliación. Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomádoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogara por medio de nosotros, os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:18-21). De la manera como los embajadores proclaman amnistía a los que se han rebelado contra un gobernante, los mensajeros de Dios les proclaman su amnistía a los pecadores. Si un gobernante declara amnistía, es un hecho dado; pero los que no les creen a los mensajeros pierden el consuelo y la paz que proclama la amnistía. Cuando los mensajeros de Dios nos dicen que nos reconciliemos con Dios, sencillamente quieren decir que seremos hechos creyentes que Dios ha reconciliado consigo al mundo haciendo a Jesús pecado por nosotros. La fe sencillamente recibe; la incredulidad rechaza.

¿Por qué salva la fe?

Nuestros antepasados luteranos confesaron en la Dieta de Augsburgo en 1530 que no somos salvos por nuestros propios méritos y obras, sino por los méritos de Cristo. Por medio de la fe en él, recibimos el perdón de pecados, y su justicia nos es atribuida.

Nuestras iglesias enseñan también que los hombres no pueden ser justificados delante de Dios por su propia fuerza, méritos, o palabras, sino que son gratuitamente justificados por causa de Cristo por medio de la fe, cuando son creyentes que son recibidos a favor y que sus pecados son perdonados por cuenta de Cristo, quien por su muerte hizo satisfacción de nuestros pecados. Esa fe Dios la tiene por justicia delante de él (Romanos 3, 4).³

La fe salva sólo porque el objeto de la fe es Jesús y sus promesas de salvación. La fe es sólo tan buena como su objeto. Si lo que creemos es poco confiable o no digno de confianza, nuestra fe es inútil.

Cuando conducimos un vehículo, confiamos en que los frenos actuarán y que detendrán el vehículo cuando aparezca la luz roja. Pero si los frenos están mal o si la tubería del freno se rompe, nuestra confianza en esos frenos no evitará un accidente. La fe en los frenos no nos salvará, ni tampoco al vehículo.

Si confiamos en nuestra capacidad para salvarnos, estaremos tristemente decepcionados porque no tenemos esa capacidad. Si ponemos la confianza en un dios falso, estamos perdidos a pesar de la fe. Como declara Jesús: “Yo soy el camino, la verdad, y la vida, nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6).

Los escritores sagrados siempre destacan el objeto de nuestra fe más que el acto de creer. Cuando el carcelero de Filipos se llenó de terror y, temblando de miedo, preguntó: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” (Hechos 16:30), Pablo y Silas le dijeron: “Cree en el Señor Jesús, y serás salvo” (versículo 31). Asimismo, Jesús le dijo a Nicodemo: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Visto que es Jesús quien nos salva, hasta la más débil fe en él como Salvador es fe salvadora. Aun la fe más débil recibe salvación completa. Nunca pongamos la confianza en nuestra fe o en la fortaleza de nuestra fe. Al contrario, pongamos nuestra confianza en nuestro Salvador. Aunque la persona no necesita fe fuerte para ser salva, los cristianos procurarán crecer en la fe. La Biblia nos exhorta: “Antes bien, creced en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo” (2 Pedro 3:18). Pero no nos fortaleceremos en la fe mirando hacia

adentro. Al contrario, nos fortaleceremos estudiando la palabra de Dios, meditando en sus promesas, y pensando en la vida y muerte del Salvador en nuestro lugar.

El Espíritu Santo nos moverá siempre a centrar nuestra atención en Jesús, quien vivió y murió, para que pudiéramos vivir eternamente.



4

La esclavitud de la voluntad: nuestra incapacidad para creer por iniciativa propia

En los capítulos anteriores hemos visto que la salvación es un don gratuito de Dios. Jesús cumplió todo lo necesario para asegurarnos la vida eterna. Dios ha declarado inocente a todo ser humano y ha perdonado los pecados de todos, porque Jesús vivió de manera perfecta y sufrió el castigo que Dios decretó por los pecados del mundo. Sencillamente él nos dice: “Cree en el Señor Jesús y serás salvo”. En otras palabras, por medio de la fe tenemos liberación del pecado, de la muerte, y del diablo. Por medio de la fe en Jesús, hemos recibido la garantía de la eternidad en el cielo.

Entonces, ¿por qué todos no son creyentes? ¿Quién rechazaría un ofrecimiento así? ¿Por qué rechazaría alguien un regalo tan maravilloso?

Una revelación contraria a la naturaleza

Vivimos en una sociedad orientada al éxito. Nuestra cultura juzga a los atletas con base en sus estadísticas. La sociedad juzga los negocios con base en sus ganancias, si han tenido éxito financiero o no. En general, tendemos a honrar a los que han tenido éxito. Nuestra sociedad admira a la gente que triunfa por ella misma.

No sólo en nuestro país, sino toda la gente por naturaleza aplica esas mismas actitudes al reino espiritual. Por naturaleza, las personas piensan que pueden salvarse a ellas mismas o al menos contribuir a su salvación de alguna manera. Los teólogos llaman a esa actitud *opinio legis*, es decir, la opinión de la ley.

Todos los seres humanos tienen conocimiento natural de la ley, y conciencia que los acusa cuando hacen lo malo y los elogia cuando hacen lo que es correcto. Por naturaleza, reconocen que Dios castigará lo malo y premiará lo bueno. Pero por naturaleza los pecaminosos seres humanos no reconocen la profundidad de su pecaminosidad y piensan que son mejores de lo que son. Es por eso que cada religión hecha por el hombre enseña que las personas deben salvarse a ellas mismas.

¿Cómo afronta la gente el pecado y la culpa? Tratan de ofrecerle algo a Dios para apaciguarlo. A través de los siglos, las religiones paganas han desarrollado toda clase de sacrificios y rituales, para apaciguar la ira de su dios o de sus dioses; hasta algunos han acudido a sacrificios humanos. Los amonitas del Antiguo Testamento lanzaban a los infantes y bebés vivos en las fauces del falso dios Moloc, en cuyo vientre construyeron un horno rugiente. Otros creen que si hacen más bien que mal en la vida, su cuenta con Dios está equilibrada. Otros comparan su vida con la de quienes los rodean. Al compararse con otras personas, ellos razonan que no son tan malos, porque han

encontrado personas mucho peores que ellos en su sociedad. Otros minimizan sus pecados, razonando que lo que han hecho no es en realidad tan malo. Se imaginan a Dios como una especie de abuelo indulgente que mira a otro lado cuando hacen algo malo.

La Biblia enseña que no podemos salvarnos nosotros mismos porque no tenemos la perfección que Dios exige. La Escritura enseña que no podemos contribuir ni en lo mínimo a nuestra salvación, sino que Dios se hizo hombre para sufrir y morir en nuestro lugar para salvarnos. Ese mensaje es contrario al pensamiento natural de los humanos. El mensaje de salvación sólo por gracia de Dios, parece locura a la gente, porque su naturaleza pecaminosa tiene la opinión de la ley. El orgullo pecaminoso quiere el mérito.

Hay un gran abismo entre el pensamiento de los pecaminosos seres humanos y el pensamiento de Dios. Por naturaleza los pecadores no piensan igual que el santo y justo Dios. Como le reveló Dios a Isaías: “‘Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos ni vuestros caminos mis caminos’, dice Jehová. ‘Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos’” (55:8,9).

Pablo explica más ampliamente esta verdad en su primera carta a los corintios:

La palabra de la cruz es locura para los que se pierden, pero a los que se salvan, esto es a nosotros, es poder de Dios, pues está escrito: “Destruiré la sabiduría de los sabios, y frustraré la inteligencia de los inteligentes”. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el que discute asuntos de este mundo? ¿Acaso no ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Puesto que el mundo, mediante su sabiduría no reconoció a Dios a través de las obras que manifiestan su sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Los judíos piden señales y los griegos buscan

sabiduría, pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura. En cambio, para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios. (1:18-24)

La gente no puede entender por ella misma el plan de salvación de Dios. “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14).

¿Qué quiere decir Dios cuando dice que el hombre sin el Espíritu no puede entender las cosas que vienen del Espíritu de Dios? ¿Es el lenguaje de la Biblia tan confuso que una persona de inteligencia promedio no lo puede entender? ¿Son las palabras de la Biblia tan oscuras que la gente tiene que imaginar lo que dicen? No. Los incrédulos pueden entender lo que significan las palabras de la Biblia. La Biblia está escrita en lenguaje humano para que la lean humanos; su mensaje no es oscuro. Los incrédulos pueden estudiar la Biblia y entender que enseña que Jesús es verdadero Dios desde la eternidad y verdadero hombre, nacido de la virgen María, que Dios castigó a Jesús por los pecados del mundo, y que todo el que ponga su confianza en él será salvo.

Pero, aunque los incrédulos pueden entender las palabras de la Escritura, no pueden aceptar el mensaje porque el mensaje les parece locura. El mensaje de la Biblia contradice la suposición humana básica de que las personas se pueden salvar a ellas mismas y la creencia de que la gente es básicamente buena. El mensaje de la Biblia está en conflicto con nuestro orgullo humano que quiere tener aunque sea un poco de mérito de la salvación. La gente puede entender lo que dice la Biblia, pero por naturaleza no lo puede ser creyente en él.

Para explicar por qué el mensaje divino de salvación parece locura a los pecadores seres humanos, la Biblia describe la condición humana natural usando diversas imágenes.

Espiritualmente ciegos

Si una persona es ciega, no puede ver. De la misma manera, si una persona es espiritualmente ciega, no puede ver el camino al cielo.

Desde la caída en pecado, las personas creen por naturaleza las mentiras del diablo, porque él las ha cegado a la verdad de Dios. Como todo humano nace hijo del diablo, todo ser humano piensa por naturaleza como el diablo. Pablo lo explica así: “Nuestro evangelio...entre los que se pierden está encubierto, esto es, entre los incrédulos, a quienes el dios de este mundo les cegó el entendimiento” (2 Corintios 4:3,4).

Las personas están ciegas a la verdad. Tienen un velo sobre los ojos que no les permite ver. Tienen un bloqueo mental que les impide creerle a Dios y confiar en sus promesas.

En oscuridad

¿Ha estado alguna vez en oscuridad total? Estar en oscuridad total es una experiencia atemorizante. Una vez fui de paseo a una cueva en un parque nacional. Los guías eran experimentados y los guardias del parque habían instalado luces eléctricas en la ruta. Pero a mitad de camino, cuando el grupo estaba en una caverna relativamente grande y segura, el guía apagó todas las luces. No podía ver mi propia mano a unos centímetros de los ojos. Si no se hubieran encendido nuevamente las luces, no hubiera tenido esperanza de encontrar el camino de salida de la caverna. Hubiera necesitado que alguien me rescatara.

La Biblia describe nuestra condición natural como oscuridad: “En otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz del Señor” (Efesios 5:8). Las Escrituras revelan que Dios nos llamó “de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9). Dios “nos ha librado del poder de las tinieblas” (Colosenses 1:13). Por nosotros mismos no podemos ver la salida de la situación difícil del pecado ni podemos descubrir un camino para escapar

del reino de Satanás. No podemos encontrar el cielo por nosotros mismos.

Espiritualmente muertos

Aunque la Biblia dice que las personas son por naturaleza espiritualmente ciegas y errantes en tinieblas espirituales, ¿significa eso que los humanos son absolutamente impotentes en lo espiritual? ¿No pueden los ciegos hacer algunas cosas por ellos mismos? ¿No son capaces de compensar la falta de visión con otros sentidos? ¿No pueden las personas salir a tientas de la oscuridad y hallar la luz?

Veamos otra descripción de nuestra condición natural.

La Biblia nos dice: “Estabais *muertos* en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1). Pero luego nos dice: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros *muertos* en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)” (versículos 4,5).

¿Qué es estar muerto? Los médicos definen la muerte como la ausencia de actividad cerebral ya que un cuerpo muerto no piensa ni puede pensar. Otros definen la muerte como ausencia de vida ya que un cuerpo muerto no puede hacer lo que hacen los cuerpos vivos.

Un verano, cuando asistía a la escuela, trabajé en una funeraria. Mi trabajo incluía ir a casas, hospitales, asilos, y morgues, para llevar a los difuntos a la funeraria para que los embalsamaran y los prepararan para ser vistos y sepultados. En cualquier momento del día o de la noche, se recibían llamadas para ir a recoger un cuerpo. Recibir una llamada a las 3 a.m. para ir a recoger un cuerpo, no era una experiencia agradable, pero yo no podía pedirle al hospital que le dijera al muerto que fuera a buscarme a la funeraria y que yo lo dejaba entrar. Un muerto no tiene capacidad de hacer ningún esfuerzo para encontrarse con alguien a mitad de camino.

Mi trabajo en la funeraria incluía levantar los muertos y ponerlos en una camilla, en una carreta, o en una mesa de embalsamamiento. Cuando el muerto era una persona grande, exigía mucho esfuerzo levantar el cuerpo. Aunque me hubiera ayudado que el muerto se hubiera impulsado o quizás hubiera dado un pequeño salto, ningún cuerpo lo hizo nunca por mí. Ningún muerto podría hacerlo. No había vida ni poder en ese cuerpo muerto que me ayudará ni en lo mínimo. Si le hubiera pedido a la persona que me ayudara, no habría podido ni responderme. Los muertos no piensan ni hablan.

Cuando la Biblia dice que por naturaleza estamos espiritualmente muertos, está diciendo que no podemos hacer nada para ayudarnos espiritualmente. No podemos encontrarnos con Dios a mitad de camino ni tenemos poder para responder a sus invitaciones. Tampoco podemos abrir la puerta del corazón y dejarlo entrar, ni podemos pedirle a Jesús que entre en nuestra vida. Los espiritualmente muertos no pueden hacer nada de eso.

Pero, ¿pueden los incrédulos orar pidiendo fe? ¿No pueden pedirle a Jesús que los salve? ¿No pueden decir palabras pidiendo el perdón de Dios?

Aunque los incrédulos pueden decir palabras de oración, no pueden ofrecer una oración aceptable a Dios. Jesús dice: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6). Sólo por medio de la fe en Jesús puede alguien tener acceso a Dios. “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes” (Romanos 5:1,2).

Dios no oye cuando oran los incrédulos. Cuando el pueblo de Israel se apartó del Señor en incredulidad, Dios declaró: “Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré” (Isaías 1:15).

Sólo los creyentes pueden orar, porque la oración supone fe. Como escribe Pablo: ““Aquel que invoque el nombre del Señor será salvo”. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en quién no han creído?” (Romanos 10:13,14). ¿Por qué oraría alguien a Dios, si no es creyente que Dios pueda ayudarlo y le ayudaría? La oración es un fruto de la fe.

A veces los niños expresan su frustración por las reglas y normas paternas, diciendo: “¡Yo no pedí nacer!” Aunque no podemos elogiar a un niño por la actitud que hay detrás de esa frase, podemos decir que es una frase verdadera. Una persona no pide ni puede pedir que nazca. De la misma manera, una persona que está espiritualmente muerta no pide ni puede pedir que sea engendrado de lo alto.

Hostiles a Dios

Nadie nace amigo de Dios, sino enemigo de él. Uno no nace con la capacidad de agradar a Dios ni puede agradarlo en su condición natural. Los seres humanos no nacen queriendo hacer lo que es justo, dado que por naturaleza no quieren someterse a la Ley de Dios. La Biblia revela: “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la Ley de Dios, ni tampoco pueden, y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:7,8).

¿Libre albedrío?

¿Tienen las personas, por naturaleza, libre albedrío? ¿Tenemos libertad de aceptar o rechazar la salvación que Dios ofrece por gracia? ¿Hay alguna área de la vida humana en la que tengamos libertad de elegir o está todo predeterminado en nuestra vida?

En asuntos externos, los seres humanos tenemos alguna libertad. La Apología de la Confesión de Augsburgo declara:

La voluntad humana tiene libertad de elección cuando se trata de obras y cosas que la razón comprende por sí. Puede, dentro

de ciertos límites, practicar lo que llamamos justicia civil, o justicia de las obras; puede hablar de Dios, rendirle cierto culto mediante la obra exterior, obedecer a las autoridades, a los padres. En su elección en la obra humana en su aspecto exterior, puede contener las manos de cometer asesinato, adulterio, hurto. Por cuanto le quedó a la naturaleza humana la razón y el juicio, respecto a las cosas sujetas a los sentidos, le quedó también la posibilidad de elegir entre estas cosas, y la libertad y facultad de practicar la justicia civil. Pues a la justicia civil, la Escritura la llama “justicia de la carne”.⁴

Los incrédulos pueden decidir comprar una casa, cambiar de empleo, o dar dinero a los pobres. Pueden hacer planes y realizarlos. Lo que hacen y dicen no ha sido fatalmente predeterminado en el cielo. Pero aun en esas materias externas, los seres humanos pueden hacer sólo lo que Dios permite. Santiago escribe: “¡Vamos ahora!, los que decís: ‘Hoy y mañana iremos a tal ciudad, estaremos allí un año, negociaremos y ganaremos’, cuando no sabéis lo que será mañana. Pues ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: ‘Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello’” (4:13-15).

Los incrédulos tienen la capacidad de tomar una Biblia y leerla. Tienen la capacidad de decidir ir a la iglesia un domingo en la mañana o de oír un sermón cristiano. Pero, como vimos antes, los seres humanos no tienen por naturaleza el poder de hacer nada que le agrade a Dios ni de decidirse por Cristo o pedirle a Jesús que entre en su vida. No tienen la capacidad de creer ni de ir a Dios o cooperar espiritualmente con Dios de ninguna manera. En asuntos espirituales su voluntad no es libre, está atada por el pecado y por Satanás. Por naturaleza, la gente no sólo está espiritualmente enferma, está muerta. No sólo tiene dificultad para ver la verdad de Dios, está ciega a ella. Vagan en oscuridad espiritual y, como enemigos de Dios,

están en guerra con él. El haber nacido con pecado original no significa que las personas son espiritualmente débiles, significa que no tienen ninguna habilidad espiritual. No significa que los pecadores seres humanos puedan hacer muy poco, sino que no puedan hacer absolutamente nada.

Es por eso que Martín Lutero escribe en su explicación del Tercer Artículo del Credo Apostólico: “Creo que por mi propia razón o elección no puedo ser creyente en Jesucristo, mi Señor, ni acercarme a él.” La Fórmula de Concordia, otra de nuestras Confesiones Luteranas, declara: “Por lo tanto, las Escrituras niegan al intelecto, corazón, y voluntad, del hombre natural, toda aptitud, destreza, capacidad, y habilidad de pensar, entender, poder hacer, empezar, desear, emprender, actuar, realizar, o cooperar, para producir de por sí algo bueno y recto en asuntos espirituales.”⁵

Dado que por naturaleza no entendemos esto, Dios tiene que convencernos. Dios ve las cosas de manera diferente que los seres humanos. Las personas se miran a ellas mismas y piensan que no son tan malas, pero Dios las mira y dice que son totalmente corruptas. Las personas dicen que hay algo bueno en cada una, pero Dios dice que, por naturaleza, no hay nada bueno en ningún ser humano. Incluso los recién nacidos, aunque aparentemente inocentes, nacen pecadores. Todos nacen espiritualmente muertos y deben ser engendrados de lo alto para tener vida eterna. Como le explicó Jesús a Nicodemo: “De cierto, de cierto te digo que el que no nace de agua y del espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es” (Juan 3:5,6).

Entonces, ¿cómo puede alguien llegar a la fe, si por naturaleza todos nacen espiritualmente muertos, ciegos, en oscuridad, y en guerra con Dios? ¿Cómo es posible la fe? Es posible sólo por el poder del Espíritu Santo quien es el único

que puede crear vida nueva en el pecador. Por su obra, los que están espiritualmente muertos pueden ser engendrados de lo alto.



5

Conversión: El otorgamiento de la fe por el Espíritu Santo

En el capítulo anterior vimos que los seres humanos no pueden llegar por ellos mismos a la fe. En efecto, no pueden ayudar en nada a su conversión ya que están espiritualmente muertos y ciegos. Viven en tinieblas espirituales y son hostiles a Dios. El mensaje divino de salvación les parece locura. ¿Cómo, pues, puede alguien ser llevado a la fe y ser salvo?

Intervención divina

Dios planeó nuestra salvación en la eternidad, es decir, que él tomó la iniciativa. En la eternidad, nos eligió para ser suyos. A esa escogencia la llamamos *elección* o *predestinación*. Pablo escribe: “Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él. Por amor, nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por

medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad” (Efesios 1:4,5).

Dado que nos eligió en la eternidad, Dios también nos llamó a la fe en Jesús el Salvador. Dice la Biblia: “A los que antes conoció, también los predestinó para que fueran hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestino, a estos también llamó, y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó” (Romanos 8:29,30).

Ese “llamado a la fe”, es decir, el otorgamiento de la fe, es lo que llamamos *conversión*. La conversión por completo es obra de Dios. Los seres humanos son completamente pasivos en cuanto a la conversión; no se pueden convertir a ellos mismos. No pueden ayudar a su conversión, sino *son convertidos* por Dios (note la voz pasiva del verbo).

La Biblia es muy clara respecto de la acción de Dios en la conversión. Jesús dice: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros” (Juan 15:16). El Salvador dice: “Nadie puede venir a mí, si el Padre, que me envió, no lo atrae” (6:44). La Escritura generalmente le atribuye la obra de la conversión al Espíritu Santo. Pablo escribe: “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14). Sin el Espíritu Santo, somos incapaces de ser creyentes en el mensaje divino de la salvación, porque nos parece locura. Pero cuando el Espíritu Santo obra la fe en el corazón, hace seres espirituales de personas no espirituales. Dios declara: “Nadie puede exclamar: ‘Jesús es el Señor’, sino por el Espíritu Santo” (12:3).

Los incrédulos obviamente pueden pronunciar esas palabras, pero no pueden decirlas con la convicción de fe, a menos que el Espíritu Santo obre la fe en ellos.

Conversión

¿Qué es ser convertido? Ser convertido significa ser girado o vuelto a girar. Pedro escribe: “Vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis *vuelto* al pastor y obispo de vuestras almas” (1 Pedro 2:25). Los pecadores van por su propio camino, y el Espíritu Santo los vuelve al camino de Dios. Jesús comisionó a Pablo en el camino a Damasco con estas palabras: “Te envío para que abras sus ojos, para que se *conviertan* de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios, para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados” (Hechos 26:17,18). Por naturaleza, las personas están en tinieblas espirituales y bajo el poder de Satanás. Ser convertido significa ser vuelto de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios. Dios comisionó al profeta Ezequiel con esta solemne advertencia: “Pero si tú amonestas al impío, y él no se convierte de su impiedad y de su mal camino, él morirá por su maldad” (Ezequiel 3:19). La conversión significa volverse de servirle al pecado a servirle a Dios. Si alguien se niega a volverse del pecado, esa persona muere en pecado. En Antioquía, la predicación del evangelio dio fruto. Lucas narra: “Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número *se convirtió* al Señor” (Hechos 11:21). La conversión es un cambio, un giro, de la incredulidad a la fe.

La conversión es instantánea. No hay término medio entre la incredulidad y la fe. Una persona es creyente o incrédula, tal como nuestro Salvador declara: “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Lucas 11:23).

Arrepentimiento

Un sinónimo de conversión es *arrepentimiento*. Arrepentimiento significa literalmente “cambio de mente”.

En la Escritura, la palabra *arrepentimiento* se usa en sentido amplio y estrecho. En sentido estrecho, arrepentimiento es

contrición, es decir, pesar sincero por el pecado. Jesús usa el término en este sentido al decir: “El reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepentíos y creed en el evangelio!” (Marcos 1:15). Si alguien está sinceramente triste por su pecado, ha cambiado de mente respecto del pecado. La vergüenza o el temor al castigo lo han llevado a una actitud diferente hacia el pecado. Eso es contrición, o sea, sincero pesar por el pecado, pero no es arrepentimiento en el sentido amplio del término.

En el sentido amplio, el arrepentimiento no sólo incluye la contrición, sino también la fe. Incluye tanto el pesar sincero por el pecado como la confianza en Jesús para el perdón. El Salvador usa el término en este sentido cuando dice: “Si no os arrepentís, todos pereceréis” (Lucas 13:5). “Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento” (Lucas 15:7). La Confesión de Augsburgo explica: “Propiamente hablando, el arrepentimiento consiste de estas dos partes; una es la contrición, es decir, el terror que golpea la conciencia con el conocimiento del pecado; el otro es la fe, que nace del Evangelio, o de la absolución, creer que los pecados están perdonados por causa de Jesús, consuela la conciencia y la libra del terror.”⁶

Arrepentimiento, en este sentido amplio, significa cambiar de mente respecto de la salvación. Por naturaleza, todo ser humano piensa que puede ir al cielo siendo bueno. Cuando una de esas personas llega a entender que por ella misma lo único puede ganar es el infierno, y que su salvación fue completamente cumplida por lo que Jesús ha hecho por ella, ha tenido un cambio de mente y de corazón. En otras palabras, se ha arrepentido.

Iluminación

La conversión a veces se describe como *iluminación*. Como, por naturaleza, las personas están en oscuridad espiritual y

están espiritualmente ciegas, necesitan que alguien prenda la luz para ellos para que puedan ver. Jesús vino a traer esa luz de salvación al mundo en las tinieblas del pecado y la incredulidad. Él mismo dijo: “Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Juan 8:12). Pablo escribe: “Los incrédulos, a quienes el dios de este mundo les cegó el entendimiento, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciera la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Corintios 4:4-6). Pedro dice a sus lectores que Dios los ha llamado “de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9).

Regeneración o volver a nacer

La conversión a veces se llama *regeneración* o *volver a nacer*. Cuando las personas nacen físicamente, carecen de vida espiritual. Para entrar al cielo, deben nacer de nuevo. Jesús tuvo que explicarle esto a Nicodemo, un dirigente judío.

“De cierto, de cierto te digo que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios.”

Nicodemo preguntó: “¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer?”

Respondió Jesús: “De cierto, de cierto te digo que el que no nace el agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es” (Juan 3:3-6).

Pedro usa la misma imagen cuando escribe: “Pues habéis renacido, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por

la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 Pedro 1:23).

Revivir o dar vida

Las Escrituras también presentan la conversión como la creación de vida en una persona que estaba espiritualmente muerta. Pablo escribe: “Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él” (Colosenses 2:13). “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estado nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)” (Efesios 2:4,5).

Nuestro viejo Adán, es decir, nuestra naturaleza pecaminosa, no puede ser reformado o mejorado. Dios tuvo que crear nueva vida en nosotros. Esa nueva vida es la fe que recibe el perdón y la salvación de Dios.

Conversión y voluntad humana

La Biblia enseña que por naturaleza lo único que los seres humanos pueden hacer es resistir y oponerse a Dios. La Biblia dice que no podemos contribuir a nuestra conversión. Los seres humanos son puramente pasivos. ¿Entonces significa eso que Dios obliga a la gente a creer? ¿Significa que Dios coacciona al incrédulo?

Los términos ricos y expresivos que usan las Escrituras para describir el otorgamiento de la fe por el Espíritu Santo, describen el cambio que ocurre en el ser humano. Dios no obliga a los pecadores, sino los atrae a él. Convierte en dispuestos a los indispuestos. Suaviza el corazón duro de los pecadores con las buenas nuevas de su amor y del perdón. Les da a las personas corazón nuevo y voluntad nueva. Como dijo Dios por medio del profeta Jeremías: “Les daré un corazón para que me conozcan que yo soy Jehová, y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, porque se volverán a mí de todo corazón”

(Jeremías 24:7). Cuando el Espíritu Santo obra en nosotros, no nos obliga, sino nos da la disposición para recibir los dones que Dios nos ofrece gratuitamente.

Conversión de niños

Muchos creen que los niños pequeños son inocentes hasta que alcanzan la edad del juicio, y por consecuencia, no creen que los infantes necesiten el perdón de Dios, porque los bebés no pueden pecar conscientemente.

¿Qué dice la Biblia? ¿Necesitan ser convertidos los bebés? ¿Pueden ser creyentes los bebés?

El rey David confiesa: “En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5). Los bebés están bajo el justo juicio de Dios porque son concebidos y nacen con pecado. Como nacen incrédulos, necesitan nacer de nuevo para ser creyentes y recibir el divino regalo de la salvación. Recuerde lo que le dijo Jesús a Nicodemo: “De cierto, de cierto te digo que el que no nace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es” (Juan 3:5,6). Note que Jesús no establece ningún límite en cuanto a quién necesita nacer de nuevo, o sea, que no excluye a los infantes. La declaración: “lo que nace de la carne, carne es” significa que padres pecadores engendran bebés pecadores. Por lo tanto, los bebés también necesitan nacer del Espíritu.

Los infantes pueden ser creyentes. Jesús lo enseña cuando advierte: “A cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeños *que creen en mí*, mejor le sería que se le atara una piedra de molino al cuello y se le arrojara al mar” (Marcos 9:42).

Jesús invita a los bebés a ir a él y a creer en él. Como narra Lucas: “Traían a él niños para que los tocara. Al verlo los discípulos, los reprendieron. Pero Jesús, llamándolos, dijo: ‘Dejad a los niños venir a mí y no se lo impidáis, porque de los

tales es el reino de Dios. De cierto os digo que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Lucas 18:15-17). La palabra griega que se traduce aquí como “niños”, en el versículo 15, significa *niños de brazos*. Las Escrituras afirman que la única manera de recibir el reino de Dios es por medio de la fe en Jesús. Cuando Jesús les dice a los adultos que deben recibir el reino de Dios como bebés, presenta la fe de los infantes como un modelo de fe.

¿Cómo, pues, pueden ser creyentes los infantes? Lo psicólogos sugieren que los infantes entienden muy poco. Afirman que los bebés no tienen capacidad de entender lo que les decimos hasta que su mente alcance un estado más avanzado de desarrollo. Pero Pablo le recordó a Timoteo: “Desde la *niñez* has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:15).

La Biblia en realidad no responde la pregunta de cómo pueden ser hechos creyentes los infantes, sino que sencillamente afirma que pueden. Tampoco explica la Biblia cómo puede ser creyente un cristiano senil o en coma. Si tenemos problema para entender cómo pueden ser creyentes los infantes, probablemente es porque centramos la atención en las capacidades humanas y no en el poder del Espíritu Santo. No es mayor milagro para Dios convertir un bebé que convertir un adulto. Cuando Dios crea la fe en un individuo, crea vida espiritual donde antes no había nada sino muerte espiritual.

La experiencia de la conversión

¿Cómo sé que soy convertido? ¿Es la conversión una experiencia que se debe recordar? ¿Debo ser capaz de señalar el momento de mi conversión?

Si una persona confía en que Dios ha perdonado sus pecados por causa de Jesús, entonces ha sido convertida. Sólo el

Espíritu Santo puede llevar a las personas a confiar en que, aunque merecen morir eternamente, tienen vida eterna por la fe en Jesús.

Eso no significa que los cristianos nunca tengan dudas. Los cristianos siguen teniendo naturaleza pecaminosa y por eso, de vez en cuando, tendrán dudas sobre su salvación. Cuando surjan esas dudas, pueden reafirmarse con las misericordiosas promesas de Dios, quien declara que Jesús es el sacrificio expiatorio por los pecados del mundo. Los cristianos no depositarán su confianza en alguna forma de experiencia de conversión o de sentimiento subjetivo.

Pablo pudo señalar el momento de su conversión. Nunca pudo olvidar la manera tan dramática como Jesús lo confrontó en el camino a Damasco (Hechos 9:1-19). Le gustaba repetir la historia (26:12-18) porque fue una demostración maravillosa de la gracia de Dios.

Pero ni Pablo ni ninguno de los otros escritores sagrados, prometieron nunca que todo individuo iba a ser convertido de una manera tan dramática. Los que fueron hechos creyentes en la infancia no tendrán un recuerdo consciente de su conversión. Muchos adultos no serán capaces de señalar un momento particular en el que fueron creyentes por primera vez, más de lo que pueden señalar el momento exacto en que se enamoraron del cónyuge. Los indicios de la fe son frecuentemente un débil anhelo del perdón de Dios en Jesús. Los humanos no pueden producir por ellos mismos este anhelo. El Espíritu Santo ha creado ese anhelo creando la nueva voluntad en la persona. Pablo escribe: “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

La Fórmula de Concordia lo expresa de esta manera:

En resumen, permanecerá eternamente verdadero lo que el Hijo de Dios dice: “Separados de mí, nada podéis hacer” (Jn 15:5).

Y San Pablo: “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Flp 2:13). Este último pasaje es consolador para todos los cristianos que sienten y experimentan un pequeño destello de la gracia divina y la salvación eterna o las anhelan fervorosamente; pues saben que Dios ha encendido en su corazón este comienzo de la verdadera santidad y que además los fortalecerá y los ayudará en su gran flaqueza, para preservarlos en la verdadera fe hasta el fin.⁷

La Biblia no nos dice que debamos esperar una experiencia estremecedora, ni los escritores de la Biblia centran nuestra atención en que deberíamos esperar esa experiencia, sino que siempre nos señalan lo que Jesús ha cumplido en nuestro lugar. En vez de dedicar nuestros esfuerzos a tratar de determinar el momento de nuestra conversión, haremos mucho mejor meditando en la gracia de Dios, y en la vida perfecta y el sufrimiento y muerte inocentes de nuestro Salvador, porque el Espíritu Santo obra, fortalece, y preserva la fe, por medio de ese mensaje.



6

Los medios de conversión: el evangelio en Palabra y sacramentos

Por completo la creación de la fe es obra del Espíritu Santo. Los seres humanos son puramente pasivos en la conversión.

Sin embargo, Dios comisiona *personas* para proclamar las buenas nuevas del perdón en Jesús y para administrar los sacramentos. Jesús manda: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15). También les dice a sus seguidores: “Id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mateo 28:19,20). El Salvador les explicó a sus seguidores: “Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciera y resucitara de los muertos al tercer día, y que se

predicara en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lucas 24:46,47)

¿Por qué es necesaria la proclamación del evangelio? ¿Cuál es el propósito de la administración de los sacramentos?

El Espíritu Santo convierte a los pecadores por los medios de gracia

En su infinita sabiduría, Dios ha determinado convertir a las personas usando los medios de gracia: el evangelio en la palabra de Dios y los sacramentos. Él no viene directamente a las personas, sino que usa seres humanos pecadores como usted y yo, para decirles a otros pecadores que Jesús vivió y murió para salvarlos.

Pablo lo expresa muy claramente en su carta a los romanos, cuando escribe: “Ya que todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados? Como está escrito: ‘¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!’... Así es que la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Dios” (10:13-15,17). Aparte de la palabra de Dios, nadie será salvo.

La palabra de Dios es el medio por el cual el Espíritu Santo nos convierte. Pedro explica: “Pues habéis nacido, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios, que vive y permanece para siempre” (1 Pedro 1:23). La Confesión de Augsburgo da testimonio de esa verdad: “Para obtener esa fe, Dios instituyó el oficio del ministerio, es decir, proporcionó el Evangelio y los sacramentos. Por medio de ellos, a través de esos medios, él da el Espíritu Santo, quien obra la fe, cuando y donde a él le complace, en aquellos que oyen el evangelio.”⁸

El propósito de la Ley

Las dos enseñanzas principales de la Biblia son la ley y el evangelio. Ambas son importantes para nuestra salvación; cada una tiene un propósito y un uso específico.

¿Cómo usa el Espíritu Santo la Ley? La usa para exponer el pecado y para apabullar a los pecadores. Los hace conscientes del castigo por el pecado y del terrible juicio que pende sobre sus cabezas. La usa para hacerlos perder toda esperanza de salvarse a ellos mismos.

Pablo explica este propósito de la Ley en su carta a los romanos: “Pero sabemos que todo lo que la Ley dice, lo dice a los que están bajo la Ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios, porque por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado delante de él, ya que por medio de la Ley es el conocimiento del pecado” (3:19,20). El Espíritu Santo tiene que hacer conscientes a las personas de su pecado y dejarles saber que son responsables delante de Dios por todo lo que dicen, piensan, y hacen.

Las personas saben por naturaleza que ciertas cosas están mal, es decir, que nacen con un vago conocimiento de la ley moral de Dios. Como revela la Biblia: “Cuando los gentiles que no tienen la Ley hacen por naturaleza lo que es de la Ley, estos, aunque no tengan la Ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la Ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia y acusándolos o defendiéndolos sus razonamientos en el día que Dios juzgará por medio de Jesucristo” (2:14,15). Todas las sociedades a través de la historia han prohibido el asesinato, el robo, y el adulterio, hayan leído o no alguna vez la Biblia. Todo ser humano tiene conciencia que lo acusa cuando hace lo que sabe que es malo o deja de hacer lo que sabe que debería hacer.

Sin embargo, la Ley de Dios escrita en la Biblia es necesaria para que las personas entiendan la *profundidad* de su pecaminosidad. La Ley escrita de Dios revela el pecado que

yace en sus pensamientos y corazones y permea todo su ser. Pablo explica: “Pero yo no conocí el pecado sino por la Ley, y tampoco conocería la codicia, si la Ley no dijera: ‘No codiciarás’” (7:7).

El Espíritu Santo usa la Ley para revelar a los pecadores que están bajo la maldición de Dios si tratan de ganar la salvación por sus propias obras. El apóstol escribe: “Todos los que dependen de las obras de la Ley están bajo maldición, pues escrito está: ‘Maldito sea el que no permanezca en todas las cosas escritas en el libro de la Ley, para cumplirlas’. Y que por la Ley nadie se justifica ante Dios es evidente” (Gálatas 3:10,11). A menos que el Espíritu Santo convenza a las personas de que no se pueden salvar por medio de sus propias obras, ellas nunca entenderán su necesidad del Salvador. A menos que las personas reconozcan que por naturaleza están bajo la maldición de Dios, nunca apreciarán la salvación que Jesús ganó haciéndose maldición en su lugar.

El propósito del evangelio

El propósito del evangelio es consolar a los que han sido aterrorizados por la Ley.

Dios comisiona a los que conocen el evangelio para proclamarlo a otros. Él designa a pecadores para proclamar el perdón. Los que proclaman el evangelio son embajadores de Dios, hablando el mensaje divino de reconciliación en representación de Dios y anunciando su amnistía a los pecadores que se han rebelado contra él. Proclaman paz entre Dios y los humanos, declarando que Dios ya no pone nuestro pecado contra nosotros, porque él puso ese pecado contra Jesús en nuestro lugar. Pablo dice: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de reconciliación. Así que somos embajadores en nombre de

Cristo, como si Dios rogara por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:19-21).

El mensaje del evangelio de perdón de pecados consuela a los pecadores que han sido aplastados por las acusaciones de su conciencia y la condenación de la Ley. El profeta Isaías escribe: “Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén, decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado está perdonado” (Isaías 40:1,2). Isaías proclamó la Ley de Dios en toda su fuerza, anunciando al pueblo de Judá que su amada ciudad de Jerusalén iba a ser destruida. Les dijo que iban a ser llevados en cautividad por causa de sus pecados. Pero no se detuvo ahí, también tenía un mensaje de consuelo: los pecados del pueblo de Judá habían sido pagados. ¿Cómo fueron pagados? Isaías declara: “Mas él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados” (53:5).

El evangelio habla de la vida perfecta, y del sufrimiento y muerte sacrificiales, del Salvador. Anuncia el perdón de Dios al mundo perdido en pecado, mostrándole a los pecadores a Jesús, que ha quitado su pecado. Cuando les hablamos a otros sobre su Salvador, somos como Juan el Bautista señalando a Jesús y diciendo: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Cuando señalamos al Salvador y su obra redentora y la promesa divina del perdón de pecados, vida, y salvación, el Espíritu Santo obra por medio de ese mensaje para llevar a la gente a la fe.

Pablo explica esta verdad en su segunda carta a los tesalonicenses: “Nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación,

mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad. Para esto él os llamó por medio de nuestro evangelio: para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo” (2:13,14).

Martín Lutero, en su Catecismo Mayor, explica la importancia de la proclamación del evangelio:

Ni tú ni yo podríamos saber jamás algo de Cristo, ni creer en él, ni recibirlo como “nuestro Señor”, si el Espíritu Santo no nos ofreciese estas cosas por la predicación del evangelio y las colocara en el corazón como un don. La obra tuvo lugar y fue realizada, Cristo obtuvo y conquistó para nosotros el tesoro con su padecimiento, muerte, y resurrección. Mas si esta obra de Cristo permaneciese oculta... todo habría sucedido en vano y habría que darlo por perdido. A fin de evitar que el tesoro quedase sepultado y para que fuese colocado y aprovechado, Dios ha enviado y anunciado su Palabra, dándonos con ella el Espíritu Santo, para traernos y adjudicarnos tal tesoro y redención.⁹

Bautismo

El Espíritu Santo obra por el bautismo, para despertar o fortalecer la fe. La Biblia dice: “Pero cuando se manifestó la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor para con la humanidad, nos salvó, no por obras de justicia que hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de *la regeneración y por la renovación del Espíritu Santo*, el cual derramó abundantemente en nosotros por Jesucristo, nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, llegáramos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tito 3:4-7). Por el bautismo nacemos de nuevo y somos renovados.

El agua del bautismo no sólo simboliza el lavamiento de la suciedad del pecado, sino que en verdad ofrece y da el perdón de pecados. Como les dijo Pedro a sus oyentes en Pentecostés: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38). O como le dijo Ananías a Pablo

en Damasco: “Levántate, bautízate, y lava tus pecados invocando su nombre” (22:16).

Así como recibimos el perdón de Dios por medio del bautismo, también recibimos salvación y conciencia limpia hacia Dios. Si Dios ha perdonado nuestros pecados, entonces somos salvos de su ira, y toda nuestra culpa ha sido quitada. La Biblia declara: “El bautismo... ahora nos salva (no quitando las inmundicias del cuerpo, sino como la aspiración a una buena conciencia hacia Dios)” (1 Pedro 3:21).

El bautismo logra todo esto porque no es sólo simple agua ni una ceremonia vacía. Lutero lo expresa en el Catecismo Menor de esta manera: “El bautismo no es solamente agua, sino que es el agua que se usa por mandato divino y ligada a la palabra de Dios. Ciertamente no es el agua la que hace estas cosas, sino la palabra de Dios que está en y con el agua, y la fe que confía en esta Palabra usada con el agua. Porque sin la palabra de Dios el agua es simple agua y no bautismo. Pero con esta palabra de Dios es bautismo, es decir, un agua llena de gracia y de vida y un lavamiento de regeneración por medio del Espíritu Santo” (El Sacramento del Santo Bautismo: Primero, Tercero).

La Santa Cena

¿Obra el Espíritu Santo por medio de la Santa Cena (Santa Comunión)? Con el bautismo tenemos palabras directas de la Escritura que conectan la obra del Espíritu Santo a ese sacramento. Sin embargo, no encontramos pasajes de la Biblia que digan explícitamente que el Espíritu Santo obra por medio de la Santa Cena.

Aun así, por lo que dice la Biblia sobre la palabra de Dios y la obra del Espíritu Santo, sabemos que donde se usa la palabra de Dios, allí está presente el Espíritu Santo con su poder. La palabra de Dios y sus promesas, están unidas al pan y al vino, en la Santa Comunión. Las palabras de institución nos

recuerdan la noche en que Jesús instituyó este sacramento. Fue la noche antes de ser traicionado, la noche antes de que fuera ejecutado por nuestros pecados. Cuando Jesús instituyó la Santa Cena, dijo estas palabras: “Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado, haced esto en memoria de mí... Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre que por vosotros se derrama” (Lucas 22:19,20). Él les dio a sus seguidores su verdadero cuerpo y sangre, los cuales nos procurarían la salvación. En la Santa Cena, él le asegura a cada comulgante: “Este cuerpo fue dado y esta sangre fue derramada por ti; estás perdonado”. El Espíritu Santo usa las promesas contenidas en este sacramento para fortalecer la fe.

Pero Dios no ha dado la Santa Cena para los incrédulos. La Biblia advierte: “De manera que cualquiera de coma de este pan o beba de esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan y beba de la copa. El que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí” (1 Corintios 11:27-29). Por causa de esta advertencia, nosotros invitamos a la Santa Cena solamente a aquellos que: conocen sus pecados, confiesan a su Salvador, y reconocen que lo que están recibiendo en el sacramento es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre. No queremos que nadie tome el sacramento para su juicio.

Suficiencia de los medios de gracia

¿Necesitamos algo además de los medios de gracia? ¿No parecen la proclamación de la ley y el evangelio y la administración de los sacramentos un poco insípidos en nuestra edad moderna? El último libro de la Biblia fue escrito hace aproximadamente dos mil años. ¿Hay algo en lo que dice la Biblia que pueda hacer que todavía hoy los ciudadanos de nuestro mundo moderno se sienten a escuchar? ¿No estaría la

gente más inclinada a escucharnos si pudiéramos obrar milagros para que pudieran ver el poder de Dios?

El Salvador contó la historia de un hombre que no pensaba mucho sobre el plan divino de salvación, es decir, que él creía que podía mejorar el modo como Dios lleva a la gente a la vida eterna. No es necesario repetir los detalles de la familiar narración de Lázaro y el rico, pero los últimos versículos son notables. El rico, en el infierno, le dijo a Abraham quien estaba en el cielo: “‘Te ruego, pues, padre, que lo envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento’ . Abraham le dijo: ‘A Moisés y a los Profetas tienen, ¡que los oigan a ellos!’ Él entonces dijo: ‘No, padre Abraham, pero si alguno de los muertos va a ellos, se arrepentirán’. Pero Abraham le dijo: ‘Si no oyen a Moisés y a los Profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos’” (Lucas 16:27-31).

El rico no prestó atención al plan divino de salvación mientras vivió. Al morir, fue al infierno, y los tormentos eran tan agudos que preguntó si Lázaro, que estaba en el cielo, pudiera regresar para advertir a sus hermanos. Note la respuesta de Abraham: “A Moisés y a los Profetas tienen, ¡Que los oigan a ellos!” Ellos tenían el Antiguo Testamento y por tanto entre ellos se habían proclamado las promesas de salvación. La palabra de Dios tenía todo lo que necesitaban para evitar el infierno. Pero el rico no pensó que la palabra de Dios fuera suficiente. Según él, si alguien pudiera volver de entre los muertos, si sus hermanos sólo pudieran ver ese milagro y hablaran con alguien que había estado al otro lado de la tumba, entonces creerían. Note la respuesta de Abraham: “Si no oyen a Moisés y a los Profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos”.

La proclamación de la ley y el evangelio de Dios, es todo lo que necesitamos para que las personas sean conducidas al cielo. No podemos agregarle nada para hacerla más atractiva ni para hacer a las personas más receptivas al mensaje de la Biblia. Aun hacer milagros no ayudaría. Dios no necesita nuestra florida retórica, ni nuestra convincente locuacidad, ni nuestros poderes de persuasión. Pablo reconoció esa verdad: “Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría, pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesús, y a este crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad y mucho temor, y temblor, y ni mi palabra ni mi predicación fueron palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (1 Corintios 2:1-5).

Eficacia de los medios de gracia

El rico de la historia de Jesús no pensaba que las Escrituras fueran suficientes para apartar a sus hermanos del infierno, porque dudaba del poder de los medios de gracia. Cuestionaba la suficiencia de la palabra de Dios porque también dudaba de la eficacia de ésta.

Dudas similares entran también en el corazón de los cristianos. ¿Hace algún bien la proclamación de la ley y del evangelio de Dios? ¿Puede el mensaje del perdón divino que le comunico a un incrédulo cambiar realmente el corazón de esa persona?

Las claras afirmaciones de la Escritura responden esas preguntas. Pablo escribe a los romanos: “No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación de todo aquel que cree” (1:16). La palabra griega traducida como “poder” es *dínamis*, de la que deriva la palabra *dinamita*. El evangelio es dinamita de Dios, su gran poder para salvación.

El mensaje del perdón de Dios tiene el poder de cambiar corazones duros. Puede crear vida espiritual en los que están espiritualmente muertos. Tiene el poder de convencer a la gente de su veracidad y llevarla a confiar en Jesús para la salvación.

El evangelio es efectivo porque es palabra de Dios; es poderoso porque el poder de Dios está en él. Se puede confiar en que la palabra de Dios obra porque el Dios omnipotente está detrás de lo que dice. El evangelio es poder de Dios para salvación porque el Espíritu Santo obra por el evangelio para llevar a las personas a la fe. Como nos instruye Pablo: “Nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre” (1 Tesalonicenses 1:5).

Dios promete que su Palabra siempre hace lo que él quiere que haga. Como nos asegura por medio de la pluma del profeta Isaías: “Porque como descende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra y la hace producir, y da semilla al que siembra y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para lo cual la envié” (55:10,11).

La obra del Espíritu Santo puede encontrar resistencia

Si el poder del Dios omnipotente está en los medios de gracia, ¿por qué no llega a la fe toda persona expuesta a ellos? Si la palabra de Dios es efectiva para hacer su propósito, ¿por qué hay unos que no son creyentes?

Cuando Dios actúa directamente, como lo hizo al crear el universo, no hay nada que pueda resistirle, pero, cuando obra a través de medios, puede ser resistido. Así acusó Esteban, el primer mártir cristiano, a los judíos de Jerusalén: “¡Duros de cerviz! ¡Incircuncisos de corazón y de oídos! ¡Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo!” (Hechos 7:51).

El Salvador lamentó la obstinada resistencia de los habitantes de Jerusalén, que se negaban a depositar la confianza en él como su Salvador, a pesar de su paciente enseñanza y de muchos milagros. Él clamó: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste!” (Mateo 23:37).

Aunque, por naturaleza, nadie tiene el poder de llegar a la fe, los pecadores pueden resistir la obra del Espíritu Santo y rechazar la misericordiosa oferta divina de salvación.

¿Por qué unos son salvos y otros no?

¿Por qué algunos son salvos y otros se pierden eternamente? La gente ha luchado durante siglos con esa pregunta. La pecaminosa mente humana responde esa pregunta de dos maneras: o trata de atribuirse algún crédito por su salvación, ya que otros se condenan, o trata de culpar a Dios por el hecho de que algunos se pierden para siempre. Tratan de darse crédito diciendo: que se decidieron por Cristo o que no eran tan pecadores como otros o que cooperaron con la obra del Espíritu Santo. Otros culpan a Dios diciendo que desde la eternidad decidió quién iría al cielo y quién al infierno.

¿Cómo responde la Biblia a esta pregunta? No la responde de manera que satisfaga la lógica humana ya que dice que, por naturaleza, todo ser humano es tan pecador y está tan perdido como cualquiera otro. Pablo escribe: “No hay diferencia por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:22,23). “No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios” (versículos 10,11). Si una persona es salva, todo el crédito es de Dios, no de la persona. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8,9).

No obstante, ¿de quién es la culpa, si una persona se pierde? Es culpa de esa persona. Recuerde el lamento del Salvador: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste!” (Mateo 23:37). Si una persona se pierde, recibe exactamente lo que merece, porque “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Aunque es cierto que Dios ha predestinado a los que serán salvos, no es cierto que predestinó al resto de la humanidad al infierno. Pablo afirma: “Dios, nuestro Salvador... quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:3,4). Pedro explica: “El Señor... es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). El profeta Ezequiel dice: “Vivo yo, dice Jehová, el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos. ¿Por qué habéis de morir, casa de Israel?” (Ezequiel 33:11).

¿Por qué unos son salvos y otros no? Le dejamos la respuesta a Dios y le creemos cuando dice que si una persona se pierde, se ha de culpar a la persona; y si una persona es salva, es sólo por la gracia de Dios. “¡Profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!” (Romanos 11:33).



7

Los resultados de la conversión: salvación y santificación

El arrepentimiento y la conversión implican un cambio radical en el ser humano y en su relación con Dios. En este capítulo exploraremos esos cambios, los resultados de la conversión.

Paz con Dios

Cuando se anunció la paz al final de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos irrumpió en la más grande celebración espontánea de su historia. La paz significa que el enemigo ha sido derrotado. Los seres amados que hacían parte de las fuerzas armadas iban a volver a casa. Esposos, padres, hijos, y amigos, ya no iban a ser muertos, ni heridos, ni mutilados, en batalla. La vida iba a regresar a la normalidad.

El anuncio de la paz fue aun más significativo para los habitantes de las naciones desgarradas por la guerra en Europa, Asia, y el Pacífico. Los habitantes de esas regiones habían visto y experimentado, de primera mano, el horror de la guerra. El anuncio de la paz significaba que ya no iban a estar en constante peligro de bombardeos, violaciones, pillaje, y asesinatos, que implican un conflicto armado.

Por naturaleza, todo ser humano nace en guerra con Dios, pero ni las más destructivas armas que la mente humana pueda producir se pueden comparar con el omnipotente poder del Dios todopoderoso.

Pero Dios declaró paz con el mundo, dando a los pecadores amnistía incondicional. Por medio de la fe que el Espíritu Santo creó en nosotros a través de la conversión, esa paz es nuestra. Pablo dice: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Romanos 5:1,2). Como Dios nos ha justificado, es decir, nos ha declarado inocentes de nuestros pecados, estamos en paz con él. Él ya no tiene nada contra nosotros.

Jesús vino a esta tierra a establecer paz entre Dios y la humanidad. Cuando Jesús nació, los ángeles cantaron: “¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (Lucas 2:14). Esa paz en la tierra no es paz entre naciones, sino paz espiritual. Es la paz que ganó Jesús sufriendo por nosotros el castigo, la paz que brota de los pecados perdonados y que calma el corazón atribulado, dando descanso a la conciencia atormentada. Nuestro Salvador lo expresó de esta manera: “La paz os dejo, mi paz os doy, yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo” (Juan 14:27).

Pablo escribe: “Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4:7). El conocimiento de que estamos en paz con Dios, guarda nuestro corazón y mente de la preocupación y la ansiedad; no tenemos nada que temer. “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Romanos 8:31). Por la fe en Jesús, tenemos la paz que él vino a establecer.

Miembros de la familia de Dios

Desde la caída en pecado, los humanos nacen hijos del diablo. Cuando el Espíritu Santo nos convierte y obra la fe en el corazón, Dios nos adopta en su familia. La Biblia dice: “Porque todos sois hijos por la fe en Cristo Jesús, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Gálatas 3:26,27). Por el bautismo, hemos recibido la vestidura de la justicia de Cristo. Cuando nuestro Padre celestial nos mira, ya no ve nuestra vida de pecado y rebelión, sino la vida perfecta de su Hijo. Dios nos adopta como sus hijos por la perfecta obediencia de su Hijo. Ese era el plan y el propósito de Dios al enviar a su Hijo a este mundo. Como explica Pablo: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama ‘¡Abba Padre!’ Así que ya no eres esclavo, sino hijo, y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo” (Gálatas 4:4-7).

Por la fe, tenemos todos los derechos de miembros de la familia de Dios y somos herederos de todas las riquezas de nuestro Padre celestial. Con Juan, nos maravillamos por la bondad de Dios para con los pecadores seres humanos: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3:1).

Acceso al trono celestial de Dios por medio de la oración

Como hijos de Dios, tenemos el privilegio de acercarnos a él en oración. “En [Jesús] tenemos seguridad y acceso con toda confianza por medio de la fe en él” (Efesios 3:12). Podemos acercarnos a nuestro Padre celestial con toda confianza, porque sabemos que Jesús ha quitado la barrera del pecado que nos separaba de él. Dios nos ha adoptado en su familia para que “con valor y plena confianza le supliquemos, como hijos amados a su amoroso padre”, como lo dice Lutero en el Catecismo Menor.

Nuestro Señor nos invita a orar y ha prometido oírnos. Él dice: “Pedid, y se os dará, buscad, y hallaréis, llamad y se os abrirá” (Mateo 7:7). Él promete: “De cierto os digo que todo cuando pidáis al Padre en mi nombre, él os lo dará” (Juan 16:23). También nos dice: “¿Que hombre hay entre vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?” (Mateo 7:9-11).

Liberación del pecado

Por la fe en Jesús, hemos sido librados de la condenación que merecíamos por causa de nuestros pecados. Porque Dios nos ha declarado inocentes entonces nadie ni nada puede condenarnos. Ese es el claro mensaje de la Escritura: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús. ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Romanos 8:1, 33, 34).

Por la fe también hemos sido librados del poder del pecado, que antes controlaba nuestra vida. Pablo escribe: “Sabiedo

esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Romanos 6:6). Hemos sido liberados del poder del pecado de modo que vivamos para el que nos amó y murió por nosotros.

Jesús a los judíos reunidos alrededor de él les explicó esta libertad: “Dijo... Jesús a los judíos que habían creído... ‘Si permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres’. Le respondieron: ‘Descendientes de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú ‘seréis libres’?’ Jesús respondió: ‘De cierto... os digo que el que practica el pecado, es esclavo del pecado. Y el esclavo no queda en la casa para siempre, el hijo sí queda para siempre. Así que, si el Hijo os liberta, seréis verdaderamente libres’” (Juan 8:31-36).

El Hijo de Dios nos ha libertado.

Liberación de la muerte

Cuando Adán y Eva, cayeron en pecado, la muerte entró al mundo. Todo ser humano es pecaminoso, y por tanto un día todo ser humano morirá, excepto los que estén vivos cuando regrese Jesús. A la mayoría de la gente no le gusta hablar de la muerte. Generalmente cuando hablan de la muerte usan eufemismos para suavizar la realidad de la muerte. La muerte es un recordatorio constante del pecado.

Algún día, todos moriremos, pero sabemos que Jesús ha vencido la muerte por nosotros. Ya que la tumba no pudo retenerlo, tampoco podrá retener a su pueblo. Jesús dice: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19). Al morir nosotros, nuestra alma estará de inmediato con él en el paraíso. Como le dijo al malhechor penitente en la cruz: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43).

Jesús resucitará nuestro cuerpo cuando venga en gloria el día del juicio. Él afirma: “Esta es la voluntad del que me ha enviado: que todo aquel que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré el día final” (Juan 6:40). Nuestros cuerpos serán transformados en cuerpos glorificados, libres de las consecuencias del pecado y no sujetos a muerte ni a corrupción. Pablo dice: “Os digo un misterio. No todos moriremos; pero todos seremos transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta... y los muertos serán resucitados incorruptibles y nosotros seremos transformados, pues es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción y que esto mortal se vista de inmortalidad. Cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra escrita: ‘Sorbida es la muerte en victoria’. ¿Dónde está, muerte tu aguijón? ¿Dónde, sepulcro tu victoria?, porque el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la Ley. Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria en nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:51-57).

Libres del diablo

Cuando Jesús murió en la cruz, venció al diablo; cuando descendió al infierno y resucitó, proclamó su victoria. Cuando el Espíritu Santo convierte a un pecador, lo libra del poder del demonio. La victoria de Jesús sobre el diablo se convierte en la victoria del pecador.

Satanás no puede separarnos del amor de nuestro Salvador ni quitarnos la salvación. La Biblia afirma: “Antes, en todas estas cosas, somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo porvenir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 8:37-39).

Santiago nos dice: “Resistid al diablo, y huirá de vosotros” (4:7). Satanás y sus ángeles son como animales enjaulados, que gruñen y rugen, pero no pueden hacer daño. El diablo es como un perro feroz encadenado. No puede hacernos daño a menos que nos pongamos a su alcance o que nos pongamos de nuevo bajo su poder.

Libres de la Ley

La Ley no nos puede condenar ya que sus acusaciones no valen para los creyentes en Jesús. Como dice la Biblia: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu, porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Lo que era imposible para la Ley, por cuanto era débil por la carne, Dios enviando a su hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne” (Romanos 8:1-3).

Nueva vida

La persona que ha sido convertida es una nueva persona. Esa persona tiene vida espiritual donde antes sólo había muerte espiritual. “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron, todas se han hecho nuevas” (2 Corintios 5:17). Estar en Cristo es ser creyente en él.

Cuando el Espíritu Santo creó la fe en nuestro corazón, renovó la imagen de Dios en nosotros, la cual Adán y Eva perdieron cuando cayeron en pecado. Nuestro nuevo hombre tiene actitud distinta de la del viejo hombre, dado que es creado para ser como Dios en justicia y santidad. El nuevo hombre en nosotros quiere lo que Dios quiere. El cristiano es “revestido del nuevo [hombre]. Este, conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Colosenses 3:10). Pablo nos recuerda que somos diferentes de lo que éramos por naturaleza cuando escribe: “En cuanto a la

pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está corrompido por los deseos engañosos, renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:22,23).

La nueva vida en nosotros produce obras buenas a los ojos de Dios. Dios nos creó de lo alto para eso: “Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” (2:10). No hay fe que no haga buenas obras, así como Santiago explica: “La fe, si no tiene obras, está completamente muerta. Así como el cuerpo sin espíritu está muerto, también la fe sin obras está muerta” (2:17,26). Si una persona ha sido convertida o llevada al arrepentimiento, automáticamente querrá hacer buenas obras, porque es lo que hace la fe.

Lutero, en el “Prefacio a la Epístola de San Pablo a los Romanos”, lo expresa así:

Esta fe es una cosa viviente, ocupada, activa, poderosa. Es imposible para ella no estar haciendo buenas obras incesantemente. No pregunta si hay buenas obras para hacer, sino que antes de hacer la pregunta, ya las está haciendo; y constantemente las está haciendo. Quien no haga buenas obras es un incrédulo, va a tientas y mira alrededor buscando fe y buenas obras, pero no sabe qué es la fe ni qué son las buenas obras.¹⁰

Pero, las buenas obras no nos salvan, sino son la evidencia visible de que somos salvos. Las buenas obras no hacen creyente a nadie, pero un creyente sí hará buenas obras. Las buenas obras no preceden a la fe, sino brotan de la fe. Las buenas obras demuestran que el Espíritu Santo ha hecho su obra en nuestro corazón.

Nuestro Salvador toma una ilustración de la naturaleza para mostrar la relación entre el cristiano y las buenas obras: “No es buen árbol el que da malos frutos, ni árbol malo el que da

buen fruto. Pues todo árbol se conoce por su fruto, ya que no se cosechan higos de los espinos ni de las zarzas se vendimian uvas. El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno, y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo, porque de la abundancia del corazón habla la boca” (Lucas 6:43-45). Santiago dice: “Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras” (2:18).

Pero el poder, es decir, la capacidad para producir buenas obras viene de Dios tal como dice Jesús: “Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de mí, nada podéis hacer” (Juan 15:4,5).

En esta vida la santificación siempre es imperfecta

La obra del Espíritu Santo, la de renovar la imagen de Dios en nosotros y llevarnos a hacer buenas obras, se llama *santificación*.

La conversión es instantánea; una persona es creyente o incrédula. La justificación es completa; una persona tiene el perdón de los pecados y la salvación por la fe o no los tiene. Nadie puede ser medio salvo. Pero nuestra vida de santificación es diferente, es un proceso gradual. La santificación tiene altibajos.

La santificación tiene altibajos porque todo cristiano conserva en él al viejo Adán, la naturaleza pecaminosa que siempre trata de tener la ventaja en la vida del cristiano. Una persona que ha sido convertida tiene una lucha interna constante entre su nuevo hombre y la naturaleza pecaminosa. En ocasiones, esa lucha llega a ser en extremo encarnizada.

Pablo, el gran apóstol y modelo cristiano, describe la lucha interna que él experimentaba: “Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien, porque el querer el bien está en mí,

pero no el hacerlo. No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que está en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí, pues según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios, pero veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? ¡Gracias doy a Dios por Jesucristo Señor nuestro! Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne sirvo a la ley del pecado” (Romanos 7:18-25).

Jesús nos ha dado la victoria sobre el pecado. Pero, no seremos totalmente libres de pecado hasta que estemos en el cielo. Por eso escribe Pablo: “No que lo haya alcanzado ya, ni que sea ya perfecto, sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Jesús” (Filipenses 3:12). En esta vida luchamos con nuestro pecado y hacemos muchos esfuerzos para aplicarnos los medios de gracia para fortaleza en la lucha y seguridad de que en Jesús todos nuestros pecados han sido quitados.



8

Conversión repetida: caída de la fe y restauración

La conversión es completamente la obra del Espíritu Santo, pero ¿qué pasa después de la conversión? ¿Tiene el cristiano alguna responsabilidad o poder espiritual después de haber sido llevado a la fe? ¿Puede un cristiano caer de la fe? ¿Puede ser restaurado alguien que ha caído de la fe? ¿Cómo puedo estar seguro de que seguiré siendo un creyente? ¿Hay un momento en esta vida cuando una persona no puede ser convertida?

En este capítulo buscaremos las respuestas bíblicas a esas importantes preguntas.

La vida de arrepentimiento

Cuando Lutero fijó las 95 tesis en la puerta de la Iglesia del Castillo de Wittenberg en 1517, puso en marcha uno de los movimientos religiosos más importantes de la historia. La Reforma luterana restauró para la iglesia la verdad de que

somos salvos sólo por gracia por medio de la fe y sin nuestras obras ni méritos. La primera de las 95 tesis destaca la importancia del arrepentimiento en la vida del cristiano. Lutero escribió: “Nuestro Señor y Maestro Jesucristo, cuando dijo: ‘Arrepentíos’ [Mateo 4:17], quiso que toda la vida de los creyentes fuera arrepentimiento.”¹¹ En la explicación del significado del bautismo para la vida diaria, Lutero escribe en el Catecismo Menor: “El viejo Adán en nosotros debe ser ahogado diariamente por el pesar y arrepentimiento”.

¿Qué quiere decir Lutero? ¿Qué es *la vida de arrepentimiento*? Si conversión y arrepentimiento son sinónimos, y la conversión es instantánea, ¿cómo hemos de entender el *arrepentimiento diario*? ¿Hay una conversión *continua*?

Los teólogos usan a veces la expresión *conversión continua*. Esta expresión puede parecer una contradicción de términos, porque la conversión es instantánea, no es un proceso. Una persona es creyente o incrédula; no hay término medio. Pero cuando los teólogos usan la expresión *conversión continua*, sencillamente quieren decir que una persona está en estado convertido, es creyente y permanece así por el poder del Espíritu Santo, el que la sostiene en la fe mediante la palabra de Dios y los sacramentos.

Del mismo modo, podemos hablar de la vida de arrepentimiento del cristiano, porque es vida de fe. En otras palabras, ser creyente es ser penitente. Los cristianos reconocen que caen en pecado cada día. Por tanto, cada día confiesan sus pecados a Dios, confiando en que en Cristo sus pecados son perdonados. Ese es el arrepentimiento diario. Constantemente vivimos con el pesar por los pecados, confiados en la misericordia y el perdón de Dios.

Los cristianos pueden caer de la fe

¿Puede un cristiano caer de la fe?

La Biblia nos advierte: “Así que el que piensa estar firme, ¡mire que no caiga!” (1 Corintios 10:12). En la explicación de la parábola del sembrador, Jesús dice: “Los de sobre la piedra son los que, habiendo oído, reciben la palabra con gozo, pero no tienen raíces; creen por algún tiempo, pero en el tiempo de la prueba se apartan” (Lucas 8:13). De acuerdo con Jesús, una persona puede *creer por un tiempo y caer*. Los cristianos pueden caer de la fe.

¿Cómo puede ocurrir eso?

La vida está llena de peligros espirituales. El diablo, el mundo, y nuestra naturaleza pecaminosa, están en guerra con la fe. Las tentaciones vienen de diversas formas, hay muchas trampas que tenemos que evitar.

La falsa doctrina puede hacer que una persona caiga de la fe. Entre los gálatas había algunos que llegaron a la fe en Jesús como su Salvador, pero después cayeron en un error destructor del alma. Enseñaban que para ser salva la persona, ella tenía que guardar ciertas normas del Antiguo Testamento, incluida la circuncisión. Pablo les advirtió: “De Cristo os desligasteis, los que por la Ley os justificáis; de la gracia habéis caído” (Gálatas 5:4).

El temor a la persecución o no tener el deseo de pasar dificultades por causa del evangelio, puede llevar a una persona a volverle la espalda a su Salvador. En el relato que hace Mateo de la parábola del sembrador contada por Jesús, leemos: “El que fue sembrado en pedregales es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo, pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza” (13:20,21).

Los que confían en su propia fortaleza espiritual, en vez de confiar en su Salvador tendrán congijas. La Biblia advierte: “Antes del quebranto está la soberbia, y antes de la caída, la altivez de espíritu” (Proverbios 16:18). El Jueves Santo, Pedro se jactó de que aunque todos los otros discípulos abandonaran a Jesús, él no lo haría. Jesús le advirtió: “De cierto te digo... esta noche, antes de que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces” (Marcos 14:30). Más tarde esa noche Jesús les volvió a advertir: “Velad y orad, para que no entréis en tentación. El Espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (versículo 38). Pedro confió en su propia capacidad, en vez de confiar en la fortaleza de Dios, y esa noche negó a su Salvador. Pecó.

Satanás trata de robarles a los cristianos la fe y la salvación, tentándolos a pecar. Quiere que le vuelvan la espalda a Dios para servirle a él. Utiliza el dinero y las cosas que el dinero puede comprar, para sacar a Dios del primer lugar en nuestra vida. Conoce bien nuestra debilidad y está al acecho para atrapar al cristiano incauto. Pedro sabía por experiencia propia el peligro que representa Satanás para el creyente y por eso advierte: “Sed sobrios y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quién devorar, resistidlo firmes en la fe” (1 Pedro 5:8,9).

También una persona puede perder la fe por descuidar los medios de gracia, es decir, el evangelio en Palabra y sacramentos. Los cristianos pueden permanecer como creyentes sólo por el poder del Espíritu Santo. Como el Espíritu Santo obra y preserva la fe sólo por los medios de gracia, es importante oír y leer la palabra de Dios para preservar la fe. La participación habitual en la Santa Cena permite que el Espíritu Santo fortalezca a los cristianos en la lucha diaria contra el pecado y Satanás. Descuidar la palabra de Dios y los

sacramentos, impide la obra del Espíritu Santo. Los que descuidan los medios de gracia se arriesgan a caer de la fe; su fe morirá de hambre espiritual.

Si una persona permite que el pecado controle su vida, también caerá de la fe. La Biblia advierte: “Así que, hermanos, deudores somos, no de la carne, para que vivamos conforme a la carne, porque si vivís conforme a la carne, moriréis, pero si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios” (Romanos 8:12-14).

El pecado es peligroso. Pecar deliberada y obstinadamente sacará al Espíritu Santo del corazón de la persona. Los que piensan que pueden jugar con el pecado sin sufrir daño tienen serios problemas espirituales y se están engañando a ellos mismos. Pablo escribe: “No os engaños, Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará, porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción, pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (Gálatas 6:7,8).

En los Artículos de Esmalcalda, Lutero explica que aunque los cristianos pecarán, el pecado no puede gobernar su vida. Si lo hace, eso quiere decir que el Espíritu Santo se ha ido.

Por eso es necesario saber y enseñar que si las personas santas, fuera de que tienen y sienten el pecado original, luchando y haciendo arrepentimiento diario por ello, caen en pecados manifiestos, como David en adulterio, asesinato, y blasfemia, esto significa que la fe y el Espíritu Santo estuvieron ausentes, pues el Espíritu Santo no deja gobernar ni prevalecer al pecado hasta tal punto que se concrete, sino que reprime y opone toda resistencia, de modo que no puede hacer lo que quiere. Si hace no obstante lo que quiere, entonces el Espíritu Santo y la fe no están presentes, porque se dice, como San Juan: “Todo aquel que es nacido de Dios no practica el pecado... no puede pecar”

(1 Jn 3:9; 5:18). Y es también efectivamente la verdad (como el mismo San Juan escribe): “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros” (1 Jn 1:8).¹²

Hasta un cristiano modelo como Pablo, reconoció que podía caer de la fe. Él vigiló su vida muy cuidadosamente para no apartarse de su Salvador. Pablo comparó la vida del cristiano con el entrenamiento de un atleta para ganar una competencia: “¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene, ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que yo de esta manera corro, no como a la aventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que, habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Corintios 9:24-27).

Conversión repetida

Los que han caído de la fe deben ser reconvertidos para que sean salvos. A veces, la persona se llena de remordimiento muy pronto después de caer en un pecado grosero. Cuando se llena de remordimiento y recuerda la misericordia y el perdón de Dios, es llevada nuevamente a la fe. El hijo pródigo fue llevado a regresar a su padre cuando reconoció las profundidades a las que había caído y recordó el amor y el perdón de su padre (Lucas 15:17-20). Después de que Pedro negó tres veces a Jesús, el caído apóstol fue llevado al arrepentimiento, por el canto del gallo y la mirada de Jesús. El canto del gallo y la mirada de su Salvador, le recordaron a Pedro su jactancia y su negación. Pero Pedro recordó también el perdón de su Maestro. Sus lágrimas no fueron de desesperación sino de verdadero arrepentimiento (22:54-62).

No todo el que cae de la fe regresa rápidamente. A veces, otro creyente preocupado por su bienestar tiene que enfrentar muy directamente a la persona con su pecado.

Restaurar al caído: nuestra responsabilidad cristiana

Después de que Caín asesinó a su hermano Abel, Dios vino a llamarlo al arrepentimiento; preguntándole: “¿Dónde está Abel, tu hermano?” Y él respondió, “No sé, ¿soy yo acaso guarda de mi hermano?” (Génesis 4:9). Caín no reconoció que la respuesta a esta pregunta era sí. Somos guardas del hermano; tenemos una mutua responsabilidad cristiana.

Pablo escribe: “Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradlo con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado” (Gálatas 6:1). La respuesta del cristiano a la caída de otro cristiano no es difundir rumores, sino hablarle al que ha caído para que reconozca su pecado. Sin embargo, el propósito de señalar el pecado en otro no es para hacernos aparecer mejores. Señalamos el pecado sabiendo que también somos pecadores y merecemos el castigo eterno de Dios y reconociendo que a veces también podemos necesitar que alguien nos llame al arrepentimiento. Debemos restaurar con delicadeza al caído porque estamos preocupados por su alma y queremos que sea restaurada a la vida eterna.

A veces, todo lo que se necesita para tocar una conciencia es una mirada o un gesto de desaprobación. Jesús llamó a Pedro al arrepentimiento con una mirada que le recordó su pecado al caído discípulo. A veces bastan unas palabras. Quizás haya que hablarle varias veces a la persona, pero no hay que regañar. El regaño y la cantaleta constantes sobre un pecado, pueden hacer que la persona le cierre los oídos a la exhortación.

Cuando alguien confiesa su pecado, le anunciamos de inmediato que Dios lo ha perdonado. Cuando las palabras del

profeta Natán quebrantaron al rey David con el conocimiento de sus pecados de adulterio y asesinato, David confesó: “Pequé contra Jehová”, y Natán le contestó de inmediato: “También Jehová ha perdonado tu pecado, no morirás” (2 Samuel 12:13). El Espíritu Santo usó el anuncio del perdón para obrar nuevamente la fe en el corazón de David. Solamente el mensaje de perdón del evangelio tiene el poder de restaurar a los pecadores caídos y darles la fortaleza para enmendar su vida.

Jesús nos enseña la importancia de practicar la disciplina de una manera amorosa para con el que ha caído: “Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndelo estando tú y él solos; si te oye, has ganado a tu hermano. Pero si no te oye, toma aun contigo a otros dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oye a ellos, dilo a la iglesia, y si no oye a la iglesia, tenlo por gentil y publicano” (Mateo 18:15-17).

De acuerdo con estas palabras de nuestro Salvador, el propósito de la disciplina cristiana es ganar de nuevo al hermano. Aun cuando la congregación cristiana excomulga a un pecador impenitente, su propósito es volver a ganar al pecador. La excomunión anuncia que, por su impenitencia, la persona se ha puesto fuera del reino de Dios. Se pretende que sea una dura predicación de la Ley, que le haga saber al pecador que si no se arrepiente se perderá para siempre.

Pecado de endurecimiento

La vida de la persona es su tiempo de gracia, es decir, su tiempo para llegar a la fe en Jesús como su Salvador. No hay segunda oportunidad después de la muerte (Hebreos 9:27). Dios quiere que la gente use las oportunidades que él le da de oír su Palabra. Pero algunas personas endurecen el corazón a la palabra de Dios.

El salmista utiliza el ejemplo del pueblo de Israel en el desierto, para hacernos una advertencia sobre el pecado de endurecimiento del corazón. Nos exhorta a hacer uso del

tiempo de gracia que Dios nos ha dado: “Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón, como en Meriba, como en el día de Masah en el desierto, donde me tentaron vuestros padres, me probaron y vieron mis obras. Cuarenta años estuve disgustado con la nación, y dije: ‘Es pueblo que divaga de corazón y no ha conocido mis caminos. Por tanto juré en mi furor que no entraría en mi reposo’” (Salmo 95:7-11).

Cuando las personas endurecen el corazón a la palabra de Dios, Dios puede llevar sobre ellas el juicio de endurecerlos, con el resultado de que ya no pueden ser guiados a arrepentirse. Él puede cortarles el tiempo de gracia, aun antes de que mueran.

Cuando Dios castigó a Egipto con las plagas porque el faraón no dejaba salir a Israel para ir a la tierra prometida, el faraón endureció repetidamente el corazón a la palabra de Dios (Éxodo 7:13,22; 8:15,19, 32). Finalmente, Dios endureció el corazón del faraón para que no pudiera ser hecho creyente ni obediente (9:12).

Las Escrituras registran esos ejemplos como advertencia para nosotros. Debemos usar nuestro tiempo de gracia oyendo y estudiando ávidamente la palabra de Dios, y arrepintiéndonos cada día de nuestros pecados. Pablo ruega: “Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios, porque dice: ‘En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido’. Ahora es el tiempo aceptable; ahora es el día de salvación” (2 Corintios 6:1,2).

El pecado contra el Espíritu Santo

El pecado de endurecimiento del corazón está estrechamente relacionado con el pecado contra el Espíritu Santo, que también se conoce como el “pecado imperdonable”.

En capítulo 12 del evangelio de Mateo, oímos a Jesús advertir a un grupo de fariseos que no cometieran ese pecado.

Jesús había hecho un milagro. Le habían llevado un hombre poseído por un demonio que había dejado al hombre ciego y mudo. Cuando Jesús expulsó el demonio de él, el hombre pudo ver y hablar. La multitud estaba maravillada, nadie podía negar que Jesús había obrado un milagro. Pero los fariseos dijeron: “Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios” (versículo 24).

Jesús indicó la necesidad de esa acusación, diciendo: “Todo reino dividido contra sí mismo es assolado, y ninguna ciudad o casa dividida contra ella misma permanecerá. Si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido. ¿Cómo, pues, permanecerá su reino? Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios” (versículos 25, 26, 28).

El milagro que hizo Jesús, dio testimonio de su divinidad, y le puso el sello de la aprobación de Dios a su mensaje. El Espíritu Santo estaba tocando a la puerta del corazón de los fariseos quienes fueron testigos del milagro, pero ellos estaban rechazando esta obra del Espíritu Santo de la manera más blasfema. Por eso Jesús les advirtió: “Por tanto os digo: todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no les será perdonada. Cualquiera que diga una palabra contra el Hijo del hombre, será perdonado; pero el que hable contra el Espíritu Santo, no será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero” (versículos 31,32).

El pecado contra el Espíritu Santo implica un rechazo blasfemo de su obra. Un teólogo luterano define el pecado contra el Espíritu Santo, como “el rechazo mal intencionado y blasfemo del evangelio, por un pecador endurecido, que por medio de la misericordiosa iluminación del Espíritu Santo ha sido plenamente convencido de esta verdad divina”.¹³

Este pecado no es imperdonable porque Jesús no hubiera muerto por él; pues, Jesús murió por todos los pecados de todas

las personas de todos los tiempos. Al contrario, es imperdonable porque la persona que lo comete elimina la única manera por la cual uno puede recibir el perdón. Esa persona ha rechazado blasfemamente la obra del Espíritu Santo en su corazón. Cuando eso ocurre, Dios excluye la posibilidad del arrepentimiento.

Jesús no dijo que los fariseos ya habían cometido el pecado contra el Espíritu Santo, sino les hizo una advertencia porque estaban en peligro de cometerlo. La advertencia tenía el propósito de apartarlos del serio peligro que estaban llevando sobre ellos.

A veces los cristianos se angustian pensando que pueden haber cometido el pecado contra el Espíritu Santo por algo que han dicho o hecho. Pero, es cierto que cualquiera que se preocupe pensando que ha cometido el pecado contra el Espíritu Santo no lo ha cometido. La persona que ha cometido ese pecado no está preocupada por eso ni se interesa por su condición.

¿Cómo sé que soy creyente?

Todo creyente es asaltado en algún momento por dudas espirituales. ¿Soy en verdad cristiano? Esa puede ser una pregunta muy angustiante porque sabemos que sólo los cristianos (es decir, los creyentes en Jesús como su Salvador) serán salvos. Satanás no quiere que tengamos certeza de nuestra salvación.

El creyente no siempre es consciente de su fe. Una persona que está en coma o es senil, quizá no tenga la capacidad de meditar en su estado espiritual. Un cristiano dormido o concentrado en alguna tarea, puede no estar pensando en su fe o en su condición espiritual. Es no significa que no sea creyente.

Si una persona piensa conscientemente en su estado espiritual y duda de si es creyente, puede tener el consuelo de

que el solo deseo de ser salvada por medio de Jesús ya es fe salvadora, porque solamente el Espíritu Santo puede llevar a alguien a ese deseo. Pablo escribe: “Porque es Dios el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

Si una persona se pregunta si es creyente, debe preguntarse si reconoce que es un pecador que merece el castigo eterno, y que Jesús murió para pagar los pecados del mundo. Si reconoce que las dos cosas son verdaderas, puede tener la certeza de que el Espíritu Santo ha obrado esa convicción en él. La Biblia nos dice: “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14).

A veces la lucha de un creyente contra el pecado es tan intensa, que se pregunta si sigue siendo cristiano. Aunque cada día se arrepiente de su pecado, se da cuenta de que cae en el mismo pecado constantemente. Pablo describe la lucha contra su naturaleza pecadora.

Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien, porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que está en mí.

Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí, pues según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte? (Romanos 7:18-24)

El hecho de que en la persona haya lucha contra el pecado, es evidencia de que ella es cristiana. Si no fuera cristiana, no habría un nuevo hombre en ella que luchara contra su naturaleza pecaminosa.

Si alguien tiene dudas respecto de si es creyente, debe mirar las promesas de Dios, porque solamente esas promesas pueden darle fortaleza a la fe y disipar todas las dudas. Cuando más miremos al interior, a la propia fe, a la experiencia, o los sentimientos, más dudas tendremos. Cuando más acudimos a la fortaleza, las realizaciones, y las promesas de nuestro Salvador, mayor certeza tendremos de nuestra salvación. Como dice la Biblia: “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17).

¿Cómo puedo tener la seguridad de que seguiré siendo creyente?

A veces las personas se preguntan si podrán permanecer fieles a su Salvador en tiempo de persecución, o si negarán la fe en caso de que su vida esté en peligro o la vida de sus seres amados estuviera amenazada. A algunos, cuando miran su propia debilidad, les preocupa que la tentación llegue a ser demasiado grande para ellos, que a última hora Satanás les aparte el corazón del Salvador y que se pierdan para siempre. Caeremos si confiamos en nuestra propia fuerza y capacidades. No podemos permanecer en la fe por nuestra propia fuerza. Sólo el Espíritu Santo puede crear la fe, y sólo él puede preservar la fe en nosotros hasta el fin. Como el Espíritu Santo obra sólo por los medios de gracia, es decir, el evangelio en Palabra y sacramento, sólo por el contacto con la palabra de Dios y sus sacramentos, puede una persona seguir siendo creyente.

La Biblia nos da muchas promesas de la ayuda de Dios y la liberación de peligro espiritual. Jesús nos asegura: “Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco, y me siguen, yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las dio, mayor que todos es, y nadie las puede arrebatar de las manos de mi Padre. El Padre y yo uno somos” (Juan 10:27-30).

Los primeros cristianos afrontaron muchos peligros y terrible persecución, pero no carecieron de esperanza y consuelo. Pablo escribió confiadamente: “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro, o espada? Como está escrito: ‘Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero’. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados, ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 8:35-39).

El diablo, el mundo, y nuestra carne pecaminosa, ponen muchas tentaciones delante de nosotros. Tenemos que estar en guardia. Junto con una advertencia contra la falsa confianza, Pablo nos da también razón para tener esperanza: “Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga. No os ha sobrevenido ninguna prueba que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser probados más allá de lo que podéis resistir, sino que dará también con la prueba la salida, para que podáis soportarla” (1 Corintios 10:12,13).



9

Falsas enseñanzas respecto de la conversión: pelagianismo y synergismo

Desde la Reforma, los luteranos han confesado con Lutero, en el Catecismo Menor: “Creo que por mi propia razón o elección no puedo creer en Jesucristo, mi Señor, ni acercarme a él. Sino que el Espíritu Santo me ha llamado mediante el evangelio, me ha iluminado... y guardado en la fe verdadera.”

No tenemos la capacidad de hacernos creyentes en nuestro Salvador ni de hacer lo que Dios manda. No podemos convertirnos a nosotros mismos ni ayudar a nuestra conversión. Los humanos son puramente pasivos. La conversión es, por completo, obra del Espíritu Santo, que obra sólo por los medios de gracia para llevar al pecador a la fe.

Aunque la Escritura enseña de manera clara y sencilla estas verdades, a través de la historia de la iglesia cristiana han surgido falsos maestros para atacar y desafiar esta preciosa enseñanza de la conversión.

¿Por qué ha ocurrido eso? Todo ser humano tiene naturaleza pecaminosa que piensa que puede ganar su propia salvación, o al menos contribuir a ella. Los teólogos llaman a esto *opinio legis*, es decir, la opinión de la ley. Por naturaleza todo ser humano pecador quiere tomar algún crédito por su salvación.

Los errores respecto de la conversión son de diversas clases. Algunos de esos errores son sutiles; otros son crasos. El error más craso es la idea de que no hay necesidad de conversión. Los que sostienen este error, se niegan a ver algún resultado significativamente negativo de la caída de Adán en pecado. Otra forma de este error es el universalismo, creer que finalmente todos serán salvos.

Otros reconocen algunos resultados negativos de la caída de Adán para todos sus descendientes, pero ven el pecado original como una debilidad y no como la depravación total o muerte espiritual. Los que sostienen este error reconocen que aunque el ser humano no se puede convertir a él mismo, sí puede ayudar en algo.

Algunos creen que el Espíritu Santo convierte a los pecadores en una forma inmediata, es decir, aparte de los medios de gracia. Esperan que el Espíritu Santo cree o fortalezca la fe aparte del evangelio en Palabra y sacramentos. Muchas veces dirigen a los cristianos a su propia experiencia o sentimientos, en lugar de las promesas de la palabra de Dios para hallar la certeza de la salvación. Quieren una comprobación aparte de la verdad objetiva y el testimonio de las Santas Escrituras.

Y otros tienen una falsa comprensión de los resultados de la conversión. Creen que el que ha sido convertido puede llegar a un punto de esta vida en el cual ya no peca conscientemente.

Veremos ejemplos de cada uno de esos errores en su secuencia histórica.

Pelagianismo

Pelagio (c. 354 c. 418) fue un monje británico que enseñó en Roma a finales del siglo cuarto y principios del quinto. Fue un hombre muy ético, que puso el objetivo primario del cristianismo en vivir la fe cristiana. Lo mortificaba el deterioro moral de los laicos y de los clérigos, de su tiempo en Roma. Evidentemente pensaba que la doctrina del pecado original llevaba a la gente a inventar excusas para su pecado.

Pelagio entró en conflicto con Agustín (354 430) quien vivió en África del Norte. Agustín entendía la doctrina bíblica del pecado original (heredado). Destacó la verdad bíblica de que la salvación humana depende de la gracia de Dios. Por su parte, Pelagio rechazó la enseñanza del pecado original (heredado). Creía que los seres humanos tienen libre albedrío en asuntos espirituales que les permite elegir hacer el bien o el mal. Enseñaba que si Dios mandó alguna cosa, debe ser posible que los seres humanos la hagan por ellos mismos. Dado que Jesús dijo: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48), Pelagio pensó que es posible que los seres humanos sean perfectos por ellos mismos.

En el año 409 o 410, Pelagio y un compañero llamado Celestio (también conocido como Caelestio o Coelestio) salieron de Roma para escapar de los bárbaros alemanes que amenazaban la ciudad. Viajaron al norte de África. En Cartago, Celestio aspiró a la ordenación como presbítero. Un tal Paulino de Milán se opuso a Celestio y lo acusó de los siguientes errores:

1. Que Adán fue creado mortal y hubiera muerto aunque no hubiera pecado.

2. Que el pecado de Adán lo dañó sólo a él y no a la raza humana.
3. Que los infantes, al momento de nacer, están en la misma condición que Adán antes de la caída.
4. Que los infantes, aunque no estén bautizados, tienen vida eterna.
5. Que la humanidad, como un todo, no muere por la muerte o caída de Adán, ni la humanidad, como un todo, resucita por la resurrección de Cristo.
6. Que la Ley tiene el mismo efecto que el Evangelio de llevar a los hombres al reino celestial.
7. Que antes de la venida de Cristo hubo hombres sin pecado.¹⁴

El Concilio de Cartago (un Concilio en el norte de África en 411) condenó las enseñanzas de Celestio y lo excomulgó por hereje. Pero la controversia no había terminado. Pelagio y Celestio se trasladaron a oriente y Celestio fue ordenado como presbítero en la ciudad de Éfeso en Asia Menor, actualmente Turquía.

En África del Norte, el gran teólogo Agustín dirigió algunas de sus más importantes obras contra el pelagianismo. Agustín entendió las profundidades de la pecaminosidad humana, que Adán y Eva les traspasaron a todos sus descendientes. Además reconoció que sólo por la gracia de Dios puede alguien ser salvo. Los seres humanos son incapaces de llegar a la fe por ellos mismos. Las personas llegan a ser cristianas sólo por gracia de Dios.

Jerónimo (c. 347-420), que tradujo la Biblia al latín (versión conocida como la Vulgata), vivía en Belén cuando Pelagio llegó a Palestina. Jerónimo expresó su total oposición a los errores de Pelagio, aunque él mismo enseñaba una cierta libertad de la voluntad humana. Sin embargo, dos concilios

locales en Palestina terminaron en decisiones favorables para Pelagio.

En 431, el año anterior a la muerte de Agustín, el Concilio de Éfeso (el tercer concilio ecuménico) condenó a Pelagio y a Celestio. El pelagianismo nunca llegó a ser una secta organizada y desapareció gradualmente. Pero, la iglesia oriental en realidad condenó sólo nominalmente la herejía pelagiana. Esa rama de la iglesia cristiana nunca realmente discutió profundamente el concepto del pecado original ni del libre albedrío, en relación con la gracia divina. Hablaremos sobre los errores de la ortodoxia oriental más adelante.

El pelagianismo es un error particularmente craso, porque niega la necesidad de la conversión. Si las personas tienen por naturaleza la capacidad de hacer todo lo que Dios exige, no tienen necesidad de que el Espíritu Santo obre la fe en su corazón. Si los seres humanos tienen la capacidad de llegar por ellos mismos al arrepentimiento, después de pecar, no hay necesidad de proclamarles la ley y el evangelio de Dios. Si las personas nacen moralmente neutras y capaces de cumplir las justas exigencias de Dios, no necesitan el Salvador del pecado. Para los pelagianos, Jesús fue un gran ejemplo para seguir, no el sufriente Salvador, él único que puede reconciliar a los pecadores con Dios.

Las religiones de la logia masónica, el escultismo, y el movimiento de la Nueva Era, son ejemplos modernos de pelagianismo. Cada uno de ellos enseña que las personas tienen dentro de ellas el poder para hacer lo que Dios manda. Todas admiran a Jesús como un gran maestro y ejemplo moral, pero no como el sustituto que fue ejecutado para expiar los pecados del mundo.

Semipelagianismo

En el siglo que siguió a la muerte de Agustín, algunos de los que rechazaron el pelagianismo cayeron en otro error que fue

conocido como semipelagianismo. Los semipelagianos creen que el pecado de Adán sólo dañó a sus descendientes y que los humanos no nacen espiritualmente muertos, sino en condición de debilidad. Enseñan que la conversión es el resultado de la gracia de Dios y el uso correcto de la voluntad humana. Afirman que los seres humanos pueden comenzar a acercarse a Dios pero son demasiado débiles para completar la conversión. Creen que los humanos necesitan la gracia de Dios, la cual Dios ofrece a *los que hacen el esfuerzo* de acercarse a él.

El semipelagianismo fue condenado en el Sínodo de Orange (529). La ciudad de Orange estaba localizada al sur de Galia, la actual Francia. El sínodo rechazó la enseñanza de que los seres humanos nacen espiritualmente débiles y no espiritualmente muertos. También trató de dar sólo a Dios todo el crédito de la conversión.

Si alguno afirma que el pecado de Adán lo afectó solamente a él y no a sus descendientes también, o al menos si declara que es sólo la muerte del cuerpo lo que es el castigo por el pecado, y no también que el pecado, que es la muerte del alma, pasó por un hombre a toda la raza humana, le hace injusticia a Dios y contradice al apóstol, que dice: “Por tanto, como el pecado entró al mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5:12).¹⁵

Pero el semipelagianismo no desapareció; algunos siguieron sosteniendo esa falsa enseñanza. Por ejemplo, en la Edad Media, un hombre llamado Gabriel Biel (c. 1420-1495) adoptó este error. En un sermón titulado “La circuncisión del Señor”, Biel declaró: “Así Dios ha establecido la norma [pacto] de que cualquiera que se vuelva a él y haga lo que pueda, recibirá el perdón de los pecados por parte de Dios. Dios le infunde gracia

ayudadora a un hombre que así hace, a quien devuelve al estado de amistad.”¹⁶

Sinergismo

Sinergia significa trabajar juntos. Esta palabra ha sido usada para enseñar que Dios y los humanos deben trabajar juntos, o sea, cooperar en la conversión y la salvación.

Como se dijo antes, la rama del cristianismo conocida como ortodoxia oriental realmente nunca ha aceptado el concepto de pecado original. Las enseñanzas de la total depravación humana y la esclavitud natural de la voluntad humana, no se encuentran en la ortodoxia oriental. La ortodoxia oriental cree que los descendientes de Adán no heredan su pecado, sino la mortalidad, que es la consecuencia de ese pecado. Creen que el pecado es siempre un acto personal y nunca un estado o condición.¹⁷

La ortodoxia oriental cree también que el ser humano debe cooperar con Dios en la obra de la salvación. Como lo expresa un notable representante de la ortodoxia: “Ni el pecado original ni la salvación se pueden realizar en la vida de un individuo sin involucrar su libre y personal responsabilidad.”¹⁸ Otro escritor explica:

En el mismo momento en que una persona hace decisión libre en su interior por el bien y por la vida cristiana, en ese mismo momento la gracia divina viene y la fortalece. Así como esta gracia le es dada al individuo, el individuo elige libremente. Gregorio de Nisa dice: “La gracia de Dios no es capaz de visitar a los que huyen de la salvación. Ni la virtud humana tiene un poder tal que se adecúe a sí misma para resucitar a vida auténtica a aquellas almas que no han sido tocadas por la gracia... *pero cuando la justicia de las obras y la gracia del Espíritu, se unen al mismo tiempo* en la misma alma, juntas pueden llenarla de vida bendita.

En consecuencia, la gracia no es recompensa a las virtudes de la voluntad humana, ni es, por otra parte, causa de los llamados actos virtuosos de la libre voluntad. No se trata aquí de virtudes, sino de cooperación. Estamos hablando de *la cooperación* de dos voluntades; la voluntad divina, que es gracia divina, y la humana que es nuestra autodeterminación. En tanto hay concurrencia de libre voluntad, la gracia divina aumenta en nosotros.¹⁹

El concilio católico romano de Trento (1545-1563), convocado para enfrentar el reto de la Reforma, también hizo del sinergismo una enseñanza oficial católica romana. El concilio declaró que el pecado original es una seria debilidad, pero no la inhabilidad total. Según Trento, la voluntad humana de los incrédulos tiene todavía cierta capacidad en asuntos espirituales. El capítulo uno del decreto sobre la justificación dice:

Ante todas estas cosas declara el santo Concilio, que para entender bien y sinceramente la doctrina de la Justificación, es necesario que todos conozcan y confiesen, que habiendo perdido todos los hombres la inocencia en la prevaricación de Adán, hechos inmundos, y como el Apóstol dice, *hijos de ira por naturaleza*, según se expuso en el decreto del pecado original; en tanto grado eran *esclavos del pecado*, y estaban bajo el imperio del demonio, y de la muerte, que no sólo los gentiles por las fuerzas de la naturaleza, pero ni aun los Judíos por la misma letra de la ley de Moisés, podrían levantarse o lograr su libertad; no obstante que el libre albedrío no estaba extinguido en ellos, aunque sí debilitadas sus fuerzas, e inclinado al mal. (énfasis original)²⁰

El capítulo cinco del decreto sobre la justificación, explica:

Declara además, que el principio de la misma justificación de los adultos se debe tomar de la gracia divina, que se les anticipa por Jesucristo: esto es, de su llamamiento, por el que son llamados sin mérito ninguno suyo; de suerte que los que eran enemigos de Dios por sus pecados, se dispongan por su gracia,

que los excita y ayuda para *convertirse* a su propia justificación, *asintiendo y cooperando libremente a la misma gracia*. (énfasis mio)²¹

El Concilio de Trento no sólo enseña el synergismo, sino también condena a todos los que niegan la capacidad humana de cooperar en la conversión:

Canon 4. Si alguno dijere que el libre albedrío del hombre movido y excitado por Dios, nada coopera asintiendo a Dios que le excita y llama para que se disponga y prepare a lograr la gracia de la justificación; y que no puede disentir, aunque quiera, sino que como un ser inanimado, nada absolutamente obra, y solo es un sujeto pasivo; sea excomulgado [condenado].

Canon 9. Si alguno dijere que el pecador se justifica con sola la fe, entendiendo que no se requiere otra cosa alguna que coopere a conseguir la gracia de la justificación; y que de ningún modo es necesario que se prepare y disponga con el movimiento de su voluntad; sea excomulgado [condenado].²²

La iglesia católica romana nunca ha repudiado las enseñanzas del Concilio de Trento. De hecho, el *Catecismo de la Iglesia Católica*, autorizado por el papa Juan Pablo II, repite las enseñanzas de Trento. Según ese catecismo, la caída de Adán dañó la naturaleza humana pero no resultó en muerte espiritual.

Adán por su pecado perdió las originales santidad y justicia que había recibido de Dios, no solamente para él sino para todos los humanos.

Adán y Eva transmitieron a su descendencia la naturaleza humana herida por su primer pecado, privada por tanto de la santidad y la justicia originales. Este es el “pecado original”.

Como consecuencia del pecado original, la naturaleza humana quedó debilitada en sus fuerzas, sometida a la ignorancia, al sufrimiento, y al dominio de la muerte, e inclinada al pecado (inclinación llamada “concupiscencia”).²³

El *Catecismo de la Iglesia Católica* cita también a Trento al hablar de la cooperación humana con la gracia de Dios en la conversión.

La justificación establece la *colaboración entre la gracia de Dios y la libertad del hombre*. Por parte del hombre se expresa en el asentimiento de la fe a la palabra de Dios que lo invita a la conversión, y en la cooperación de la caridad al impulso del Espíritu Santo que lo previene y custodia: “Cuando Dios toca el corazón del hombre mediante la iluminación del Espíritu Santo, el hombre no está sin hacer nada al recibir esta inspiración, que por otra parte puede rechazar, por su voluntad libre, hacia la justicia delante de él.” (énfasis original) ²⁴

Roma no quiere adscribir mucho de la conversión a los poderes humanos, pero quiere adscribirle algo. Aunque es cierto que el cristiano, por virtud de la nueva vida creada en él, coopera con el Espíritu Santo después de la conversión en la vida de santificación, Roma se equivoca cuando le atribuye libre albedrío al humano no convertido para cooperar con Dios en la conversión.

La diferencia entre semipelagianismo y sinergismo

Algunos escritores usan los términos *semipelagianismo* y *sinergismo* casi indistintamente. A veces se usa sinergismo como una categoría más amplia, que incluye el semipelagianismo.²⁵ La Fórmula de Concordia luterana ofrece las siguientes definiciones y descripciones:

También rechazamos los errores de los semipelagianos, quienes enseñan que mediante sus propias facultades el hombre es capaz de iniciar su conversión, pero no puede completarla sin la gracia del Espíritu Santo. ²⁶

[Rechazamos] la doctrina de los sinergistas, quienes aseveran que en asuntos espirituales, el hombre no está absolutamente muerto a lo bueno sino solamente herido y medio muerto. Por consiguiente, aunque el libre albedrío es demasiado débil para

dar el primer paso y por su propio poder convertirse a Dios y obedecer de corazón la ley de Dios, no obstante, cuando el Espíritu Santo da el primer paso y nos llama por el evangelio y nos ofrece su gracia, el perdón de los pecados y la salvación eterna, entonces el libre albedrío, de su propio poder natural, puede acercarse a Dios y hasta cierto punto, aunque puede hacerse apto para la gracia, buscarla con diligencia, recibirla, y aceptarla, y creer el evangelio; también puede cooperar con el Espíritu Santo en la continuación y mantenimiento de esta obra. Para combatir este error, ya se ha demostrado ampliamente que tal poder, esto es, la facultad de aplicarse la gracia divina, no procede de nuestro propio poder natural, sino que es únicamente la obra del Espíritu Santo. ²⁷

Según la forma en que la Fórmula de Concordia usa esos términos, los semipelagianos son los que creen que los humanos pueden dar un primer paso hacia la conversión, pero son demasiado débiles para completar la acción. Creen que el Espíritu Santo completa la conversión. El synergismo enseña que el Espíritu Santo comienza la conversión, pero el ser humano, por sus poderes naturales, debe cooperar de alguna manera para completar la conversión. En realidad, esos dos errores son dos caras de la misma moneda. Ambos errores implican negar que por naturaleza los seres humanos están muertos y sin poder para iniciar o completar la conversión. En contraste, la Biblia enseña lo que se podría llamar *monergismo divino*: Dios es el único que obra en la conversión del pecador.



10

Falsas enseñanzas respecto de la conversión: durante y después de la Reforma en Europa

Calvinismo

Juan Calvino (1509-1564) es bien conocido por su obra de reformador en Ginebra, Suiza. Nació en Francia y estudió leyes antes de volverse a la Reforma Protestante. Calvino tenía una mente lógica brillante, que lo llevó a adoptar algunas enseñanzas que tenían buen sentido lógico, pero que eran contrarias a lo que enseña la Escritura.

Calvino comprendía bien la total depravación de la naturaleza humana, sabía que los humanos son incapaces de salvarse a ellos mismos o de contribuir de alguna forma a su salvación. Entendía que los seres humanos nacen espiritualmente incapaces de decidirse por Cristo. Pero, su lógica lo condujo a problemas doctrinales. Al tratar de

responder la pregunta de ¿por qué algunos son salvos y otros no?, enseñó una predestinación absoluta o doble. Calvino creía que Dios no sólo predestinó a algunos para salvación, sino que predestinó a otros a condenación eterna. Calvino escribe: “Porque no todos son creados con un destino similar, sino que la vida eterna es preordenada para algunos y la condenación para otros. Por lo tanto, estando destinado cada hombre para uno u otro de esos finales, decimos que está predestinado para vida o para muerte.”²⁸

Aunque la enseñanza de Calvino tiene sentido para la lógica humana, la Escritura no la apoya. La Biblia no habla de elección para condenación, sino que enseña que si todos fuéramos salvos, es sólo mérito de Dios; y si nos perdiéramos, es sólo nuestra culpa.

La lógica del sistema teológico de Calvino llevó a sus seguidores al error de enseñar la expiación limitada, afirmando que Jesús redimió sólo a los elegidos. La Confesión de Westminster (1647) declara: “No hay un *redimido* por Cristo, efectivamente llamado, justificado, adoptado, santificado, y salvado, sino sólo los elegidos.”²⁹

El Sínodo de Dort (1619) distingue entre la suficiencia de los méritos de Cristo y su eficacia, es decir, que enseña que el sacrificio de Cristo tuvo el valor suficiente para quitar los pecados del mundo, pero no fue efectivo para redimirlo. El Sínodo de Dort declara:

La muerte del Hijo de Dios es el único y más perfecto sacrificio y satisfacción por el pecado; es de infinito valor, muy suficiente para expiar los pecados del mundo entero.³⁰

Fue voluntad de Dios que Cristo, por la sangre de la cruz, por la cual confirmó el nuevo pacto, redimiera efectivamente de cada pueblo, tribu, nación, y lengua, a todos y *sólo a aquellos* que fueron desde la eternidad elegidos para salvación. (énfasis mio)³¹

La enseñanza calvinista de la expiación limitada es contraria a la Escritura. La Biblia declara: “[Cristo] es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2). El error de la expiación limitada puede hacer dudar de la certeza de la salvación, porque si Jesús murió sólo por algunos, ¿cómo puedo estar seguro de que murió por mí?

A menudo los calvinistas esperan la experiencia subjetiva de conversión o sus frutos de fe como prueba de que están entre los elegidos y redimidos. Pero esa búsqueda interna no puede fortalecer la fe ni darle seguridad. La seguridad de nuestra salvación viene de la verdad objetiva de que Jesús murió por los pecados del mundo. Dios perdonó los pecados de todos. Por lo tanto, usted y yo estamos perdonados.

Los calvinistas enseñan también que la gracia de Dios en la conversión es irresistible. Afirman que la persona no puede resistir el omnipotente poder de Dios si el Espíritu Santo en verdad quiere convertirla. El Sínodo de Dort *condena* la siguiente afirmación:

En la regeneración de un hombre, Dios no emplea de manera poderosa e infalible los poderes de su omnipotencia, por los cuales vuelve la voluntad humana a la fe y la conversión, sino que permite todas las operaciones de gracia que Dios usa para convertir al hombre, pero el hombre afectado puede por él mismo resistir a Dios y al Espíritu que pretende su regeneración y quiere regenerarlo, incluso hasta perder su regeneración.³²

El Sínodo de Dort dice que enseñar que un hombre puede resistir al Dios omnipotente “no es más que quitarle todo efecto a la gracia de Dios en nuestra vida, y someter los actos del Dios todopoderoso a la voluntad humana”.³³

Pero la Biblia enseña claramente que los pecaminosos seres humanos pueden resistir la gracia de Dios en la conversión. Nuestro Salvador se lamentó: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas

a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo de sus alas, pero no quisiste!” (Mateo 23:37). Esteban, el primer mártir cristiano, declaró: “¡Duros de cerviz! ¡Incircuncisos de corazón y de oídos! ¡Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo!” (Hechos 7:51).

Otro error del calvinismo pertinente a nuestro estudio es la creencia en la perseverancia de los santos. Por *perseverancia de los santos* entienden que un verdadero creyente nunca puede caer de la gracia. El Sínodo de Dort declara:

5. Por esos enormes pecados, ofenden altamente a Dios, incurren en pecado mortal, contristan al Espíritu Santo, interrumpen el ejercicio de la fe, lastiman muy penosamente su conciencia, y algunas veces pierden el sentido del favor de Dios, por un tiempo, hasta que vuelvan al camino recto por un serio arrepentimiento, y la luz del rostro paternal de Dios brille nuevamente sobre ellos.
6. Pero Dios, que es rico en misericordia, según su inmutable propósito de elección, no retira completamente el Espíritu Santo de su pueblo, ni aun en sus tristes caídas, *ni permite que ellos lleguen tan lejos como para perder la gracia de la adopción y pierdan el estado de justificación*, o cometan el pecado que conduce a muerte, ni permite que estén totalmente abandonados, y se sumerjan en destrucción eterna. (énfasis mio)³⁴

El calvinismo está errado también en esta doctrina. Aunque los elegidos de Dios morirán en la fe, los creyentes pueden caer de la gracia, es decir, perder la fe. Como dice nuestro Señor en la explicación de la parábola del sembrador: “Los de sobre la piedra son lo que, habiendo oído, reciben la palabra con gozo, pero no tienen raíces; *crea por algún tiempo*, pero en el tiempo de la prueba *se apartan*” (Lucas 8:13).

Los que han caído de la fe deben ser reconvertidos. El propósito de la disciplina eclesiástica cristiana es restaurar al

caído. Nuestro Señor Jesús nos dice: “Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndelo estando tú y él solos; si te oye, has ganado a tu hermano. Pero si no te oye, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oye a ellos, dilo a la iglesia, y si no oye a la iglesia, tenlo por pecador y publicano. De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra será desatado en el cielo” (Mateo 18:15-18). Procuramos siempre conducir a los caídos al arrepentimiento; pero si ellos se niegan al arrepentimiento, finalmente tendremos que anunciarles la condenación de Dios.

Los teólogos calvinistas reformados tienden también a separar de los medios de gracia la obra del Espíritu Santo. En su opinión, el Espíritu Santo no siempre acompaña la proclamación de la palabra de Dios. El teólogo presbiteriano norteamericano Charles Hodge (1797-1878) escribe:

Otra clara prueba, de que el Espíritu ejerce sobre la mente de los hombres una influencia distinguible de la influencia de la verdad, en opinión tanto de luteranos como de reformados, es que los que han tenido el conocimiento de la Palabra leída y oída, son dirigidos a orar por el don del Espíritu para hacer esta Palabra eficaz.³⁵

Hodge enseña que el Espíritu Santo obra inmediatamente (es decir, sin los medios de gracia) para crear vida nueva o convertir un incrédulo. Escribe: “Pero la regeneración, la infusión de nueva vida en el alma, es obra inmediata del Espíritu. No hay aquí lugar para el uso de los medios de gracia, más del que hay en el acto de creación o en obrar un milagro.”

36

Hodge comete dos errores en la manera como entiende el papel de los medios de gracia en la conversión. Primero, la palabra de Dios es siempre eficaz porque es su Palabra, como afirma Dios en Isaías: “Porque como descende de los cielos la

lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra y la hace producir, y da semilla al que siembra y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero y será prosperada en aquello para lo cual la envié” (55:10,11).

Hodge comete error también en la enseñanza de que el Espíritu Santo obra la conversión, o regeneración, aparte de los medios de gracia, el evangelio en Palabra y sacramentos. San Pablo escribe: “Todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quién no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quién les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados? Como está escrito: ‘¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz!’... Así es que la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Dios” (Romanos 10:13-15,17).

Melanchthon y el sinergismo

El colaborador de Lutero, Felipe Melanchthon, evitó el error calvinista de la gracia irresistible, pero cayó en el error sinergista en su enseñanza sobre la conversión. Como se definió antes, el sinergismo es la enseñanza de que la voluntad humana tiene naturales libertad y poder para cooperar con la gracia de Dios en la conversión.

El error sinergista de Melanchthon vio la luz en varias ediciones de su *Loci*, o sea, su libro de doctrina. En la edición de 1535, alega una causa humana en la conversión, además de la palabra de Dios y el Espíritu Santo. Afirma que en la conversión la voluntad humana debe luchar contra su flaqueza y por obedecer el evangelio. Escribe:

No decimos esto para atrapar las conciencias ni para disuadir del empeño de obedecer y creer o de hacer un esfuerzo. Por el contrario, como debemos comenzar con la Palabra, ciertamente no podemos resistir la palabra de Dios, sino esforzarnos por

obedecerla... Vemos que estas causas están unidas: la Palabra, el Espíritu Santo, y la voluntad, que no es ciertamente inactiva, sino lucha contra su debilidad.³⁷

Melanchthon vio en los seres humanos una razón por la cual algunos son salvos y otros no. Pero, si los humanos contribuyen de alguna manera a su conversión, entonces no son salvos por sola gracia. En la edición de 1548 de su *Loci*, Melanchthon escribe:

Sé que de esta manera Dios se propone convertirnos, cuando nosotros, animados por la promesa, luchamos con nosotros mismos, oramos, y resistimos nuestra pequeñez y otras afecciones depravadas. Por esta razón, algunos de los antiguos padres han dicho que el libre albedrío en el hombre es la facultad de aplicarse a él mismo la gracia... es decir, oye la promesa, se empeña en aceptarla y abandonar los pecados contra la conciencia. Esas cosas no ocurren en demonios; por tanto, se debe considerar la diferencia entre los demonios y la humanidad. Pero estos asuntos se hacen aun más claros cuando se considera la promesa. Dado que la promesa es universal, y dado que no hay voluntades contradictorias en Dios, de necesidad debe haber en nosotros alguna causa o diferencia por la cual Saúl es rechazado y David es recibido; es decir, debe haber de necesidad alguna acción diferente en esos dos.³⁸

Después de la muerte de Lutero las expresiones de Melanchthon llevaron a muchos al error sinergista. El resultado fue una prolongada controversia en la iglesia luterana alemana, que fue finalmente resuelta por el Artículo II de la Fórmula de Concordia. Ese artículo rechaza claramente la idea de que un incrédulo pueda hacer algo para ayudar en su conversión. La Fórmula de Concordia declara:

Por consiguiente, rechazamos y condenamos todos los errores siguientes como contrarios a la norma de la palabra de Dios:

4. Asimismo la enseñanza de quienes admiten que por su libre albedrío, antes de la regeneración, el hombre es demasiado débil para hacer ese comienzo y mediante sus propias facultades convertirse a Dios y obedecerle de corazón, sosteniendo sin embargo que si el Espíritu Santo por la predicación de la Palabra ha hecho el comienzo, ofreciendo así su gracia, la voluntad del hombre puede, por medio de sus facultades, añadir algo, aunque en medida muy limitada y débil, pudiendo así ayudar y cooperar, habilitarse y prepararse para la gracia, recibirla y aceptarla y creer en el evangelio.³⁹

Arminianismo

Un teólogo alemán, Jacobus Arminius (1560 1609), objetó la doctrina calvinista de la doble predestinación. En 1610, un año antes de la muerte de Arminius, sus seguidores publicaron una declaración que se conoció como los *Artículos Arminianos*, o *La Reconvencción*. Esta declaración negaba las doctrinas calvinistas de la doble predestinación, la expiación limitada, y la gracia irresistible. Los firmantes de los artículos no estaban listos para comprometerse de una u otra manera con la doctrina de la perseverancia de los santos.

Al oponerse al error de la doble predestinación, los arminianos dejaron la puerta abierta al error. La redacción del artículo deja la posibilidad de entender que Dios eligió salvar aquellos que previó que iban a permanecer en la fe hasta del final, y condenar a los que se negaron a ser hechos creyentes. Esa concepción hace la fe y de la conversión causas de la elección, en lugar del resultado de la elección. *La Reconvencción* declara:

Que Dios, por un propósito interno, inmutable en Jesucristo su Hijo, antes de la fundación del mundo, determinó, de entre la pecaminosa raza humana caída, salvar en Cristo y por causa de Cristo y por medio de Cristo, a aquellos que, por la gracia del Espíritu Santo, iban a ser creyentes en su Hijo Jesús, e iban a perseverar en esa fe y obediencia de fe, por medio de esta

gracia, hasta el fin; y, por otra parte, dejar a los incorregibles e incrédulos en el pecado y bajo la ira, y condenarlos como separados de Cristo, de acuerdo con la palabra del evangelio en Juan 3: 36: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna, pero el que se niega a creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él”, y también de acuerdo con otros pasajes de la Escritura.⁴⁰

Aunque este artículo pueda sonar inocuo, plantó la semilla del sinergismo en el arminianismo. En efecto, al pasar los siglos, el arminianismo llegó a ser sinónimo de sinergismo.

Pietismo

Un siglo después de escrita la Fórmula de Concordia, mucha gente en Alemania comenzó a cansarse de la muchas disputas doctrinales en Europa. Estaban desconsolados por la falta de piedad en muchos de los miembros de la iglesia estatal, y pensaban que los pastores debían destacar lo que hace Cristo *en nosotros* más que lo que Cristo ha hecho *por nosotros*. Pusieron el énfasis de la predicación y la enseñanza en cómo debe vivir el cristiano, y no en la obra redentora de Cristo. El movimiento se conoció como pietismo.

Uno de los primeros líderes del movimiento fue August Hermann Francke (1663 1727). Aunque Francke era pastor luterano, comenzó a preguntarse si tenía el carácter de un verdadero cristiano. Un día, mientras preparaba un sermón en el que quería describir la fe viva y verdadera, llegó a la conclusión de que carecía de la fe que estaba tratando de describir. La siguiente es la descripción que hizo Francke de su posterior experiencia de conversión:

En el antes mencionado domingo, mientras estaba en gran temor, me arrodillé y nuevamente le imploré a Dios, a quien todavía no conocía, y en quien no creía, que, si verdaderamente hay Dios, él debería salvarme de mi miserable condición. Entonces, el Señor, el Dios viviente, mientras yo estaba de

rodillas, me oyó desde su santo trono. Fue tan grande su amor paternal, que no me alivió gradualmente de esa duda e inquietud del corazón, lo que hubiera sido suficiente para mí; pero con el propósito de que yo estuviera más plenamente convencido, y para que mi razón fuera refrenada, de modo que no contradijera su poder y fidelidad, él me oyó súbitamente. Tan rápido como se gira una mano, todas mis dudas se fueron. En mi corazón, tuve la seguridad de la gracia de Dios en Cristo Jesús; pude llamar a Dios, no solamente Dios, sino Padre. Toda tristeza e inquietud del corazón fueron quitadas de inmediato. Por otra parte, súbitamente fui abrumado por una inundación de gozo, de modo que, audiblemente, alabé y magnifiqué a Dios, que me había manifestado tan grande gracia. Cuando me puse de pie, tenía una actitud completamente diferente de la que había tenido cuando me arrodillé. Ese, entonces, es el momento que puedo realmente considerar como mi verdadera conversión; desde ese momento, mi cristianismo tuvo cuerpo.

41

Desde ese momento, el pietismo puso énfasis en la experiencia de la conversión. ¿Hay algo malo en este énfasis?

En el relato anterior, Francke afirma que él era un incrédulo y que a pesar de eso oró a Dios pidiendo la conversión. Una persona incrédula está, por definición bíblica, espiritualmente muerta, espiritualmente ciega y en guerra con Dios, incapaz de hacer algo agradable a Dios o de ayudar en su conversión. Dios solamente oye las oraciones de los creyentes, porque sólo los creyentes tienen acceso a él por medio de Jesús. La verdadera oración es un fruto de la fe.

El énfasis en la experiencia de conversión toma por sentado que la persona puede señalar el momento de su conversión. Aunque Pablo pudo relatar su conversión (Hechos 9:26), no todos llegan a la fe de un modo tan dramático. Los que enfatizan la experiencia de conversión niegan con frecuencia la regeneración bautismal y la fe de los infantes.

También hay verdadero peligro espiritual al dirigir a las personas a su propia experiencia y sentimientos, para determinar si son cristianas o no. Nuestros sentimientos, estados de ánimo, y emociones, cambian frecuentemente. Si nos basamos en los sentimientos o experiencias para determinar si somos salvos, el diablo puede llevarnos fácilmente a la duda. A veces no me siento perdonado, pero aun en esos momentos sé que lo soy, porque sé lo que la Biblia dice y promete. La Biblia me dice que Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Sé que si él ha quitado el pecado del mundo, también ha quitado mi pecado.

Pietistas posteriores enseñaron que la persona tiene que pasar por un periodo de luchas espirituales antes de que se le pueda anunciar el perdón de Dios. Enseñaban que el pecador tiene que cumplir ciertas condiciones antes de que pueda ser perdonado. El teólogo luterano, C. F. W. Walther, se reunió con un grupo de pietistas durante sus días de estudiante, y escribe sobre esa experiencia:

Los pietistas afirman que antes de ser posible ser hecho creyente debe proceder un largo período de arrepentimiento (penitencia). Incluso han exhortado a las gentes a no ser creyentes con demasiada premura, a permitir que el Espíritu Santo los prepare bien. Dicen que uno no puede convertirse en el término de dos semanas, pues a veces han de pasar muchos meses y aun años, antes de que Dios lo haya preparado. Esto es sencillamente horrible y espantoso. Estos predicadores no han pensado en la tremenda responsabilidad que asumen. ¿Qué sucederá si dicen a una persona que aún no está preparada y esa persona muere en esa situación? Yo mismo he experimentado cuán espantosa es esa doctrina. Cierta pietista, candidato al Sagrado Ministerio, me había dado instrucciones al efecto. Hice todo lo posible para lograr de ese modo un verdadero arrepentimiento, y finalmente desesperé. Fui entonces a hablarle del estado en que me hallaba y me dijo: “Ahora debes

creer”. Yo no acepté lo que me decía, pues lo que yo sentía no concordaba con los síntomas de arrepentimiento que él me había descrito anteriormente. Por eso le respondí: “Si conocieras mi estado anímico, no me consolarías. Lo que deseo son normas de conducta para lo futuro”. Él me las dio; pero todo fue inútil.⁴²

Pedro mostró arrepentimiento por haber negado a Jesús al salir y llorar amargamente (Mateo 26:75). También las lágrimas pesarasas de David mojaron su cama (Salmo 6:6), pero la Biblia no dice que todos tienen que hacer lo mismo para estar realmente contritos. Tampoco establece normas de contrición que debemos cumplir antes de ser perdonados. Cuando una persona confiesa su pecado, le anunciamos de inmediato el perdón divino. Retener el perdón puede llevar a desesperación. La única manera en que los caídos pueden ser levantados a la fe o los incrédulos a la conversión, es por la proclamación del evangelio. Afortunadamente Walther entró en contacto con un pastor luterano ortodoxo, que le proclamó el perdón divino total y gratuito y lo sacó de la desesperación.



11

Falsas enseñanzas respecto de la conversión: en los Estados Unidos

Puritanismo

Los puritanos que llegaron de Inglaterra eran calvinistas fieles, entendían el pecado original y reconocían la total depravación espiritual de los humanos. Reconocían que la conversión es enteramente obra de Dios, pero también creían en la expiación limitada. Creían que Jesús murió sólo por los creyentes, no por los pecados de todo el mundo. Además, negaban que el Espíritu Santo obre la fe en el corazón de los infantes por medio del bautismo. Para hallar seguridad de que sus pecados eran perdonados, los puritanos buscaban una experiencia de conversión como prueba de que estaban entre los elegidos.

Los puritanos también querían tener una iglesia “pura” en la tierra, exigiendo que las personas dieran testimonios convincentes de su experiencia de conversión antes de admitirlas en plena membrecía congregacional. *La Plataforma de Cambridge* de 1648 incluía las reglas para admisión de miembros en la iglesia:

1. Las puertas de las iglesias de Cristo sobre la tierra no están, por designio de Dios, tan ampliamente abiertas que todo tipo de personas, buenas o malas, puedan entrar a su placer, sino que para ser admitidas como miembros, deben ser examinadas y probadas primero, para saber si son aptas para ser recibidas en la sociedad de la iglesia...
5. Confesión personal y pública, y declaración de la manera como Dios obra en el alma, son también lícitas, recomendables y útiles, en diversos aspectos y campos.⁴³

Los puritanos “examinaban y probaban” a los miembros potenciales pidiéndoles una declaración de “la manera como Dios obra en el alma”. Se le exigía a la persona que hiciera un relato *convinciente* de su experiencia de conversión.⁴⁴ Por ejemplo, Solomon Stoddard (1643 1729) veía la conversión como una poderosa experiencia que era fechable. Esa experiencia de conversión daba alguna seguridad de salvación.⁴⁵ El énfasis en la experiencia de conversión y en la costumbre de los testimonios, tan común en el protestantismo, tiene sus orígenes en la costumbre puritana.

El gran despertar

Un gran avivamiento religioso barrió las colonias inglesas entre 1740 y 1742. Como resultado de la predicación de hombres como Jonathan Edwards (1703 1758), George Whitefield (1714 1770), Theodore Frelinghuysen (1691 1747?), y Gilbert Tennent (1703 1764), muchos declararon haber tenido una profunda experiencia de conversión. La

membrecía y la asistencia a las iglesias aumentaron en las colonias.

Pero, algunos cuestionaron los avivamientos y a su vez fueron atacados por los que estaban a favor de esa costumbre. El énfasis en la experiencia de conversión llevó a los partidarios del avivamiento a llamar “inconversos” a los que se oponían a los avivamientos; cuestionaban la eficacia del ministerio de esos “inconversos” predicadores y señalaban la falta de “conversiones” en las congregaciones de esos hombres. Gilbert Tennent predicó un sermón titulado “El Peligro de un Ministro Inconverso”. En esa disertación afirmó lo siguiente:

El ministerio de los hombres naturales es en su mayor parte improductivo, lo que se confirma por una triple evidencia, a saber, de la Escritura, de la Razón, y de la Experiencia... Mire las congregaciones de ministros inconversos y la triste certidumbre que reina allí, no se puede oír de un alma convencida por muchos años y los ministros siguen siendo facilistas, ¡porque dicen que cumplen con su deber!⁴⁶

Quienes juzgan si alguien es cristiano porque ha tenido una experiencia de conversión convincente, establecen una norma de juicio que no se encuentra en la Escritura. Los que juzgan la eficacia del ministerio de una persona por el número de “conversiones” que se le pueden atribuir a su obra, también establecen una norma falsa.

La Escritura dice que el ministro debe ser encontrado fiel en la adhesión a la verdad de Dios y a la proclamación de esa verdad. A veces puede no haber ningún signo visible de éxito en su ministerio. Por ejemplo el ministerio del gran profeta Elías, parecía tan poco exitoso, que él pensó que él era el único creyente verdadero que quedaba en Israel (1 Reyes 19:9-18). Después del discurso de Jesús sobre el Pan de Vida, muchos se ofendieron: “Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás y no andaban con él” (Juan 6:66).

Según las normas externas, Jesús y Elías parecían fracasos, pero Dios tiene su propio plan y propósito y concede el éxito que él quiere.

Los que dudan de la eficacia del ministerio de un ministro “inconverso” dudan en realidad de la eficacia de la Escritura. El Espíritu Santo obra por medio de la proclamación del evangelio y de la administración de los sacramentos independientemente de la condición espiritual del ministro.

Methodismo

John Wesley (1703-1791), el fundador del Metodismo, rechazó las doctrinas calvinistas de la doble predestinación y la expiación limitada, pero cayó en el error arminiano en cuanto a la predestinación, o sea, la elección, y erró en la comprensión de la conversión. Como muchos de los reformados, no creía que el Espíritu Santo convierte a los pecadores sólo por los medios de gracia, sino enseñaba una obra inmediata del Espíritu Santo, aparte de los medios de gracia, y dirigía a las personas a su propia experiencia para asegurarles que eran en verdad hijos de Dios, en vez de señalarles las objetivas promesas de la palabra de Dios.

Wesley creía que Dios predestinó a los que vio de antemano que iban a llegar a la fe salvadora. Su enseñanza hace de la conversión la razón de la elección divina, en vez del resultado de la elección. Según esta doctrina, la razón por la que unos son salvos y otros no, recae en cada individuo. Wesley afirma que la persona es libre de aceptar o rechazar la oferta de Dios. Él escribió:

El primer punto es la precognición de Dios; Dios *conoció de antemano* a los que en cada nación iban a ser creyentes, desde el comienzo del mundo hasta la consumación de todas las cosas... En una palabra, viendo Dios todas las edades desde la creación hasta la consumación como un momento, y viendo inmediatamente lo que hay en el corazón de todos los hijos de

los hombres, conoce a cada uno de los creyentes y no creyentes en todo tiempo y nación. Pero lo que él conoce, fe o incredulidad, de ninguna manera es causado por su conocimiento, los hombres son *libres* de ser creyentes o no creyentes, como si él no lo supiera...

Ciertamente, si el hombre no fuera libre, no podría ser responsable de sus pensamientos, palabras, o actos. Si no fuera libre, no sería capaz de recompensa o de castigo; sería incapaz tanto de virtud como de vicio (énfasis original)⁴⁷.

Wesley creía que a los seres humanos se les da una gracia predecesora o previa, que los inicia en el camino a Dios. En su sistema, la conversión parece ser un proceso. Él escribió:

El designio de Dios para su salvación comienza con lo que usual y muy propiamente se llama gracia predecesora, la gracia que viene antes de nuestra disposición, que incluye el primer deseo de agradar a Dios; el primer amanecer de conciencia de la voluntad de Dios, la primera leve, pasajera convicción de que podemos haberle fallado a Dios. Esto implica alguna tendencia a la vida, alguna medida de salvación, el comienzo de la liberación del ciego, insensible corazón que ha permanecido insensible a Dios.⁴⁸

Wesley enseñaba que Dios le da a cada ser humano esta gracia predecesora. Lo explica así:

Pero esto no es excusa para los que continúan en pecado, y le echan la culpa a su Hacedor, diciendo: “Es solamente Dios quien debe animarnos, porque nosotros no podemos animar nuestra alma”. El conceder que *por naturaleza* el alma de todos los hombres está muerta en pecado, no excusa a nadie, viendo que no hay hombre que esté en estado de mera naturaleza; no hay hombre, a menos que haya apagado el Espíritu, que esté completamente vacío de la gracia de Dios. Ningún hombre vivo está completamente destituido de lo que se llama “conciencia natural”. Pero no es natural, se la llama más propiamente

“gracia previa”... De modo que nadie peca porque no tiene la gracia, sino porque no usa la que tiene.⁴⁹

Como, en su opinión, todo ser humano tiene esa gracia previa, Wesley razonó que el pagano puede ser salvo aparte de la proclamación del evangelio; sugiere un camino de salvación que es contrario a lo que enseña la Biblia. En efecto, sugiere que los paganos pueden ser salvos por la luz que tienen en su conocimiento natural de la ley:

Pero se puede preguntar: “Si no hay verdadero amor al prójimo excepto el que emana del amor de Dios; y si el amor de Dios emana de una única fuente que es la fe en el Hijo de Dios, ¿no se sigue de esto que todo el mundo pagano está excluido de toda posibilidad de salvación? Viendo que están apartados de la fe, porque la fe viene por el oír; ¿y cómo oirán sin haber quien les predique?” Respondo: con las palabras de San Pablo, dichas en otra ocasión, las cuales son aplicables aquí: “Todo lo que la Ley dice, lo dice a los que están bajo la Ley”. En consecuencia, la frase: “El que cree no será condenado” se dice de aquellos a quienes es predicado el evangelio; a otros no les atañe, y no se nos exige determinar nada referente a su estado final. La manera como quiera Dios, el Juez de todas las cosas, tratar con *ellos*, la dejamos en él. Pero esto sabemos, que él no es el Dios de los cristianos únicamente, sino también el Dios de los paganos, que él es “rico en misericordia para todos los que lo invocan”, “según la luz que tienen” y que “en toda nación se agrada del que lo teme y hace justicia” (énfasis original).⁵⁰

Wesley enseñaba también que los cristianos pueden estar seguros de su salvación por el testigo interno, es decir, por el testimonio del Espíritu Santo. Según Wesley, el Espíritu Santo da esa seguridad directa o inmediatamente (es decir, sin los medios de gracia). En otras palabras, los cristianos tienen que encontrar la seguridad de la salvación mirando dentro de ellos, en lugar de mirar las promesas de Dios. Wesley escribe:

Por “el testimonio del Espíritu” entiendo una impresión interna del alma, por la cual el Espíritu de Dios inmediata o directamente da testimonio a mi espíritu de que soy hijo de Dios, que “Jesucristo me ha amado, y se ha dado por mí”, que todos mis pecados están borrados, y que también estoy reconciliado con Dios...

Obsérvese que con esto no quiero decir que el Espíritu de Dios da testimonio por una voz externa; no, ni siempre por una voz interna, aunque puede hacerlo en ocasiones. Ni supongo que él siempre aplica al corazón (aunque puede) uno o más textos de la Escritura. Pero obra en el alma por su influencia inmediata y por una poderosa e inexplicable operación, que apacigua el viento turbulento y las olas de pesadumbre, y hay dulce calma; el corazón descansa como en los brazos de Jesús, y el pecador está satisfecho de la reconciliación con Dios, de que todas sus “iniquidades están perdonadas, y su pecado cubierto”.⁵¹

Revivalismo

El Gran Despertar (1740 1742) tuvo énfasis teológico calvinista. El Segundo Despertar (c. 1795 1840) fue de teología arminiana. Los predicadores del Gran Despertar creían que la conversión es dominio exclusivo de Dios. Los predicadores del Segundo Despertar, a menudo llamados revivalistas, creían que los seres humanos tienen un papel que jugar en su conversión.

Estos revivalistas desarrollaron varias “medidas nuevas” para producir conversiones. Como creían que los seres humanos tienen el poder natural de comprometerse con la fe, las nuevas medidas estaban destinadas a llevar a las personas a hacer esa decisión. Las nuevas medidas incluían prolongadas reuniones de fervor revivalista que duraban varios días, oración continua por avivamiento, exhortación y oración por individuos por nombre para su conversión, y la banca ansiosa o del doliente, que era un sitio al frente de la asamblea en el que los

individuos eran exhortados por el predicador y la congregación hasta que tenían una experiencia de conversión.

El enfoque de la conversión era pragmático, es decir, que los revivalistas creían que su metodología podía lograr los resultados que deseaban. En efecto, Charles Grandison Finney (1792-1875), uno de los líderes del Segundo Despertar, no vio nada milagroso en la conversión o avivamientos. Creía que esas cosas deben ocurrir si se utilizan los métodos apropiados. Finney escribe:

No hay nada en la religión que vaya más allá de los poderes ordinarios de la naturaleza. Ella consiste por completo en el *correcto ejercicio* de los poderes de la naturaleza. Es sólo eso, y nada más. Cuando la humanidad se hizo religiosa, no *fue facultada* para hacer cosas que era incapaz de hacer antes. Sólo ejercieron de modo diferente los poderes que tenían antes, y los usaron para la gloria de Dios...

No es un milagro, ni depende de un milagro, en ningún sentido. Es el resultado puramente filosófico del correcto uso de los medios constituidos, lo mismo que cualquier otro efecto producido por aplicación de medios. Puede haber un milagro entre sus causas antecedentes, o puede no haberlo. Los apóstoles usaron milagros, simplemente como medio para captar la atención para su mensaje y para establecer su autoridad divina. Pero el milagro no fue el avivamiento. El milagro era una cosa, el avivamiento que lo seguía era una cosa muy distinta. Los avivamientos en el tiempo de los apóstoles estaban conectados con milagros, pero no eran milagros (énfasis original).⁵²

En las reuniones fronterizas, eran comunes manifestaciones físicas extrañas. Esas manifestaciones físicas incluían sacudidas violentas, morir en el espíritu y caer al piso, ladrando como un perro y poner en dificultades al diablo, risa santa y ataques de saltos. Los revivalistas creían que estas cosas eran señales de la obra del Espíritu Santo.

Incluso algunos luteranos fueron atraídos a las nuevas medidas porque los métodos de los revivalistas parecían funcionar. Rotularon a los que querían sostenerse en la verdad bíblica y en la práctica del luteranismo histórico “Cristianos de cabeza” o “Cristianos de Catecismo”. Donde predominaron las costumbres revivalistas entre los luteranos, se negó pronto la doctrina del pecado original, y se adoptó la visión sinergista de la conversión. El catecismo de Lutero cayó en desuso.⁵³

Los “Luteranos Americanos” pensaban que el luteranismo debía adaptar su doctrina al escenario americano para sobrevivir en los Estados Unidos. Llegaron incluso a emitir una declaración denominada *Plataforma Sinódica Definitiva* (1855), que contenía una revisión americana de la Confesión de Augsburgo. La revisión de la Confesión de Augsburgo incluía la negación de la presencia real del cuerpo y la sangre del Salvador en la Santa Cena y el rechazo de la doctrina de la regeneración bautismal.⁵⁴

La *Plataforma Sinódica Definitiva* fue rechazada por la mayoría de los luteranos de los Estados Unidos.

Perfeccionismo

El perfeccionismo enseña que los cristianos pueden alcanzar en esta vida la santidad o amor perfecto. Los perfeccionistas creen que por la gracia de Dios, los cristianos pueden ser liberados del pecado hasta el punto de que no pecan conscientemente. El perfeccionismo implica mal entendimiento del pecado original y de la conversión.

La iglesia católica romana enseña una forma de perfeccionismo, creyendo que el pecado original implica sólo una depravación y no una corrupción total de la naturaleza humana. Roma enseña también que la esencia del pecado original se quita en el bautismo. Sólo permanece la concupiscencia, o sea, la inclinación al mal. *El Catecismo de la Iglesia Católica* declara:

Aunque propio de cada uno, el pecado original no tiene, en ningún descendiente de Adán, un carácter de falta personal. Es la privación de la santidad y de la justicia originales, pero la naturaleza humana no está totalmente corrompida; está herida en sus fuerzas naturales, sometida a la ignorancia, al sufrimiento, al imperio de la muerte e inclinada al pecado (inclinación llamada “concupiscencia”). El Bautismo da la vida de la gracia de Cristo, borra el pecado original y devuelve al hombre a Dios, pero las consecuencias para la naturaleza debilitada e inclinada al mal persisten en el hombre y lo llaman al combate espiritual.⁵⁵

Aunque el catolicismo niega que una persona pueda merecer la gracia necesaria para la conversión, enseña que las buenas obras del cristiano son meritorias. Como la regeneración bautismal (conversión) quita el pecado original y sólo queda la inclinación al pecado según la enseñanza católica, los cristianos pueden, con la ayuda de la gracia de Dios, hacer cosas para merecer la gracia para ellos y para otros.

Nadie puede merecer la gracia primera que constituye el inicio de la conversión. Conmovidos por el Espíritu Santo, podemos merecer en favor nuestro y de los demás todas las gracias útiles para llegar a la vida eterna, como también los necesarios bienes temporales.⁵⁶

John Wesley enseñó una forma de perfeccionismo que los metodistas llaman santificación entera. Esta enseñanza es notable en el metodismo americano. En la Conferencia General de 1952, el obispo de lo que hoy es la Iglesia Metodista Unida, declaró:

Creemos en la perfección cristiana. La gracia de Dios se manifiesta no sólo en el perdón de pecados sino que también es creativamente redentora, el poder que obra en nosotros para hacernos perfectos en amor. Nada menos que perfección, ser como Cristo en pensamiento, palabra, y obra, puede medir el

propósito del amor de Dios para nosotros. Es por la fe que el cambio fundamental forjado en el individuo por la regeneración es un proceso dinámico en el que por crecer en gracia mueve hacia el “hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”. Podemos apagar el Espíritu y caer de la gracia, pero nuestro destino divino es amor perfecto y santidad en esta vida.⁵⁷

Las diversas denominaciones de santidad y muchos de los pentecostales, sostienen la enseñanza de la santificación entera, también conocida como la perfección cristiana.

Negación de la regeneración bautismal

Los calvinistas y los arminianos reformados, niegan la regeneración bautismal. Consideran el bautismo la señal externa de la acción interna del Espíritu Santo, y no como un medio por el cual el Espíritu Santo convierte o fortalece la fe. Aunque algunos escritores reformados se refieren al bautismo como medio de gracia, niegan que el Espíritu Santo obre por el bautismo para llevar a alguien a la fe. Charles Hodge explica:

El bautismo no hace cristiano a un hombre, sino que es el medio señalado para reconocer que es cristiano. Es la insignia de su profesión cristiana delante de los hombres, le asegura los privilegios de la membrecía en la iglesia visible, y es un compromiso por parte de Dios, de que, si es sincero y fiel, tendrá parte en todos los beneficios de la redención de Cristo. Es solamente en este sentido que la iglesia reformada enseña la necesidad del bautismo, que tienen la condición de precepto divino.⁵⁸

Los bautistas llevan su posición sobre el bautismo a la conclusión lógica, diciendo que si el Espíritu Santo no obra por el bautismo para crear fe, no hay razón para bautizar infantes. Si el bautismo es sólo una marca de profesión entre los cristianos, que se hace por obediencia al mandato de Dios,

entonces sólo los que tienen la edad suficiente para hacer una confesión de fe racional deben ser bautizados. Un escritor bautista explica:

El bautismo no es el medio por el que un individuo obtiene salvación. La doctrina de la regeneración bautismal es completamente contraria a la enseñanza de la palabra de Dios.

Cuando un cristiano es bautizado, está en realidad dando un doble testimonio en símbolo. a) Testifica de su fe salvadora en la muerte, sepultura, y resurrección (Romanos 6:3-5). b) Da testimonio del hecho de que ha experimentado personalmente el poder salvador de la muerte, sepultura, y resurrección. Los grandes bautistas del pasado lo expresaron de esta manera: “El bautismo es una expresión externa de una experiencia interna”.

En su bautismo, nuestro Señor Jesús se identificó con el movimiento cristiano del que Juan el Bautista fue precursor. Y lo mismo ocurre con el cristiano: después de que ha aceptado a Jesús como Señor y Salvador, es bautizado en el compañerismo de la iglesia y de esa manera es oficialmente identificado con el movimiento cristiano.

El bautismo es un acto de obediencia al mandato de nuestro Señor Jesucristo.⁵⁹

Sin embargo, la Biblia enseña la regeneración bautismal. Pablo escribe: “Nos salvó [Dios] por el lavamiento de la regeneración, y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3:5). Pedro explica: “El bautismo... ahora nos salva (no quitando las inmundicias del cuerpo, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios)” (1 Pedro 3:21). Jesús explica: “El que no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es” (Juan 3:5,6). Recibimos el nuevo nacimiento, o regeneración, en y por medio del bautismo.

Controversia entre los luteranos en los Estados Unidos

En las décadas de 1870 y 1880, surgió una controversia entre los luteranos en la Conferencia Sinódica sobre las doctrinas de la elección y la conversión. Los teólogos del Sínodo de Ohio y algunos del Sínodo Noruego objetaron una presentación sobre la elección dada por C. F. W. Walther, del Sínodo de Missouri. Walther sostenía correctamente que Dios no vio previamente nada digno de salvación en los que él determinó salvar. Los que se opusieron afirmaban que Dios eligió a los que había determinado salvar *intuitu fidei*, es decir, en vista de su fe. El Sínodo de Ohio declaró:

Por elección, como generalmente hacen los dogmáticos, entendemos *simplemente esto*, que desde la eternidad Dios eligió e infaliblemente ordenó para salvación a ciertos individuos en preferencia a otros, y esto según el camino universal de salvación, creemos, enseñamos, y confesamos, que la elección tuvo lugar *en vista de los méritos de Cristo apprehendidos por fe, o, más brevemente declarado, pero con el mismo sentido, en vista de la fe*. De acuerdo con esta concepción, la fe precede a la elección en la mente de Dios, como *norma*, según la cual elige, precede a la *elección*, y por lo tanto esa elección, propiamente hablando, no es la causa de la fe (énfasis original).⁶⁰

Los teólogos del Sínodo de Missouri y del Sínodo de Wisconsin, como también muchos del Sínodo Noruego, sostuvieron que la causa de la elección es solamente la gracia de Dios y los méritos de Cristo. Hablar de elección en vista de la fe, mezcla causa y efecto. Según la Escritura, los que son salvos vienen a la fe porque Dios los eligió desde la eternidad. No los eligió porque previó que llegarían a la fe. La elección en vista de la fe implica lógicamente una forma sutil de sinergismo, o sea, que hay algo que los humanos pueden hacer para influir en Dios y salvarse.

El Sínodo de Iowa no era miembro de la Conferencia Sinódica, pero estuvo con el Sínodo de Ohio en la controversia. Aunque los del Sínodo de Ohio hablaban de elección en vista de la fe, los del Sínodo de Iowa recalcaban una diferencia entre resistencia natural y deliberada de los humanos en la conversión. Iowa decía que aunque todo humano resiste la conversión naturalmente, algunos resisten deliberadamente, o resisten más que otros y no son convertidos. Esta posición ve una causa en los humanos por la que unos son salvos y otros no. Esa causa es que algunos resisten menos y otros más.⁶¹

A comienzos del siglo 20 se hizo un intento de resolver la controversia de la elección, pero sin éxito. El Sínodo de Iowa se unió con el de Ohio en 1930, para formar la Iglesia Luterana de América, uno de los precursores de la actual Iglesia Evangélica Luterana en América (IELA o ELCA). La mayoría de los luteranos noruegos en los Estados Unidos formaron la Iglesia Evangélica Luterana después de acordar un documento que pasaba por alto las diferencias en la doctrina de la elección. La Iglesia Evangélica Luterana fue también precursora de la IELA (ELCA). Un pequeño grupo de pastores y congregaciones dejó el Sínodo Noruego por causa de ese documento. En 1918 fundaron el Sínodo Evangélico Luterano, un sínodo que ha permanecido fiel a las Escrituras y está en compañerismo con el Sínodo de Wisconsin.

La controversia, sobre la elección y la conversión, fue encarnizada y terminó con el abandono de la Conferencia Sinódica por parte del Sínodo de Ohio y el Sínodo Noruego. Pero los sínodos de Wisconsin y Missouri y el Sínodo Evangélico Luterano, no se comprometieron, porque entendieron que estaba en juego la salvación por la *sola* gracia de Dios.

Teología de la decisión

La teología de la decisión enseña que la gente debe “decidirse por Cristo” cuando se le proclama el evangelio. Los que sostienen esta enseñanza creen que los inconversos tienen en ellos mismos la responsabilidad y el poder de decirle sí a Cristo, o sea, de invitar a Jesús a entrar en su corazón y en su vida. La teología de la decisión es popular entre evangelistas norteamericanos como Billy Graham (1918). Graham explica:

La fe en Cristo también es voluntaria. No se puede obligar a una persona, ni sobornarla, ni engañarla, para que sea creyente en Jesús. Dios no impone su camino en tu vida. El Espíritu Santo hará todo lo posible para inquietarte, atraerte, amarte; pero finalmente es tu decisión personal. Dios no sólo dio a su Hijo en la cruz, donde finalizó el plan de redención, sino también dio la ley como está expresada en los Diez Mandamientos y en el sermón del monte, para mostrar tu necesidad del perdón. Dio el Espíritu Santo para convencerte de tu necesidad. Él da el Espíritu Santo para conducirte a la cruz, pero aun después de todo esto, es tu decisión si aceptas el perdón gratuito de Dios o continúas en tu perdida condición.⁶²

Aunque estaríamos de acuerdo en que “no se puede obligar a una persona, ni sobornarla, ni engañarla, para que sea creyente en Jesús”, no podemos aceptar que una persona en condición perdida tenga la facultad de decidir aceptar el perdón gratuito de Dios. Dios no obliga a las personas a ser hechas creyentes, pero crea vida nueva en ellas que es fe. Antes de que la fe esté presente, las personas no tienen la facultad de aceptar el perdón o invitar a Jesús a su vida. La teología de la decisión es sinergista.

Como la teología de la decisión pone el énfasis en la capacidad humana de hacer elección espiritual, sus adherentes deben hacer concesiones a los que consideran muy jóvenes para hacer una elección consciente. Hablan de la edad de

responsabilidad antes de la cual Dios no los tiene por responsables de sus elecciones. Graham escribe:

La Biblia enseña que cuando llegamos a la edad de responsabilidad, hacia los diez u once años, Dios nos ve como adultos completamente desarrollados, que hacen elecciones morales y espirituales, por los cuales seremos responsables en el juicio. Cada uno de nosotros tiene una culpa individual delante de Dios. Desde la concepción, tenemos la tendencia al pecado; luego nos hacemos pecadores por elección, y finalmente pecadores por práctica. Por eso dice la Biblia que todos hemos pecado y hemos caído de la gloria de Dios.⁶³

Pero, la Biblia no enseña en ninguna parte una edad de responsabilidad. Los infantes también son responsables ante Dios por lo que dicen, piensan, y hacen.

Graham muestra también un falso concepto de la profundidad del pecado original; habla sólo de tendencia heredada a pecar, en lugar de una total corrupción espiritual heredada. De nuevo vemos que la mala comprensión del pecado original lleva a mal entender la conversión. Si entendemos que los seres humanos nacen espiritualmente muertos, no caeremos en el error de la teología de la decisión: los muertos no pueden decidirse por Cristo ni pedirle a Jesús que entre en su corazón.

Universalismo

El universalismo es la creencia de que Dios destruirá finalmente el pecado y salvará a todos los humanos. Los universalistas niegan la realidad de la condenación eterna, creyendo que el Dios bueno y amoroso no podría castigar a alguien por siempre. La enseñanza es común en muchas religiones y se encuentra entre algunos que se dicen cristianos.

En los Estados Unidos se desarrolló una denominación universalista separada al final del siglo 18 y comienzo del siglo 19. Esta organización se unió con la iglesia unitaria en 1961,

para convertirse en la Asociación de Congregaciones Unitarias Universalistas en América. Una profesión de fe adoptada por los universalistas en Winchester, New Hampshire, en 1803, esboza sus creencias básicas:

Creemos que las sagradas escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, contienen la revelación del carácter de Dios y de deber, interés, y destino final, de la humanidad.

Creemos que hay un Dios, cuya naturaleza es amor, revelado en un Señor Jesucristo, por un Espíritu Santo de gracia, quien finalmente restaurará toda la familia humana a la santidad y la felicidad.

Creemos que esa santidad y verdadera felicidad, están inseparablemente conectadas, y que los creyentes deben tener cuidado de mantener el orden y hacer buenas obras, porque estas cosas son buenas y provechosas para los hombres.⁶⁴

La Asociación Unitaria Universalista cree que toda religión contiene verdad. Afirma que cada religión es sólo un camino distinto al mismo Dios. En otras palabras, enseña la salvación por carácter. En su modo de pensar, la expiación vicaria de Cristo es innecesaria, y la doctrina bíblica de la conversión cristiana es superflua. Jack Mendelsohn escribe en *Why I Am a Unitarian Universalist*, (*Por qué soy Universalista Unitario*):

Para nosotros, la salvación no es un viaje etéreo que se hace sobre las alas del dogma; es un esfuerzo ético y un logro moral: el respeto por la personalidad y las convicciones de otros. La fe en la dignidad y la potencialidad humanas, la aversión a la hipocresía, a la intolerancia, al fanatismo, cordial disfrute de la vida y de la gente, confianza en la verdadera armonía de la ciencia y la religión, fe en la capacidad de amar, y la búsqueda de la expresión religiosa amplia, incluyente, espiritual aunque práctica, personal aunque universal.

Eso es lo que queremos dar a entender cuando decimos que creemos en la salvación por el carácter. Quizás sea más exacto

decir que creemos que la salvación es carácter, porque no queremos decir que el carácter salva al hombre de las llamas de un infierno imaginario o lo lleva al gozo de un cielo igualmente imaginario. No profesamos conocer las dimensiones precisas de la inmortalidad, pero estamos seguros de esto: la vida interior, formada por el poder de altos y sanos ideales, lleva el alma humana a las satisfacciones más excelentes, más perdurables, y hace de un hombre una fuente de fortaleza, aun en la más grande tribulación, para la familia humana de la cual es miembro. Eso es lo que entendemos por salvación, y lo que sirve tan bien en la vida, no podría servir menos bien después de la vida.

Creemos que los hombres son castigados *por sus pecados, no por ellos mismos*, y que el hombre malo vive con ellos. Asimismo creemos que los hombres son enriquecidos por sus virtudes, y que el bien vive con ellos como una bendición de paz en su vida y en la vida de la humanidad.⁶⁵

Infelizmente, muchas personas sostienen hoy creencias similares a las expresadas en los párrafos anteriores. Rechazan la palabra de nuestro Salvador, cuando dice: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6). Y también: “El que [en el Hijo de Dios] cree no es condenado, pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (3:18). Aquellos que se aferran al universalismo, demuestran la ceguera natural de los humanos inconversos mentes y corazones.



12

Conclusión

Pablo les escribió a los corintios: “El que se gloria, gloríese en el Señor” (1 Corintios 1:31). El apóstol tuvo dos razones para dar ese consejo. En primer lugar, sabía que nuestra salvación está, por completo, en las manos de Dios. En segundo lugar, entendía que los seres humanos quieren algún crédito por su salvación, así sea un muy pequeño crédito. Por naturaleza, todos queremos jactarnos delante de Dios.

Pero cuando la Ley revela los pecados y nos tritura con toda la fuerza de la justa condenación divina, cesa la jactancia delante de Dios. Eso es de vital importancia, porque sólo cuando reconocemos la profundidad de nuestra pecaminosidad, podemos apreciar en verdad la obra redentora del Salvador y la gracia y misericordia de Dios. Sólo entonces podemos entender en verdad que somos salvos sólo por gracia de Dios.

La verdad de que somos salvos sólo por gracia de Dios da la certeza de la salvación y consuela el corazón atribulado. Si la salvación dependiera en alguna manera de nosotros, siempre

estaría en duda. ¿Cómo podríamos saber si hemos hecho lo suficiente? Las imperfectas personas nunca pueden cumplir con las normas de perfección de Dios. Pero nuestro Salvador no falló ni podía fallar; su obediencia fue perfecta, su sacrificio fue suficiente. Su victoria fue completa sobre el pecado, la muerte, y el diablo. Dios nos ha perdonado porque castigó a Jesús en nuestro lugar. Nosotros recibimos los beneficios de la obra redentora del Salvador por medio de la fe en él.

La conversión es el otorgamiento de la fe por el Espíritu Santo. Esta doctrina es consoladora porque muestra la gracia de Dios. La Biblia enseña que no nos convertimos nosotros mismos, sino por un poder externo. Somos pasivos en la conversión porque por naturaleza estamos espiritualmente muertos. Los muertos no pueden hacer nada para ayudarse. El Espíritu Santo obra la fe por los medios de gracia, el evangelio en Palabra y sacramentos. Por naturaleza estábamos muertos en nuestras trasgresiones y pecados, pero el Espíritu Santo nos dio vida y nos hizo volver a nacer. Por naturaleza estábamos espiritualmente ciegos y en oscuridad espiritual, pero el Espíritu Santo hizo que la luz del evangelio brillara en el corazón y nos abrió los ojos para ver la salvación que el Salvador ganó para nosotros. Nos convirtió, cambiando el incrédulo corazón en corazón de fe. Dios misericordioso tomó la iniciativa. Nosotros no elegimos a él, sino él a nosotros. Nos buscó por los medios de gracia y nos llamó para ser suyos.

No obstante, la Biblia enseña que tenemos la horrible capacidad de volverle la espalda a la gracia de Dios y caer de la fe. Por eso la Escritura nos llama a la contrición y el arrepentimiento diarios. Por eso usamos diligentemente los medios de gracia para ser fortalecidos para la lucha diaria contra el diablo, el mundo, y la naturaleza pecaminosa. Dios nos ha dado también la responsabilidad y el privilegio de hablar en su nombre para llamar al arrepentimiento a los que se han extraviado y se desviaron de la verdad. Vamos a los que han

caído de la fe para que sean restaurados y proclamamos la ley de Dios y el evangelio a los que no conocen a su Salvador para que el Espíritu Santo obre la fe en su corazón y por eso mismo los convierta.

Han surgido muchos errores respecto de la conversión, porque, por naturaleza, la gente quiere tomar algún crédito por su salvación. Como hemos visto, esos errores van desde creer que los humanos son buenos por naturaleza y no necesitan la conversión, hasta la idea de que debemos abrir el corazón cuando el Espíritu Santo nos llama. Unos niegan los medios de conversión dados por Dios, el evangelio en Palabra y sacramentos. Otros centran la atención en la “experiencia de conversión” y vuelven la atención de la gente al interior para encontrar la certeza de la salvación, en lugar de centrarse en las promesas de Dios basadas en la vida, muerte, y resurrección, del Salvador. El diablo no se cansa de intentar apartarnos de Dios y de su gracia, para confiar en nosotros mismos y en lo que hemos hecho o experimentado.

El clima religioso actual parece particularmente hostil a la doctrina bíblica de la conversión. La admiración por los que se actualicen y el optimismo por los logros humanos, retan la verdad bíblica de que no tenemos ningún poder ni capacidad de ayudar en nuestra conversión. Este espíritu parece infectar hasta la teología conservadora cristiana. Muchos insisten hoy en que los incrédulos pueden decidirse por Cristo o invitar a Jesús a entrar en su vida para ser creyentes (como si un cadáver espiritual pudiera acercarse a Dios por su propia iniciativa y poder).

Como cristianos luteranos, queremos confesar siempre que es sólo por gracia de Dios, no por nuestra capacidad, que somos lo que somos. Sólo por gracia de Dios hemos sido convertidos. Sólo por gracia de Dios confiamos en él para el perdón completo y gratuito. Sólo por gracia de Dios hemos sido liberados de nuestro pecado, de la muerte, y del poder del

diablo. Sólo por gracia de Dios le damos a él toda la gloria y confesamos con Lutero en el Catecismo Menor: “Creo que por mi propia razón o elección no puedo ser creyente en Jesucristo mi Señor, ni acercarme a él. Sino que el Espíritu Santo me ha llamado mediante el evangelio, me ha iluminado con sus dones, me ha santificado y guardado en la fe verdadera.”

Pido a Dios que este estudio de la conversión lleve a los lectores a una comprensión más profunda de la gracia de Dios, a entender mejor esta preciosa doctrina, a apreciar más nuestra herencia luterana confesional, y a tener mayor celo por compartir el evangelio de la gracia de Dios con otros.

“No a nosotros, Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu verdad” (Salmo 115:1).

Notas finales

- ¹ Confesión de Augsburgo, Artículo II:1,2, *Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*, editor Dr. Andrés A. Meléndez. (San Luis: Editorial Concordia, 1989).
- ² Apología de la Confesión de Augsburgo, Artículo IV:43,44. *Libro de Concordia*.
- ³ Confesión de Augsburgo, Artículo IV:1-3, *Libro de Concordia*.
- ⁴ Apología de la Confesión de Augsburgo, Artículo XVIII:4, *Libro de Concordia*.
- ⁵ Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo II:12, *Libro de Concordia*.
- ⁶ Confesión de Augsburgo, Artículo XII:3-5, *Libro de Concordia*.
- ⁷ Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo II:14, *Libro de Concordia*.
- ⁸ Confesión de Augsburgo, Artículo IV:1,2, *Libro de Concordia*.
- ⁹ Catecismo Mayor, Parte II:38, *Libro de Concordia*.
- ¹⁰ Martin Luther, *Luther's Works*, editores Jaroslav Pelikan y Helmut T. Lehmann, American Edition, Vol. 35 (St. Louis: Concordia Publishing House: Philadelphia: Fortress Press, 1955–1986), p. 370. (Traducción libre del inglés.)
- ¹¹ *Luther's Works*, Vol. 31, p. 25. (Traducción libre del inglés.)
- ¹² Artículos de Esmalcalda, Parte III, Artículo III:43-45, *Libro de Concordia*.
- ¹³ John T. Mueller, *Christian Dogmatics* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1934), p. 233. (Traducción libre del inglés.)
- ¹⁴ John Ferguson, *Pelegius* (Cambridge: W. Heffer & Sons, LTD., 1956), p. 51. (Traducción libre del inglés.)
- ¹⁵ Synod of Orange, Canon 2, *Creeds of the Churches*, editor John H. Leith (Louisville: John Knox Press, 1982), p. 38. (Traducción libre del inglés.)

- ¹⁶ Gabriel Biel, “The Circumcision of the Lord,” citado por Heiko Augustinus Oberman, *Forerunners of the Reformation: The Shape of Late Medieval Thought* (New York: Holt, Rinehart and Winston, 1966), p. 173. (Traducción libre del inglés.)
- ¹⁷ John Meyendorff, *Byzantine Theology* (New York: Fordham University Press, 1979), p. 143.
- ¹⁸ *Byzantine Theology*, p. 143. (Traducción libre del inglés.)
- ¹⁹ Christophoros Stavropoulos, “Partakers of Divine Nature,” *Eastern Orthodox Theology: A Contemporary Reader*, editor Daniel B. Clendenin (Grand Rapids: Baker Book House, 1995), pp. 190,191. (Traducción libre del inglés.)
- ²⁰ Concilio de Trento, *Documentos del Concilio de Trento* (<http://www.multimedios.org/docs/d000436/>)
- ²¹ *Documentos del Concilio de Trento*
- ²² *Documentos del Concilio de Trento*
- ²³ *Catecismo de la Iglesia Católica* (Barcelona: Asociación de Editores del Catecismo, 1992), pars. 416-418.
- ²⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, par. 1993.
- ²⁵ Donald K. McKim, *Westminster Dictionary of Theological Terms* (Louisville: Westminster John Knox Press, 1966), p. 274.
- ²⁶ Fórmula de Concordia, Epítome, Artículo II:10, *Libro de Concordia*.
- ²⁷ Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo II:77,78, *Libro de Concordia*.
- ²⁸ John Calvin, *Institutes of the Christian Religion*, Vol. 2, Book 3, cap. XXI, traducido al inglés por John Allen (Philadelphia: Presbyterian Board of Christian Education, 1936), p. 176. (Traducción libre del inglés.)
- ²⁹ Westminster Confession of Faith, 3—Of God’s Eternal Decree, par. 6, *Documents of the English Reformation*, editor Gerald Bray (Minneapolis: Fortress Press, 1994), p. 490. (Traducción libre del inglés.)
- ³⁰ Canons of the Synod of Dort, 2—Of the Death of Christ and the Redemption of Men Thereby, par. 3, *English Reformation*, p. 463. (Traducción libre del inglés.)
- ³¹ Canons of the Synod of Dort, 2, par. 8, *English Reformation*, p. 464. (Traducción libre del inglés.)

- ³² Canons of the Synod of Dort, 3,4—Of the Corruption of Man, His Conversion to God and the Manner thereof, Rejection of Errors, par. 8, *English Reformation*, p. 471. (Traducción libre del inglés.)
- ³³ Canons of the Synod of Dort, 3,4, par. 8, *English Reformation*, pp. 471,472. (Traducción libre del inglés.)
- ³⁴ Canons of the Synod of Dort, 5—Of the Perseverance of the Saints, Articles 5,6, *English Reformation*, p. 473. (Traducción libre del inglés.)
- ³⁵ Charles Hodge, *Systematic Theology*, Vol. 2 (New York: Charles Scribner's Sons, 1893), p. 662. (Traducción libre del inglés.)
- ³⁶ Hodge, p. 685. (Traducción libre del inglés.)
- ³⁷ F. Bente, "Historical Introduction to the Symbolical Books," *Concordia Triglotta: The Symbolical Books of the Ev. Lutheran Church* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1921), p. 129. (Traducción libre del inglés.)
- ³⁸ Bente, p. 130. (Traducción libre del inglés.)
- ³⁹ Fórmula de Concordia, Epitome, Artículo II:7,11, *Libro de Concordia*.
- ⁴⁰ Remonstrance, Article I, *Creeds of Christendom*, Vol. 3, editor Philip Schaff (Grand Rapids: Baker Book House, 1977), pp. 545,546. (Traducción libre del inglés.)
- ⁴¹ F. Ernest Stoeffler, *German Pietism During the Eighteenth Century* (Leiden: E. J. Brill, 1973), p. 12. (Traducción libre del inglés.)
- ⁴² C. F. W. Walther, *Ley y Evangelio*, traducido por Ernesto W. Weigandt (San Luis: Editorial Concordia, 1981), pp. 202,203.
- ⁴³ Cambridge Platform, *The Annals of America*, Vol. 1, editor Mortimer J. Adler (Chicago: Encyclopedia Britannica, Inc., 1968), p. 191. (Traducción libre del inglés.)
- ⁴⁴ Mark A. Noll, *A History of Christianity in the United States and Canada* (Grand Rapids: William. B. Eerdmans Publishing Co., 1992), p. 42.
- ⁴⁵ Keith J. Hardman, *Seasons of Refreshing: Evangelism and Revivals in America* (Grand Rapids: Baker Book House, 1994), p. 49.
- ⁴⁶ Gilbert Tennent, "The Danger of an Unconverted Ministry," *Issues in American Christianity: Primary Sources with Introductions*, editor Keith J. Hardman (Grand Rapids: Baker Book House, 1993), p. 50. (Traducción libre del inglés.)

- ⁴⁷ “Sermon 58—On Predestination,” *The Works of John Wesley*, Vol. 2, editor Albert C. Outler (Nashville: Abingdon Press, 1985), p. 417. (Traducción libre del inglés.)
- ⁴⁸ John Wesley, *The New Birth: A Modern English Edition*, edited by Thomas C. Oden (San Francisco: Harper & Row Publishers, 1984), pp. 102,103. (Traducción libre del inglés.)
- ⁴⁹ “Sermon 85—On Working Out Our Own Salvation,” *The Works of John Wesley*, Vol. 3, p. 207. (Traducción libre del inglés.)
- ⁵⁰ “Sermon 91—On Charity,” *The Works of John Wesley*, Vol. 3, pp. 295,296. (Traducción libre del inglés.)
- ⁵¹ “Sermon 11—The Witness of the Spirit, II,” *The Works of John Wesley*, Vol. 1, p. 287. (Traducción libre del inglés.)
- ⁵² Charles Grandison Finney, “Lectures on Revivals of Religion, I,” 2,3, *Issues in American Christianity: Primary Sources with Introductions*, editor Keith J. Hardman (Grand Rapids: Baker Book House, 1993), p. 124. (Traducción libre del inglés.)
- ⁵³ E. Clifford Nelson, editor, *The Lutherans in North America* (Philadelphia: Fortress Press, 1975), pp. 215-217.
- ⁵⁴ Definite Synodical Platform, 1855, *Documents of Lutheran Unity in America*, editor by Richard C. Wolf (Philadelphia: Fortress Press, 1966), pp. 100-104.
- ⁵⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, par. 405.
- ⁵⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica*. 2027.
- ⁵⁷ Citado por John L. Peters, *Christian Perfection & American Methodism* (Grand Rapids: Francis Augsburg Press, 1985), p. 195. (Traducción libre del inglés.)
- ⁵⁸ Charles Hodge, *Systematic Theology*, Vol. 3, p. 585. (Traducción libre del inglés.)
- ⁵⁹ Harold L. Fickett, Jr., *A Layman’s Guide to Baptist Beliefs* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1965), pp. 77,81,82. (Traducción libre del inglés.)
- ⁶⁰ “Ohio’s Four Theses, 1881,” #2, *Documents of Lutheran Unity in America*, editor Richard C. Wolf (Philadelphia: Fortress Press, 1966), p. 203. (Traducción libre del inglés.)
- ⁶¹ Continuing in His Word, Tract #4, “Not By My Own Reason Or Strength,” *A History of Lutheranism in America, 1619–1930*, editores John W. Drickamer y C. George Fry (Fort Wayne: Concordia Theological Seminary Press, 1979), p. 154.

- ⁶² Billy Graham, *How To Be Born Again* (Waco, Texas: Word Books, 1977), p. 162. (Traducción libre del inglés.)
- ⁶³ *How To Be Born Again*, pp. 156,157. (Traducción libre del inglés.)
- ⁶⁴ Elmo Arnold Robinson, "Winchester Profession," *American Universalism: Its Origins, Organization and Heritage* (New York: Exposition Press, 1970), pp. 131,132. (Traducción libre del inglés.)
- ⁶⁵ Jack Mendelsohn, *Why I Am a Unitarian Universalist* (Boston: Beacon Press, 1967), pp. 30,31. (Traducción libre del inglés.)

Para lectura adicional

Becker, Siegbert. “Contrition and Conversion,” en *Our Great Heritage*. Vol. 3. Editado por Lyle W. Lange. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1991.

Becker, Siegbert. *The Holy Ghost and His Work*. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1977.

Fórmula de Concordia, Artículo II, “De Libre Albedrío”, *Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*, editor Dr. Andrés A. Meléndez. (San Luis: Editorial Concordia, 1989).

Meyer, John P. “Original Sin,” en *Our Great Heritage*. Vol. 2. Editado por Lyle W. Lange. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1991.

Índice de textos bíblicos

Génesis

1:27—14
1:31—12
3—12
3:1—13
3:4,5—13
3:15—25
4:9—99
5:1—14
5:3—14
8:21—15
12:2,3—38
15:6—38

Éxodo

7:13,22—101
8:15,19,32—101
9:12—101

Levítico

19:2—18

2 Samuel

12:13—100

1 Reyes

19:9-18—136

Job

19:25-27—39

Salmos

5:4-6—21
6:6—130
19:1—36
32:1,2—33
49:7,8—28
51:5—15,63
95:7-11—101
103:12—33
115:1—156

Proverbios

16:18—96

Isaías

1:15—52
40:1,2—71
43:25—33

53:4-12—31
 53:5—71
 53:5,6—26
 55:7—33
 55:8,9—47
 55:10,11—77,124

Jeremías

24:7—63

Ezequiel

3:19—59
 33:11—79

Mateo

1:20,21—26
 4:17—94
 5:19—17
 5:22—17
 5:28—17
 5:48—18,109
 7:7—84
 7:9-11—84
 7:13,14—24
 12:24—102
 12:25,26,28—102
 12:31,32—102
 13:20,21—95
 18:15-17—100
 18:15-18—123
 20:28—32
 23:37—78,79,122
 25:41,46—21
 27:75—130
 28:19,20—67

Marcos

1:15—60

9:42—64
 9:43-48—21
 10:45—27
 14:30—96
 14:38—96
 16:15—67

Lucas

1:35—26
 2:10,11—26
 2:14—27,82
 6:43-45—89
 8:13—95,123
 11:23—59
 13:5—60
 15:7—60
 15:17-20—98
 16:27-31—75
 18:15-17—64
 22:19,20—74
 22:54-62—98
 23:43—86
 24:46,47—68

Juan

1:29—31,34,71
 3:3,5—15
 3:3-6—62
 3:5,6—55,63,145
 3:6—15
 3:16—25,44
 3:16-18—36
 3:18—151
 3:36—127
 6:40—86
 6:44—58
 6:66—136
 8:12—61

8:31-36—85
 8:44—12
 10:17,18—29
 10:27-30—106
 14:6—24,44,52,151
 14:19—86
 14:27—82
 15:4,5—89
 15:5—18,66
 15:16—58
 16:23—84
 17:3—37,39
 19:30—34

Hechos

2:38—73
 4:12—24
 7:51—78,122
 9—129
 9:1-19—65
 11:21—59
 16:30—7,44
 16:31—8,40,44
 22:16—73
 26—129
 26:12-18—65
 26:17,18—59

Romanos

1:16—77
 1:20-23—36
 2:14,15—69
 3,4—43
 3:10,11—79
 3:10-18—16
 3:19,20—69
 3:22,23—79
 3:23-25—33

4:4-8—41
 4:16—41
 4:18-21—39
 4:25—34
 5:1,2—52,82
 5:12—112
 5:18—15,34
 6:3-5—144
 6:6—85
 6:23—20,21,27,79
 7:7—17,70
 7:18-24—105
 7:18-25—90
 8:1,33,34—85
 8:1-3—87
 8:7,8—18,52
 8:12-14—97
 8:20,21—14
 8:29,30—58
 8:31—83
 8:35-39—106
 8:37-39—87
 9:19-21—19
 10:13,14—52
 10:13-15,17—68,124
 10:14—37
 10:17—105
 11:6—25
 11:33—80

1 Corintios

1:18-24—48
 1:31—153
 2:1-5—76
 2:11—25
 2:14—48,58,104
 6:11—33
 9:24-27—98

10:12-95
 10:12,13-106
 11:27-29-74
 12:3-58
 15:51-57-86

2 Corintios

4:4-49
 4:4-6-61
 5:14-34
 5:17-88
 5:18-21-42
 5:19-34
 5:19,21-31
 5:19-21-71
 6:1,2-101
 10:5-40

Gálatas

3:10-21
 3:10,11-70
 3:13-32,34
 3:26,27-83
 4:4,5-27
 4:4-7-83
 5:4-95
 6:1-99
 6:7,8-97

Efesios

1:4-24
 1:4,5-58
 1:7-32
 2:1-15,50
 2:4,5-50,62
 2:8-42
 2:8,9-25,40,79
 2:10-88

2:12-15
 3:12-84
 4:22,23-88
 5:8-50

Filipenses

2:13-66,104
 3:12-91
 4:7-83

Colosenses

1:13-50
 2:13-62
 3:10-88

1 Tesalonicenses

1:5-77

2 Tesalonicenses

1:8-40
 2:13,14-72

1 Timoteo

2:3,4-79

2 Timoteo

3:15-64

Tito

3:4-7-73
 3:5-25,145

Hebreos

2:14,15-27
 4:15-28
 7:26,27-29
 9:22-28
 9:27-100

10:31—21

11:1—39

11:6—18

11:7—39

11:11—39

Santiago

2:10—18

2:17,26—88

2:18—89

2:19—37

4:7—87

4:12—17

4:13-15—53

1 Pedro

1:18,19—32

1:23—62,68

2:9—50,61

2:25—59

3:21—73,145

5:8,9—96

2 Pedro

2:4—12

3:9—79

3:18—44

1 Juan

1:7—28,33

2:2—34,121

3:1—84

3:4—17

Judas

6—12

Índice temático

- Abraham 38,39
Adán 13,14
Agustín 109,110
amonestación 127
amor de Dios 24,25
ángeles malos 12,13
Apología de la Confesión de
 Augsburgo
 Artículo IV 41
 Artículo XVIII 53
arminianismo 126-128
Arminius, Jacob 126
arrepentimiento 59,60,94,155
 Véase también conversión
artículos arminianos 127
Artículos de Esmalcalda, Parte
 III, Artículo III 97
Asociación Unitaria
 Universalista 149
- avivamiento
 gran 134-136,139
 segundo 139
- banca ansiosa 140
banca de los gimientes 140
bautismo 72,73,83
 negación del poder 143-145
Biel, Gabriel 112,113
buenas obras 17,18,88,89,142
- caída en pecado 12,13
Calvino, Juan 119
calvinismo 119-124
Cambridge, Plataforma de 134
Catecismo de la Iglesia Católica
 142
Catecismo Mayor 72
Catecismo Menor 73

- ceguera espiritual 49,50
 Celestio 109,110
 conciencia 7,24,46,69
 Concilio de Cartago 110
 Concilio de Éfeso 111
 Concilio de Trento 114-116
 concupiscencia 142
 condición humana 15,16,49-52
 Conferencia Sinódica 145
 Confesión de Augsburgo
 Artículo II 22
 Artículo IV 68
 Artículo XII 60
 Confesión de Westminster 120
 contrición 60,130,131,154
 conversión
 completez de la 59
 continua 94
 definida 59
 de niños 63,64
 enseñanza católica romana 115
 errores respecto de 155,156
 instantáneas 90
 irresistible 121,122
 momento de la 65,66,129
 papel del Espíritu Santo 58
 Véase también
 arrepentimiento
 conversión, experiencia de 134,135
 Cordero Pascual 31
 creación 12
 Credo Apostólico
 Segundo Artículo 32
 Tercer Artículo 9,54
 diablo. *Véase* Satanás
 Dieta de Augsburgo 43
 disciplina, cristiana 99,100
 Dios
 esencia de 24
 justicia de 18-20
 hostilidad contra 52,62,82
 imagen de 14,88,89
 obediencia a 18
 soberanía de 19
 dudas espirituales 103-106
 edad de la responsabilidad 148
 Edén. *Véase* huerto del Edén
 Edwards, Jonathan 134
 elección 57,58
 véase también
 predestinación
 elección, controversia de 145-147
 Eliezer 38
 encarnación 26
 endurecimiento (pecado) 100,101
 escultismo 111
 Espíritu Santo 154
 elementos físicos 141
 enseñanza weleyana 139
 resistencia a 78
 papel en la conversión 58,70,108
 papel en la Santa Cena 73,74
 pecado contra 101-103
 obra 123,124
 Esteban 78
 Eva 13,14,25
 evangelio, propósito del 70-72
 excomunión 100
 expiación 29-31

- limitada 120,121,127
- expiación vicaria 29-31
- fe
 - caer de la 95-98,154, 155
 - como un don 40
 - como conocimiento 39,40
 - como obediencia 40
 - como órgano receptor 42
 - de los niños 63,64
 - esencia de la 37-39
 - fortaleza de la 44
 - objeto de la 43
- Finney, Charles Grandison 140
- Formula of Concordia
 - Declaración Sólida, Artículo II 54,66,117
 - Epítome, Artículo II 117,126
- Francke, August Hermann 128,129
- Frelinghuysen, Theodore 135
- gracia
 - irresistible 127
 - precedente 137,138
 - preveniente 137,138
- Graham, Billy 147,148
- Gregorio de Nisa 113
- Hodge, Charles 123,124,143, 144
- hostilidad contra Dios 52,62,82
- huerto del Edén 12,13,25
- Iglesia Católica Romana
 - catecismo 142
- sobre el pecado original 114,142
- sinergismo de 114-116
- Iglesia Evangélica Luterana 146
- Iglesia Evangélica Luterana en América 146,147
- Iglesia Luterana de América 146
- iglesia unitaria 149
- iluminación 61
- imagen de Dios 14,88,89
- impenitencia 100
- incrédulos
- juzgados en la Santa Cena 74
- oración de 51,52
- infantes. *Véase* niños
- infierno 21
- intuitu fidei* 145
- Jesucristo
 - naturaleza divina 28,29
 - como sumo sacerdote 28,29
 - naturaleza humana 27,28
 - como sacrificio 28,29*véase* también Salvador
- justicia civil 53
- justicia por obras 46,47,53
- justificación 32,33
 - completa 90
 - enseñanza católica romana 115,116
 - objetiva o universal 34
- ley 87
 - ceremonial 27,28
 - conocimiento natural de la 46,138
 - propósito 69,70

- libertad
 de la muerte 85,86
 de la ley 87
 de Satanás 86,87
 del pecado 84,85
 libre albedrío 13,53,54
 Logia Masónica 111
 Lutero, Martin 93-95
 sobre las buenas obras 88,89
- mal, origen del 12
 medios de gracia 68
 eficacia de 76,77
 descuido 96,97
 suficiencia 75,76
 Melancthon, Philip 125,126
 Mendelsohn, Jack 150
 metodismo 136-139
 monergismo, divino 118
 muerte 85,86
 espiritual 50-52
- naturaleza humana 46,47,69
 naturaleza pecaminosa 15,16
 Nicodemo 61,62
 niños 148
 fe de los 63,64
 de Dios 83,84
 pecaminosidad de 63
 Noventa y cinco tesis 93-95
 Noé 39
 Nueva Era, movimiento de 111
- obediencia 18,40
 activa y pasiva (de Cristo)
 29
opinio legis 46,108
 oración 84
- de los creyentes 129
 de los incrédulos 51,52
 predestinación 57,58
 absoluta 120
 doble 120,127
 enseñanza wesleyana 136,137
 orgullo 96
 ortodoxia oriental 113
- palabra de Dios
 eficacia 124
 poder 76,77
 suficiencia 75,76
 Paulino de Milán 109,110
 paz, espiritual 81-83
 pecado
 definición 16,17
 excusas por 20
 libertad del 84,85
 actitud de Dios hacia 21
 contra el Espíritu Santo 101-103
 original 14-16,108,109, 142
 castigo por 21
 resultados del 13,14
 lucha contra 104,105
 imperdonable 101
 deliberado 97
 pecado heredado. *Véase* pecado original
 pelagianismo 109-111, 117
 Pelagio 109-111
 pentecostales 143
 perdón 33,34,70-72
 perfeccionismo 142,143
 perseverancia de los santos
 122,123,127
Véase también fe, caer de

- pietismo 128-131
 Plataforma definitiva sinódica
 141
 puritanismo 133,134
- reconversión 98,123
 redención 32
 regeneración 61
 religión, natural 23,24,36
 resistencia al Espíritu Santo 78
 revivalismo 135,136,139-141
- sacrificios 27-29,31
 salvación 84,85
 locura de 47-49
 como don 41
 rechazo de la 78-80
 camino de 7,8,24,153,154
 Salvador 25-27,71,154
 santificación completa 40
 santificación 87-91
 entera 143
 Sarah 38,39
 Santa Cena 73,74
 Santa Comunión. *Véase* Santa
 Cena
 Satanás 12,13,25,37,54,59,83,
 86,87,96
 semipelagianismo 112,113, 116-
 118
 Set 14
 sinergismo 113-118,125-127
 Sínodo de Dort 120,121
 Sínodo de Iowa 146
 Sínodo de Missouri 145
 Sínodo de Ohio 145,146
 Sínodo de Orange 112
 Sínodo de Wisconsin 146
- Sínodo Evangélica Luterana 147
 Sínodo Noruego 145-147
 Stoddard, Solomon 134
 sumo sacerdote 28,29
- Tennent, Gilbert 135
 teología de la decisión 147-149
- universalismo 108,149-151
- volver a nacer 61
- Walther, Carl Ferdinand 130,145
 Wesley, John 136-139,143
 Whitefield, George 134

Enseñanzas de la
BIBLIA
Popular

† ÁNGELES Y DEMONIOS

† EL BAUTISMO

† LA BIBLIA

† CRISTO

† LA LIBERTAD CRISTIANA

† LA ADORACIÓN CRISTIANA

† EL COMPAÑERISMO
ECLESIASTICO

† IGLESIA—MISIÓN—MINISTERIO

† EL GOBIERNO CIVIL

† **LA CONVERSIÓN**

† LA CREACIÓN

† TIEMPOS FINALES

† LA PROVIDENCIA DE DIOS

† EL CIELO Y EL INFIERNO

† EL ESPÍRITU SANTO

† LA JUSTIFICACIÓN

† LEY Y EVANGELIO

† LA SANTA CENA

† EL HOMBRE

† EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

† LA ORACIÓN

† LA PREDESTINACIÓN

† LA SANTIFICACIÓN

† LA MAYORDOMÍA

† LA TRINIDAD



Multi-Language
Productions

Bringing the Word to the World

www.wels.net/mlp